

Artículos 2017

El Matrimonio Visto Bajo La Perspectiva De El Antiguo Y El Nuevo Testamento

La Carrera Del Cristiano

¿Cómo Sabemos Que Le Conocemos?

Subir Al Monte Y Edificar El Templo

El Testimonio Del Sepulcro

El Hombre Nunca Fue Concebido En La Mente De Dios Como Un Ser Independiente.

¿Cómo Podemos Mantenernos Siendo La Sal De La Tierra?: No Amando Al Mundo

El Alimento Que Dios Estableció Para El Hombre

Que Cristo More Por La Fe En Vuestros Corazones.

Nadie Puede Encaminarse En El Camino De La Transformacion Si Antes No Se Convierte En Discípulo.

El Discípulo Es Aquel Que Permanece En La Palabra.

Acerca De Los Programas Emocionales

El Señor Declara A Sus Discípulos La Necesidad De La Cruz

Perseverar En La Doctrina

Los Juanianos

La Necesidad De Creer En El Señor.

El “Yo”, Y Dios.

El Cuerpo De Cristo No Es Una Figura Bíblica, Es Una Realidad.

El Diagnostico Que Los Psiquiatras Le Estan Dando A Uno De Cada Cinco Niños: “El Trastorno De Deficit De Atencion E Hiperactividad”

El Musar De Dios (La Disciplina De Dios)

Aliéntese Su Corazón.

Análisis De Lo Que Nos Ha Sucedido Hasta El Día De Hoy En El Recobro Del Evangelio.

¿Qué Es El Viejo Hombre?

¿Cómo Realizar La Oración Contemplativa?

Acuérdate De Tu Creador Antes Que Se Haga Pedazos La Rueda Junto Al Pozo

Él Espíritu Santo Convencerá Al Mundo De Pecado.

Cristo Armonizó Con El Padre Por Medio De La Obediencia.

Arrepentirse Es Cambiar La Manera De Pensar.

Al Orar Contemplativamente Obtenemos Un Nivel Elevado De Percepcion En Todo Lo Que Vivimos.

¿Es Correcto Que La Mujer Enseñe En La Iglesia?

¿Están Vigentes Las Profecías Del Antiguo Pacto Aun En Nuestro Tiempo?

¿Lo Que Se Comparte En Las Reuniones De Iglesia Debe Estar Planeado?

Cuando Digan ¡Paz Y Seguridad!

Dos Rasgos Del Viejo Hombre: Los Programas Emocionales Para La Felicidad Y Los Apegos Excesivos

Acerca De La Función Que Tienen Los Obispos Y Los Diaconos En La Iglesia Orgánica.

Cómo Deben Escogerse Los Ancianos En Una Iglesia Local.

Arrepentirnos Es No Acomodarnos Al Mundo.

Cómo Logramos La Renovacion De Nuestra Mente.

¿Por Qué Para Muchos El Evangelio Ya No Es Eficaz?

Buscad Y Hallareis

Consejos Para Practicar La Oracion Contemplativa

¿Qué Prefiere Dios, Que Le Traigamos Ofrendas O Que Estemos En Paz Con Nuestros Hermanos?

¿Quiénes Son Bienaventurados?

Cómo Ser Amigos De Dios

El Poder Que Ejerce El Sistema Del Mundo Sobre La Humanidad

¿Es Correcto Creer Que La Justicia Por Fe Invalida La Ley?

El Amor Y Los Dones: Dos Componentes Que Deben Tener Las Reuniones De Iglesia

Cómo Tener Una Vida Natural Capaz De Preservar La Experiencia Con La Vida Divina.

El Evangelio Diferente Es Aquel Que Se Aleja De La Persona De Cristo.

Debemos Hacer Del Dinero Un Instrumento Y No Un Fin.

Cristo Nuestro Medico Y Nuestra Medicina

El Amor A Dios Debe Ir Acompañado De Obediencia.

Artículos 2017

EL MATRIMONIO VISTO BAJO LA PERSPECTIVA DE EL ANTIGUO Y EL NUEVO TESTAMENTO

Fecha de publicación 02/01/2017

Quiero comparar el matrimonio con dos pactos tan marcados, como lo son el Antiguo y el Nuevo Testamento. Al analizar los dos pactos podremos sacar algunas lecciones y principios fundamentales para aplicarlos a nuestros matrimonios.

Dice Efesios 5:22 “Las mujeres estén sometidas a sus propios maridos como al Señor. v:23 Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, siendo El mismo el Salvador del cuerpo. v:24 Pero así como la iglesia está sujeta a Cristo, también las mujeres deben estarlo a sus maridos en todo. v:25 Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia y se dio a sí mismo por ella, v:26 para santificarla, habiéndola purificado por el lavamiento del agua con la palabra, v:27 a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia en toda su gloria, sin que tenga mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuera santa e inmaculada. v:28 Así también deben amar los maridos a sus mujeres, como a sus propios cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. v:29 Porque nadie aborreció jamás su propio cuerpo, sino que lo sustenta y lo cuida, así como también Cristo a la iglesia; v:30 porque somos miembros de su cuerpo. v:31 Por esto el hombre dejara a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. v:32 Grande es este misterio, pero hablo con referencia a Cristo y a la iglesia. v:33 En todo caso, cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo, y que la mujer respete a su marido”.

Al leer este pasaje podemos ver que el apóstol Pablo compara la unión de Cristo y la Iglesia con la unión en matrimonio entre un hombre y una mujer. Luego de darnos algunos consejos acerca del amor y la sujeción, el apóstol Pablo dice claramente en el v:32 que él no está hablando propiamente del matrimonio físico de una pareja, sino que está hablando de Cristo y la Iglesia. Esta aclaración nos da la pauta para entender que a través de la relación que existe entre Cristo y la Iglesia, nosotros podamos aprender y aplicar tales principios a nuestros matrimonios.

La relación que tenemos nosotros (los creyentes que conformamos la Iglesia) con el Señor fue instituida a través de un Nuevo Pacto. Así como el Señor comenzó su relación de amor con la Iglesia, a través de un pacto, nosotros también debemos basar nuestra unión matrimonial en un pacto. El matrimonio en sí mismo es un pacto, y el trato que Dios tiene con nosotros es a través de un pacto. Dice Hebreos 8:6 “Pero ahora El ha obtenido un ministerio tanto mejor, por cuanto es también el mediador de un mejor pacto, establecido sobre mejores promesas”.

Es interesante ver en la Biblia que el Señor trató a los hijos de Israel en el Antiguo Pacto, como un esposo trata a su esposa. Tanto al Reino de Israel, como al Reino de Judá, el Señor les hizo ver que Él tenía un pacto matrimonial con ellos. Ese antiguo pacto terminó con Cristo Jesús; cuando caducó la ley, también caducó el Antiguo Pacto. El Señor Jesús vino a instaurar un Nuevo Pacto, sólo que éste es eterno y perfecto.

Como creyentes podemos optar por tener matrimonios al estilo del Antiguo o del Nuevo Pacto. Nosotros decidimos si queremos tener matrimonios al estilo del Antiguo Pacto, es decir, legales, sostenidos

por documentos notariales, y apegados a los contratos que hacemos ante los abogados, o basados en un mejor pacto. Algunos podrán pensar que ellos no tienen matrimonios a la manera del Antiguo Pacto porque ni siquiera tienen papeles que amparen su matrimonio. Hoy en día, hasta las leyes de nuestro país establecen que, después de cierto tiempo, una mujer que ha cohabitado con un hombre es considerada su esposa. Las leyes consideran a una pareja como matrimonio sólo por el hecho de vivir juntos; en lo legal eso se llama “matrimonio de hecho”, y eso es válido para ser beneficiario del cónyuge, o para levantar cualquier demanda legal en contra de la pareja. A esto me refiero al decir que podemos tener matrimonios al estilo de la ley, o al estilo del Antiguo Pacto.

El primer pacto, el de la ley, estaba basado en la justicia propia, esto significaba que el resultado de la manera de vivir estaba ligado a lo bueno o lo malo que alguien hacía. En el Antiguo Pacto Dios estableció un trato legal con los hijos de Israel, Él les dijo que trataran de cumplir Sus leyes y que les iba a ir bien, pero, obviamente la demanda Divina era tan alta, que ninguno de los hijos de Israel lo alcanzó. Lo mismo pasa en un matrimonio fundamentado a la manera del Antiguo Pacto, las demandas para el cónyuge son inalcanzables y al final, termina muriendo todo lo que alguna vez empezó siendo algo especial y bendecido por Dios.

Muchas veces, cuando iniciamos el matrimonio, no nos damos cuenta que lo establecemos en un marco de justicia propia. Cuando empezamos la vida matrimonial en un marco legal, surgen palabras y actitudes que demandan un cambio de la pareja. Cuando el matrimonio pone como base un marco de justicia, inconscientemente aparece un mar de demandas de lo que uno espera del otro. El problema empieza en el hogar tan pronto las leyes entran en vigencia, porque ambos se vuelven fiscales, cada quien contabiliza quien cumple o quien incumple lo establecido.

Al hacer esto, tanto los esposos como las esposas no se dan cuenta que se han convertido en los Moisés de la casa, de modo que en el hogar reina un ambiente legalista, acusador, y de condenación. Muchos matrimonios pueden darse que ni se hayan dado cuenta que están unidos de esta manera, y que viven de esta manera, pero en esto no encuentran el placer y el deleite que debería producir el matrimonio.

Las Escrituras dicen que Dios decidió cambiar el pacto con Israel por amor a la humanidad. El Antiguo Pacto estaba basado en aspectos de ley, pero el Nuevo Pacto está basado en el amor. El apóstol Pablo nos revela una gran luz para enseñarnos lo que es el amor. Entre muchas cosas que el apóstol Pablo habla acerca del amor, dice en 1 Corintios 13:5 “...el amor no busca lo suyo...”. Esta frase derrumba el legalismo que reina en nuestras casas. Hermanos, después de muchos años me he dado cuenta que el legalismo es el eterno problema de los matrimonios. Cuando tengo que atender a una pareja, me doy cuenta que de las muchas cosas que hablan hay un común denominador entre las hermanas, y es que la frase siguiente: “Si él fuera diferente en esto, o si cambiara aquello, yo también fuera diferente, yo me sujetaría a él”. Entonces, el cónyuge me responde: “Si mi mujer no fuera tan rebelde, yo también sería más amoroso”. Estas frases revelan el fundamento de estos matrimonios, están unidos a la manera del Antiguo Pacto.

Hermanos varones, el Apóstol Pablo dijo: “Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la Iglesia”. El Señor nos ama, no esperando recibir algo a cambio por parte nuestra, es más, dice la Biblia que nosotros amamos al Señor por una sencilla razón: Porque Él nos amó primero. Dios se adelantó a la humanidad, Él no esperó a que nosotros lo buscáramos, sino que Él nos buscó. Dice Romanos 10:20 “... Fui hallado de los que no me buscaban; me manifesté a los que no preguntaban por mí”. Versos como este nos causan admiración del grande amor que Dios para con nosotros, pero no nos damos cuenta que esos mismos versos son principios que nosotros debíamos aplicar a nuestro matrimonio. Otro verso famoso que nos describe el amor de Dios es Juan 3:16 “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no

se pierda, mas tenga vida eterna". El mundo no amaba a Dios, sin embargo, Dios amó al mundo. Tal amor es la base del Nuevo Pacto.

Cuando el matrimonio está fundamentado en los principios de ley, ninguno de los dos cónyuges responde al amor porque cada uno está esperando recibir algo a cambio para poder amar. Muchas parejas parecieran ser termómetros, cada uno mide las acciones del otro, y su respuesta es una reacción a los actos del otro, ¡Eso es desgastante!. Es tiempo de cambiar de fundamento, es tiempo de que nuestros matrimonios estén basados en el Nuevo Pacto así como Cristo y la Iglesia. Un matrimonio que camine a la manera del Nuevo Pacto se basa sencillamente en el amor que se tiene por el cónyuge, se basa en la entrega desinteresada hacia el esposo o la esposa. El parámetro para amar no deben ser las acciones del cónyuge, sino el amor interno que cada quien esté dispuesto a dar hacia su pareja.

Cuando Dios decidió amar a la humanidad y entregar Su vida por ella, no le preguntó si quería o no ser salva, si tenía necesidad de Él o no, sencillamente nos amó. El Nuevo Testamento nos dice que fuimos salvos por gracia, por medio de la fe, y ni siquiera la fe es de nosotros, sino que es un don de Dios. Debemos vivir en la gracia del Señor para poder crear una esfera fuera de la ley en nuestro matrimonio.

El matrimonio al estilo de la ley es aquel que espera aunque sea "algo" de la pareja. El matrimonio bajo aspectos de ley siempre pondrá demandas a su cónyuge, pero el matrimonio que el Señor respalda es aquel que está basado en la entrega del cónyuge, aquel que da sin buscar nada a cambio. Las demandas en un matrimonio de ley al principio son pocas y alcanzables, pero al cabo de los años, las demandas se vuelven mayores y nadie logra cumplirlas. Si Dios no te cambia de dimensión en tu matrimonio, tendrás frustración en tu interior. Al llegar a este punto de infelicidad interior, muchas parejas continúan juntos tal vez por las responsabilidades ya adquiridas dentro del matrimonio, pero se siguen consumiendo en el interior, cada día que pasa la carga es más pesada. Vivir el matrimonio bajo aspectos legalistas es experimentar una muerte constante, por una razón, usted no es feliz por usted mismo, porque no ha cambiado de pacto. Si usted cambiara su matrimonio a la manera del Nuevo Pacto, establecería su matrimonio sobre mejores promesas, podría vivir para dar y no para recibir, ahí se acabarían los problemas.

Muchos hombres me dirán que como cabezas de sus hogares esperan sujeción de sus esposas, pero déjenme decirles varones que ustedes no pueden tomar para sí lo que aún no tienen. Ustedes pueden enojarse, pueden gritar, pueden hablar recio, etc. pero eso no los hará obtener la sujeción de sus esposas. Con esto no quiero decir que como hombres no sean las cabezas de sus hogares, pero les digo que el fruto de la sujeción no se obtiene por forzar las cosas, sino por amar profundamente. Dédíquense a amar, a dar cariño, a respetar, y de pronto verán que sus esposas se han vuelto sujetas. Las mujeres, por su parte, no esperen recibir las gracias de sus esposos, ni tampoco se los exijan, más bien, cocínenles, atiéndanlos, y de repente tendrán el fruto esperado. Esto es vivir en el Nuevo Pacto: dar sin esperar algo a cambio.

Hermano, permítame decirle que su matrimonio es la persona con la que se casó; no es su casa, ni su televisor, ni los hijos, ni ninguna otra cosa. Somos nosotros los humanos los que hacemos del matrimonio una larga lista. En el Nuevo Pacto el matrimonio se resume a la unión del hombre y su mujer, el resumen de su matrimonio es el cónyuge. Si entendemos esto, y nos entregamos a amar a nuestra pareja, seremos mucho más felices en nuestros matrimonios.

¡Amén!

Apóstol Marvin Véliz

LA CARRERA DEL CRISTIANO

Fecha de publicación 09/01/2017

Quiero decirles a manera de introducción que el Señor, por Su Gracia, nos ha permitido tener revelación en cuanto a Su Cuerpo, y por medio de ella hemos podido avanzar lo que en toda nuestra vida evangélica no habíamos hecho. La revelación del Cuerpo de Cristo nos ha traído una enorme bendición, y el entendimiento de que no estamos solos. Conocer tal verdad nos ha dado conciencia de la realidad del Evangelio que está descrito en todo el Nuevo Testamento. A raíz de esa bendita revelación, que es la columna vertebral de todo lo que Dios enseñó a través de sus apóstoles, hemos tomado conciencia de lo que realmente es la vida corporativa. Ahora sabemos la responsabilidad que tenemos para con el Cuerpo de Cristo. Hemos entendido que la Iglesia no se sostiene con la ayuda de los pastores “evangélicos” (que son una mezcla entre apóstol, anciano, evangelista, etc.), sino que ésta se sostiene y vive al edificarse mutuamente los unos a los otros. Estoy consciente que hemos avanzado cual hijos que viven los ciclos de la vida con toda normalidad.

Ahora bien, para mantenernos en un avance en la revelación del Cuerpo de Cristo, es necesario que reparemos la parte en cuanto a nuestra vida y desarrollo personal con el Señor. Lo que aprendimos en la religión evangélica fue tratar de maquillar nuestro exterior, nos exigieron cambios y para ellos nos enseñaron a refugiarnos en el legalismo, de manera que nos convertimos en el sabor y antojo de la gente y no en lo que Dios había programado para nosotros. A la mayoría de nosotros nos aconteció lo que un día el Señor les dijo a los fariseos: “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque recorréis el mar y la tierra para hacer un prosélito, y cuando llega a serlo, lo hacéis hijo del infierno dos veces más que vosotros.” (Mateo 23:15)

Lastimosamente, desde que nos convertimos al Señor caímos en las garras de una Iglesia institucionalizada que nos enseñó a fingir lo que no éramos, con tal de satisfacer el gusto de los demás. El resultado de esto es que, ahora, al vernos expuestos a la revelación del Cuerpo de Cristo, nos damos cuenta que somos miembros raquíticos, entumecidos, muertos, que no tenemos en nosotros mismos la capacidad y potencia para bendecirnos los unos a los otros. Somos miembros atrofiados que no crecimos bien, nunca aprendimos que es mejor dar que recibir, y que todos llegamos con necesidad y menesterosos a la reunión pero sin una palabra para nuestros hermanos porque no nos enseñaron adecuadamente.

En esta ocasión, quiero exhortarles a que volvamos al génesis de nuestra vida en el Señor, que aprendamos ciertas lecciones que el Señor nos ha dejado para que Su Espíritu pueda operar en nosotros, y así nos suceda el maravilloso milagro de ser transformados. Sé que para el mundo, para nuestros mismos hermanos en Cristo, y para muchos a nuestro alrededor somos un oprobio pues no mostramos en nuestras vidas lo que tenemos en el Señor.

Quiero invitarlos, en primer lugar, a tomar ejemplo de las palabras que el apóstol Pablo dijo: “Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado. Pero una cosa hago: olvidando lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está por delante, prosigo a la meta hacia el premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.” (Filipenses 3:13 y 14) Hermanos, dejemos atrás las glorias del pasado; yo también quiero decirles: olvidemos los años que hemos caminado en el Señor y volvamos a empezar en Cristo como niños. Ya es tiempo de ceder y dejar atrás nuestra posición, la fama, etc. títulos que ganamos por nuestro prestigio evangélico. La gran mayoría de nosotros tenemos algo de que gloriarnos de nuestra vida pasada, pero Pablo dijo: “... todo lo que para mí era ganancia, lo he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y aún más, yo estimo como pérdida todas las cosas en vista del incomparable valor de conocer a Cristo Jesús, mi Señor, por quien lo he perdido todo, y lo considero como basura a fin de ganar a Cristo” (Filipenses 3:7 y 8) ¿Qué tal si nosotros nos olvidamos de los rangos, de las insignias, posiciones, honras que alguna vez obtuvimos y empezamos de nuevo?

LA URGENTE NECESIDAD DE VOLVER NUESTRO CORAZÓN AL PRINCIPIO

El desarrollo de nuestra caminata en el Señor tiene como elemento de transformación la Vida Divina que está en nosotros, la cual produce un cambio en nuestras vidas, primeramente, cuando somos regenerados y en segundo lugar cuando se mezcla con nuestro ser.

La única manera de avanzar en nuestra caminata con el Señor es que Su Vida invada todo nuestro ser. Cuando Cristo viene a nuestra vida, Él se aloja única y exclusivamente en nuestro espíritu, esperando, luego, poder invadir todas las áreas de nuestra vida, como el corazón, la mente y la voluntad. Crecer en el Señor significa crecer en la Vida Divina, esto quiere decir que dicha Vida tiene que llegar a ser nuestro vivir. La Vida de Dios debe invadir nuestros sentimientos, nuestro tiempo, nuestros pensamientos, nuestra voluntad, en fin, todo nuestro ser. Todo esto es un proceso, pero no perdamos de vista que sólo corremos la carrera en el Señor en proporción al crecimiento de la Vida Divina en nosotros, todo lo demás es religión.

El fundamento en el cual nosotros debemos pararnos es el siguiente: “Lo que se produzca en nosotros debe ser por gracia, lo demás no sirve para nada.” La gracia sólo opera por medio de la fe. Debemos caminar creyendo lo que el Señor ya hizo por nosotros y disponer nuestro corazón a lo que Él decida para nuestras vidas. ¡Extendámonos a lo que esta adelante!

Apóstol Marvin Véliz

¿CÓMO SABEMOS QUE LE CONOCEMOS?

Fecha de publicación 16/01/2017

1 Juan 2:3 “Y en esto sabemos que hemos llegado a conocerle: si guardamos sus mandamientos”.

Seguramente hemos escuchado a muchos hermanos decir que ellos conocieron al Señor el día que le recibieron como Su Salvador, pero, ¿Aceptar a Cristo como nuestro Salvador es lo mismo que conocer al Señor?. Lo que nos dice el apóstol Juan es: “ustedes me van a mostrar que conocen al Señor si guardan sus mandamientos”. En realidad, él no está hablando de conocerlo para salvación, ni de un conocimiento intelectual, sino de un conocimiento experimental y maduro. Tal conocimiento es el mismo del que Pablo dice en Filipenses 3:8 “Y aún más, yo estimo como pérdida todas las cosas en vista del incomparable valor de conocer a Cristo Jesús, mi Señor...”. Algunos creen que conocen al Señor porque oran, o porque leen la Biblia, etc. sin embargo, Juan dice que los que han llegado a conocer al Señor son aquellos que guardan Sus mandamientos. Al referirse a los mandamientos, el apóstol Juan, en realidad está citando las palabras del Señor Jesús cuando Él dijo: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros” (Juan 13:34). En la mente de Juan, y en el contexto de sus escritos es más que obvio que el mandamiento de Dios es que nos amemos los unos a los otros. ¿Quiénes son los que llegan en realidad a conocer al Señor? Obviamente, los que llegan a amarse los unos a los otros.

Si queremos conocer al Señor, debemos guardar el mandamiento que nos dio en el Nuevo Pacto, el cual consiste en amar incansablemente a los hermanos, y el resultado de eso es que me perfeccionaré en el amor. El apóstol Juan dice que esta práctica nos hace saber que le conocemos. Una cosa es ser parte de Cristo y otra cosa es estar integrados a Cristo. Si yo me corto totalmente un dedo, yo reconozco que ese dedo es parte de mi cuerpo, pero ya no está integrado a mi cuerpo, en pocos minutos el dedo va a morirse. Lo mismo nos pasa a nosotros, podemos ser parte de Cristo, pero muy diferente es estar integrados a Cristo. Todos los que un día recibieron el Espíritu de Cristo son parte de

Él, pero no todos están integrados a Su Cuerpo, pues, no necesariamente todos los que creen se integran a una Iglesia local. Dios no quiere sólo que seamos parte de Su Cuerpo, sino que estemos integrados en Él.

Dice 1 Juan 2:4 “El que dice: Yo he llegado a conocerle, y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso y la verdad no está en él”;

Según el contexto de lo que vimos en el v:3 el que no guarda sus mandamientos es aquel que no se dedica a amar a sus hermanos. La persona que dice que conoce al Señor pero no ama a sus hermanos, el tal es un mentiroso, porque Cristo es “los hermanos”. El mensaje de Pablo es la parte mística del misterio, mientras que el mensaje de Juan es la práctica del misterio. Pablo habla de la Iglesia y la podemos contemplar celestialmente, mientras que Juan nos dice que la Iglesia está acá en la tierra, entre los hombres.

Todos los cristianos somos parte de Cristo, pero esto sucede realmente en la dimensión celestial. Hace dos mil años el Señor nos bautizó con Su Espíritu, es decir, nos tomó y nos metió en Cristo en la esfera celestial. Ahora bien, para llevar a cabo esta obra en la tierra, el Señor inventó lo que hoy conocemos como: “Las Iglesias locales”. Las Iglesias son una representación local de lo que es Cristo. Por ejemplo, existe la Iglesia de Cristo en Guatemala capital, en San Salvador, en Nuevo Lourdes, etc. en cada lugar geográfico del mundo allí está una representación de Cristo a través de una Iglesia Local. Todo creyente que forma parte de una Iglesia local, para Dios, está “integrado” a Su Cuerpo; los demás creyentes solo son parte del Cuerpo de Cristo. La Iglesia Local es algo serio, en ella se definen nuestras vidas, por lo tanto, no debemos tomarlo a la ligera, porque el ser “parte de ella” nos aprueba o nos reprueba ante Dios.

Dice 1 Juan 2:5 “En esto sabemos que estamos en Él...” Si estar en Cristo fuera algo tan seguro, no tendríamos necesidad de probarlo, pero Juan dice que hay una manera de saber que estamos en Él, y ésta es: permanecer en amor con nuestros hermanos. La Escritura nos dice que debemos amarnos los unos a los otros porque es la manera de saber que estamos “integrados” a él, por medio de la Iglesia local. Si yo encuentro a un hermano en la calle, y le pregunto: “¿hermano, en qué lugar te reúnes con los hermanos?” y él me contesta: “Yo no me reúno con nadie, pero amo al Señor”, según La Escritura, yo tengo el aval para decirle a esa persona que es mentirosa, porque el que no guarda el mandamiento de amar a sus hermanos, es porque tampoco ama a Dios. Sólo el que persevera con los hermanos y los ama tiene el derecho de decir que permanece en Él.

Hoy en día las Iglesias Locales se han vuelto como un cine, cada quien va al lugar que más les agrada. Tal actitud es un pecado delante de Dios porque la Biblia nos insta a no dejar nuestras congregaciones. La Biblia nos enseña que nosotros tenemos una responsabilidad de amor y servicio para con nuestra Iglesia Local. La Iglesia no es un centro de espectáculos, a la cual vamos porque habrán milagros, presentaciones musicales, o convenciones. La Iglesia local no consiste en los ritos que se llevan a cabo en algún lugar, sino en amar a los hermanos con los que nos reunimos.

El Cristo que Juan presenta en sus cartas es el Cristo que se conoce en la Iglesia, el Cristo Corporativo que le revelaron a Saulo en su viaje a Damasco. Obtenemos un conocimiento profundo del Señor cuando logramos contemplarlo en la comunidad de los santos. No pretenda salirse de su Iglesia local y a la vez pretender conocer al Señor a solas, es imposible. Para efectos de salvación eterna, nosotros conocemos al Señor a solas, pero conocerlo más profundamente es imposible si no aprendemos a amar a nuestros hermanos. Cristo está vibrando en esta era en la esfera corporativa-orgánica de la Iglesia. Esto que le estoy diciendo es parecido a lo que dice Cantares 1:7 “Dime, amado de mi alma: ¿Dónde apacientas tu rebaño? ¿Dónde lo haces descansar al mediodía? ¿Por qué he de ser yo como una que se cubre con velo junto a los rebaños de tus compañeros? v:8 Si tú no lo sabes, ¡Oh la más hermosa de las mujeres!, sal tras las huellas del rebaño, y apacienta tus cabritas junto a las ca-

bañas de los pastores”. No todo en la vida del creyente se puede conocer a solas, sí es necesario la intimidad con el Señor, pero para efectos de conocer al Señor más profundamente, es necesario seguir las huellas del rebaño. Hermanos, sólo conocemos al Señor de manera más profunda mientras caminamos con nuestros hermanos. Si usted quiere conocer más al Señor, debe aprender a amar a sus hermanos, porque la Iglesia es Cristo.

Apóstol Marvin Véliz

SUBIR AL MONTE Y EDIFICAR EL TEMPLO

Fecha de publicación 23/01/2017

Quiero empezar este artículo dando un pequeño contexto del pasaje que acabamos de leer. El profeta Hageo profetizó en los tiempos en los que los hijos de Israel regresaron de la deportación de Babilonia, después de setenta años. Cuando los israelitas regresaron a su tierra, toda la nación, incluido el templo, estaba en una total ruina. La mayoría del pueblo volcó su mirada a sus propias necesidades, pues, éstas eran más que obvias; pero dejaron a un lado la reconstrucción del templo de Dios. Fue en ese ambiente que el Señor levantó a Hageo y a Zacarías para que profetizaran al pueblo y lo estimularan a darle prioridad a la construcción de la casa de Dios.

El panorama que nos presenta Hageo en su libro, especialmente en el primer capítulo, se ajusta como un buen ejemplo, espiritualmente hablando, a la situación que como pueblo de Dios podemos llegar a vivir. Ciertamente el Señor nos ha sacado de la esclavitud de este mundo y nos ha trasladado a la dimensión de Su Reino, pero si nos dejamos engañar, Satanás y su sistema pueden convertirnos nuevamente en sus esclavos, haciendo que perdamos la visión de lo que debemos hacer de forma prioritaria: Buscar el Reino de Dios.

Por Su misericordia, el Señor nos ha permitido entender en Su palabra que los creyentes debemos ser personas multidimensionales, es decir, podemos servirle al Señor, y de igual manera, podemos atender nuestro trabajo y demás responsabilidades de la vida natural. Debemos encontrar el verdadero equilibrio entre lo natural y lo espiritual. En aquellos días, los hijos de Israel perdieron ese equilibrio, ellos se inclinaron a las muchas cosas personales que debían atender. Todo estaba en ruinas en Israel, incluyendo el templo de Dios. El pueblo, estando en esa circunstancia, se desmoralizó tanto, de modo que decían en sus corazones: “no ha llegado el tiempo en que la casa de Jehová sea reedificada”. El Señor oyó la voz interior del pueblo, y por esa razón les envió profetas, con el fin de que ellos corrigieran su mala actitud.

Los hijos de Israel encontraron una excusa para no edificar la casa de Dios, cada uno se marchó a su propia construcción, se olvidaron de quién los sacó de Babilonia, y la razón principal por la que Él les permitió retornar a su propia tierra. Hermanos, si ustedes desean que el Señor los bendiga, los prospere, los multiplique, etc. sepan que antes que eso suceda, Él espera que ustedes velen por Su Casa, que es la Iglesia. Quiero recordarles que, ustedes y yo, ya no pertenecemos a este mundo, mucho menos a nosotros mismos, fuimos comprados con precio de sangre y ahora le pertenecemos al Señor. Dios no nos ha puesto para vivir nuestra propia vida, sino para que lleguemos a ser un pueblo que pueda proclamar las verdades de Aquel que nos llamó de las tinieblas a Su luz admirable. Dios desea que, nosotros, Su pueblo, nos extendamos en todo el sistema de este mundo para ser luminarias de Él. Hay una edificación que debemos atender y en la cual debemos involucrarnos todos los creyentes: La Iglesia del Señor. Necesitamos ser las piedras vivas que edifiquen la casa espiritual del Señor.

Cuando nosotros evadimos la responsabilidad de aquello a lo que Dios nos ha llamado, inevitablemente, vienen circunstancias difíciles a nuestra vida para que aprendamos que las cosas de Él deben

ser tratadas con prioridad y respeto. Yo no les estoy diciendo que deben dejar sus trabajos, sus hogares y dedicarse solo a las cosas del Señor, pues, Él mismo nos permite disfrutar lo que nos da en esta tierra. El Señor, lo que quiere es que tengamos prioridades y nuestra prioridad debe ser edificar a Su Iglesia.

En el pasaje que leíamos al principio, el Señor tiene una queja: A Él no le agrada que nos ocupemos primero de nuestra propia casa antes que la Suya. Llámese “casa”: nuestro trabajo, hogar, familia, escuela, etc. y que por estas cosas dejemos a un lado la casa del Señor, esto es lo que a Él no le agrada. El Señor no se quedará de brazos cruzados al vernos que nuestra prioridad deja de ser Él. El profeta dijo: “Considerad bien vuestros caminos”. Si ponemos atención a nuestros caminos, muchos talvez se darán cuenta que la mano del Señor no está a favor, sino en contra de sus vidas, no hay satisfacción en lo que hacen, no hay paz. Hermanos, el Señor quiere prosperarnos tanto física, como espiritualmente, y anhela abundarnos, pero hay quienes el Señor les ha puesto un aguijón para no tener bendición; a otros les ha puesto un aguijón para que, si tienen abundancia, no la puedan disfrutar, pues no han puesto su prioridad en las cosas del Reino. El Señor ve el interior de nuestro corazón y ve qué es lo que tenemos en prioridad.

Reconsideremos nuestras vidas, hay que temerle a Dios. No le estoy hablando de que vivamos religiosamente, sino que reconozcamos que Dios es antes que todo lo demás. Cuando aprendamos a vivir de esa manera, comenzaremos a disfrutar lo mucho o lo poco que recibimos del Señor y estaremos contentos con ello.

¿CÓMO SOLUCIONAR NUESTRO CAMINAR DELANTE DE DIOS?

Hageo 1:8 “Subid al monte, traed madera y reedificad el templo, para que me agrade de él y yo sea glorificado—dice el Señor”.

1.- Subir al monte

Cuando la Biblia nos habla de “montes”, normalmente, se está refiriendo a nuestra comunión con Dios. El Señor dice: “subid al monte”. Él nos está diciendo que debemos retomar la comunión con Él, estar en Su Presencia.

2.- Traer madera

La madera, figurativamente, nos habla del madero de la cruz. El efecto de subir al monte hará que la cruz haga una obra en nuestras vidas. El Señor quiere que nosotros rindamos lo que somos y lo que hacemos. Él desea que hagamos lo que Él quiere, eso es “traer madera”, tomar la cruz.

3.- Edificar el Templo

Dice Efesios 2:21 “en quien todo el edificio, bien ajustado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor”. Quiere decir que el Templo somos todos los que conformamos el Cuerpo de Cristo, por lo tanto, debemos poner en prioridad la edificación mutua que se da en el Cuerpo de Cristo. Hermanos, Dios honra este principio, no debe haber otra cosa más importante para nosotros que darle cumplimiento y expresión al deseo de Dios, de poder manifestarse en Su Cuerpo, que es la Iglesia.

Quiero que leamos una última porción que está en Hageo 1:14 “Y despertó el Señor el espíritu de Zorobabel, hijo de Salatiel, gobernador de Judá, y el espíritu del sumo sacerdote Josué, hijo de Josadac, y el espíritu de todo el remanente del pueblo. Y vinieron y comenzaron la obra en la casa del Señor de los ejércitos, su Dios”. Vemos que el pueblo de Israel se dispuso y Dios les despertó el espíritu para que atendieran Su voz. Hermanos, si nos disponemos a obedecer la voz de Dios, Él despertará

nuestros espíritus para dedicarnos en prioridad a lo de Él. Con nuestra carne no podemos hacer nada, pero sin una disposición en nuestro corazón, Dios no puede avivar Su Espíritu en nosotros para que hagamos lo que Él quiere. Les animo a que tengamos tal disposición y juntos edifiquemos Su casa, Su Cuerpo, Su Iglesia.

Apóstol Marvin Véliz

EL TESTIMONIO DEL SEPULCRO

Fecha de publicación 30/01/2017

Juan 20:1 “Y el primer día de la semana María Magdalena fue* temprano al sepulcro, cuando todavía estaba* oscuro, y vio* que ya la piedra había sido quitada del sepulcro. v:2 Entonces corrió* y fue* a Simón Pedro y al otro discípulo a quien Jesús amaba, y les dijo*: Se han llevado al Señor del sepulcro, y no sabemos dónde le han puesto. v:3 Salieron, pues, Pedro y el otro discípulo, e iban hacia el sepulcro. v:4 Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corrió más aprisa que Pedro, y llegó primero al sepulcro; v:5 e inclinándose para mirar adentro, vio* las envolturas de lino puestas allí, pero no entró. v:6 Entonces llegó* también Simón Pedro tras él, entró al sepulcro, y vio* las envolturas de lino puestas allí, v:7 y el sudario que había estado sobre la cabeza de Jesús, no puesto con las envolturas de lino, sino enrollado en un lugar aparte. v:8 Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro, y vio y creyó. v:9 Porque todavía no habían entendido la Escritura, que Jesús debía resucitar de entre los muertos. v:10 Los discípulos entonces se fueron de nuevo a sus casas”.

Hace unos días leía este pasaje, y saltó ante mis ojos la revelación de lo que quiero compartirles. El Señor se preocupó, después de haber muerto, de darles señales claras a sus discípulos que él había resucitado. Lo primero que el Señor hizo al resucitar, no fue precisamente mostrarseles a ellos, sino mostrarles que ya no estaba donde ellos creían que estaba. Debemos notar que el Señor resucitó pero antes de mostrarse, Él mismo permitió que los discípulos fueran al lugar donde Él estuvo pero que se dieran cuenta que Él ya no estaba allí. El lugar donde habían colocado los restos del Señor permanecía igual, pero al tercer día, ellos ya no encontraron su cuerpo.

El sepulcro nos habla del lugar donde la ley puso a Jesús. Ahora en el Pacto Nuevo sabemos que ya no encontramos más al Señor bajo aspectos de ley. Tenemos que vivir la experiencia de María Magdalena, pues ella llegó al sepulcro y no vio más el Cuerpo de Cristo, pero al salir de ese lugar se encontró con el Señor mismo. Para que nosotros obtengamos la Vida que el Señor quiere que experimentemos, es decir, la Vida de Su resurrección, y tengamos la experiencia de caminar con Él, antes de eso, debemos tener el testimonio de que el Señor no está donde nosotros creíamos que estaba.

En este tiempo, nosotros encontraremos al Señor en la medida que entendamos que ya no podemos buscarlo en el “sepulcro”. A través de la escena que nos narra este pasaje podemos ver cuán importante es quebrar aquellas cosas que por cultura, religión, o tradición no hay forma de que las soltemos, y eso nos hace buscar al Señor de manera equivocada.

Hermanos, una gran lección que nos da este pasaje es que Cristo ya no está “donde lo dejamos”. Entendamos que si queremos encontrar al Señor, ya no lo vamos a hallar bajo aspectos de ley. Es irónico que muchas veces terminamos en muerte “espiritual” tratando de encontrar al Señor, creemos que al recordar lo que nos ha pasado con el Señor obtendremos Vida, sin embargo, terminamos sedientos y secos. El punto no es si alguna vez hemos sido tocados por el Señor, o si fuimos usados por Él, sino el punto de lo que venimos hablando es que Cristo no es más esa experiencia pasada, Él es una

experiencia de Vida hoy. La experiencia de buscar al Señor para muchos cristianos termina en muerte, pues, no entienden que el Señor ya no está en el mismo lugar.

Dice Romanos 7:4 “Por tanto, hermanos míos, también a vosotros se os hizo morir a la ley por medio del cuerpo de Cristo, para que seáis unidos a otro, a aquel que resucitó de entre los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios”.

¿Quién mató a Cristo? Según este pasaje fue la ley, pues conforme a la ley fue juzgado, crucificado, y por ende, sepultado. El sepulcro, por lo tanto, es una figura de los aspectos de ley, ¿Por qué no nos encontramos con el Cristo resucitado? Porque no hay modo que en nuestro corazón salgamos de los aspectos de ley.

Dice Romanos 3:21 “Pero ahora, aparte de la ley, la justicia de Dios ha sido manifestada, atestiguada por la ley y los profetas”;

Si queremos encontrar la Justicia, la Vida Eterna, y el aliento mismo de nuestro Señor, tenemos que aprender a encontrarlo fuera del sepulcro de la ley. Esto es algo muy difícil de dejar, nosotros no nos encontramos con el Señor pues si nos examinamos a nosotros mismos, nos daremos cuenta de cuán esclavizados estamos a los aspectos de ley, pues nos medimos por o que hacemos y dejamos de hacer. La ley, tarde o temprano nos matará, dejemos ese sepulcro donde está la muerte y encontrémosnos con la gracia que el Señor nos da. Entendamos que no es con nuestras fuerzas, no depende de lo que nosotros hagamos.

El Señor quería dejarnos el testimonio de la vacías que causa una vida bajo ley a través del sepulcro. Cuando nosotros no entendemos que la vida en el Señor no se debe medir por lo que hacemos o dejamos de hacer, sino bajo el fundamento de la gracia que el Señor ha dejado para nosotros.

Si no salimos de los aspectos de ley, seguramente jamás le encontraremos. Si salimos de los aspectos de ley, por la gracia del Señor, le encontraremos. El legalismo se da cuando buscamos al Señor por ley y no por la vida, por necesidad. Al Señor lo encontramos con una actitud amante de Él como la que hubo en María Magdalena, ella fue al sepulcro y lloraba porque no encontraba a Jesús bajo los aspectos de ley y se percató que no podía encontrarlo de esa manera, se dio la vuelta y vio al Señor. Ella estaba definida por una sola cosa, por la persona de Jesús. Ella, al ver al Señor pensó que era el hortelano y le preguntó dónde habían puesto a Jesús, pero Él respondiendo le dijo: “María” y le fueron abierto sus ojos y pudo verle y calló postrada. Nosotros sólo encontraremos a Cristo fuera de la ley.

Apóstol Marvin Véliz

EL HOMBRE NUNCA FUE CONCEBIDO EN LA MENTE DE DIOS COMO UN SER INDEPENDIENTE.

Fecha de publicación 06/02/2017

Para iniciar este artículo, quisiera ubicarlos en el escenario pre-existencial, es decir, en la eternidad pasada, donde no existía ni siquiera la creación misma, sino solamente Dios. La Biblia nos enseña que en ese escenario Dios diseñó un proyecto, un plan en el cual el hombre vendría a ser el centro de todo. Ante tal planteamiento podemos decir que fuimos escogidos desde antes de la fundación del

mundo, es decir, aunque nosotros fuimos concebidos humanamente en el vientre de nuestra madre, no obstante, fuimos predestinados en la mente de Dios desde antes de la creación del mundo.

En algún momento de esa eternidad pasada, llegó el tiempo en el que Dios hizo la creación. Luego pasaron miles y miles de años hasta que finalmente Dios empezó desarrollar la creación. Es ahí donde se ubica la narración de Génesis 1:1 “En el principio creó Dios los cielos y la tierra. v:2 Y la tierra estaba sin orden y vacía...”. Estos versos nos explican un primer panorama: En algún momento los cielos y la tierra fueron creados, pero con el pasar del tiempo, la tierra quedó desordenada y vacía. En medio de ese caos, el Señor restauró la tierra, y puso en ella al hombre, éste fue el sello de la creación. El hombre original que Dios puso en el huerto no era como nosotros, pues, dice el Salmo 8:5 “... lo has hecho un poco menor que Elohim (un dios)...” esto quiere decir que el hombre era el ser más sublime después de Dios, por supuesto, hablamos del hombre antes de su caída.

Ahora bien, cuando Dios pensó en hacer al hombre, nunca lo imaginó ni lo diseñó como un ser que tuviera plenitud siendo individual, sino puso en su genética el principio corporativo. Es más o menos como un vehículo, ninguna pieza conforma la totalidad un auto, sino que éste se compone de de muchas piezas. Así hizo Dios al hombre original, lo diseñó de una manera en la que no se sintiera pleno en sí mismo, sino que fuera dependiente de otros. Cuando el hombre cayó se dio cuenta que estaba sólo, que había dejado de ser parte de algo más, y a causa del pecado experimentó un vacío en sí mismo. Es por eso que antes de venir al Señor, la mayoría tenemos la experiencia de sentir que estamos solos, sentimos un vacío que nada ni nadie lo puede saciar, pues el hombre en su origen no fue así.

El hombre fue hecho bajo un principio corporativo porque el autor mismo (Dios) es corporativo. Dice Génesis 1:26 “Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza...” ¿Por qué Dios se expresó en plural? Porque Dios es un Dios triuno, Él es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Esto quiere decir que, si fuimos hechos a imagen y semejanza de Dios, no podemos ser completos ni absolutos en lo “individual”, sino que seremos plenos siendo corporativos.

Desde que Adán cayó (y juntamente con él toda la humanidad), la raza humana perdió la verdadera razón de la existencia, de modo que muchos no le encuentran sentido a la vida. El hombre fue inducido por el diablo a creer que era un “individuo independiente”, o sea, creyó que él en sí mismo era un todo. Si nos analizamos un momento, nos daremos cuenta que todos tratamos de sentirnos completos en nosotros mismos. Si buscamos amigos, procuramos no depender grandemente de ellos; los niños a medida que van creciendo, una de las primeras cosas que buscan es valerse por sí mismos, a penas crecen un poco, empiezan a caminar y ya no quieren que nadie los agarre. Estas actitudes son muestras de cómo el diablo ha trastocado nuestra genética, de modo que desde niños queremos ser individualistas, absolutos, auto suficientes, etc.

El ser humano en su naturaleza original no fue hecho para ser individualista, pero tristemente nos desviamos del Plan original. Dice 1 Pedro 2:25 “Pues vosotros andabais descarriados como ovejas, pero ahora habéis vuelto al Pastor y Guardián de vuestras almas”. Los seres humanos, cada uno tomamos nuestro propio camino, hacemos lo que bien nos parece, buscamos nuestro propio espacio, y pensamos que buscando nuestra propia realización e independencia estaremos mejor, sin embargo, nos equivocamos. Entre más individualista sea alguien, más vacío se sentirá. La intranquilidad y la falta de paz que experimentan los humanos es por tratar de vivir de una manera en la cual no fueron hechos originalmente; van en contra de la imagen y semejanza de Dios.

Cuando Dios vio el camino del individualismo, la independencia, y el aislamiento que estaba tomando la humanidad, mandó a Su Hijo para que pagara el precio de la corrupción del hombre, y muriera por cada uno de nosotros. La obra de Cristo no sólo fue propicia para asuntos de pecado y salvación eterna, sino que al resucitar creó en sí mismo una ruta de salvación para sacar a la humanidad del

individualismo. Cristo es el Camino para que el hombre encuentre una verdadera restauración, es decir, volver a ser conforme al Plan que el Padre tuvo desde antes de la fundación del mundo.

Cristo vino a ser cabeza de la humanidad, e hizo de nosotros Su Cuerpo. Estar en Cristo es estar en una dimensión corporativa, contraria al individualismo. El Señor nos dejó amarrados a Su Cuerpo, que es la Iglesia, allí nos convertimos en seres corporativos y tenemos la oportunidad de volver a nuestro estado original. Dios espera que nuestra restauración también tenga implícita la necesidad de ser dependientes de Él a través de nuestros hermanos en Cristo. Es necesario que atendamos en nuestro espíritu la voz de Dios, la cual, constantemente nos induce a depender de Su Cuerpo.

Haciendo un resumen de lo que quise transmitirles a través este artículo, podemos decir lo siguiente: Dios nunca nos creó, ni nos diseñó para que fuéramos plenos en nosotros mismos, sino para que fuéramos parte de Cristo y Su Iglesia. Si nos mostramos necesitados de Dios, y dependemos de Su Cuerpo, Él llenará nuestro interior y saciará nuestras almas, entonces seremos plenos.

Apóstol Marvin Véliz

¿CÓMO PODEMOS MANTERNOS SIENDO LA SAL DE LA TIERRA?: NO AMANDO AL MUNDO

Fecha de publicación 13/02/2017

El Señor me hizo considerar estos dos pasajes:

1 Juan 2:15 “No améis al mundo ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. v:16 Porque todo lo que hay en el mundo, la pasión de la carne, la pasión de los ojos y la arrogancia de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. v:17 Y el mundo pasa, y también sus pasiones, pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre”.

Mateo 5:13 “Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres”.

No empecemos por el legalismo que nos dice: “aléjate del mundo”, eso lo propone la religión. Yo le pregunto: ¿Dónde puede irse y no encontrar el sistema del mundo? En ningún lado. La clave para ser sal no es aislarnos del mundo, lo que tenemos que hacer es “no amar el mundo”. Empezar por aborrecer el mundo, aunque practique cosas del mundo. Déjeme explicarle esto de la siguiente manera: Cuando usted trabaja o estudia, está en el mundo, y esas actividades pertenecen al mundo. Lo mismo sucede cuando practica algún deporte, no existe ningún deporte “cristiano”, y aunque eso no parezca malo, es del mundo. Usted, religiosamente, puede optar por no hacer algunas cosas que a su criterio sean nocivas, pero sepa que aunque no las haga, usted está en el mundo y mientras tenga vida, no puede salir de este contexto. Empezamos con no amar al mundo, que nuestro amor, dedicación, esmero y corazón esté puesto en el Señor, y todo lo que se produzca en el mundo no sea lo más grande en nuestro corazón.

A nosotros nos llamaron a vivir en santificación, alejados del pecado, eso es diferente a vivir en el mundo. Tenemos, en Dios, las armas para vencer al mundo y dejar de correr la ruta de degradación y corrupción en la que ellos andan, El Apóstol Pablo dice en 1 Corintios 6:9 “¿O no sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No os dejéis engañar: ni los inmorales, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los homosexuales, v:10 ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los difamadores, ni los estafadores heredarán el reino de Dios. v:11 Y esto erais algunos de vosotros;

pero fuisteis lavados, pero fuisteis santificados, pero fuisteis justificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios”. ¡Ah! quiere decir que en otro tiempo fuimos esclavos a los pecados y los desenfrenos del mundo, pero ya fuimos lavados, santificados y justificados en el nombre de nuestro Señor para ya no vivir más de esa manera. No podemos negar el llamamiento que nos ha hecho nuestro Señor: “...vosotros sois la sal de la tierra”. Somos la opción que tiene Dios para decirle a las almas que salgan de la corrupción, por lo tanto, nosotros bajo ningún punto de vista deberíamos amar este sistema de corrupción.

Este mensaje debe ser puesto nuevamente en nuestro corazón, a pesar de que quiebre todos nuestros caminos. Hemos vivido de manera relajada, y en cierta manera, hasta pensamos que la gracia de Dios nos permite vivir de esa manera. No hagamos nula la gracia de Dios, no hagamos de nuestra libertad en Cristo un camino para vivir en los deseos de nuestra carne. El Señor nos llamó para que seamos sal, para que seamos la opción de nuestra familia, que los que nos rodean puedan ver que la santidad y la búsqueda de Dios trae un fruto apacible de justicia y de Vida. Salemos nuestras familias, nuestra vecindad, nuestras amistades y todo el entorno en el que vivimos. Si la sal existe es para ser usada, no podemos huir de las amistades, ni enajenarnos de este mundo. El Señor no nos pide que salgamos del mundo, sino que seamos sal en el mundo. Dice Juan 17:15 “No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal”.

En una ocasión un hermano me escribió algo, y me decía más o menos lo siguiente: “Hermano, ¿Qué puedo hacer en esta situación? En mi trabajo habemos unos cuantos que somos cristianos, pero el resto de los empleados son unos grandes impíos. Yo me oprimo todo el día viendo como ellos caminan y siento que ese ambiente está afectando mi vida espiritual. Los que somos cristianos no hemos adquirido responsabilidad como tales, por lo que nadie ve frutos en nosotros, así que nadie nos respeta, y mucho menos desean juntarse con nosotros”. El razonamiento del hermano parecía lógico, él creía que no podía mantener su testimonio como Hijo de Dios ante tanta corrupción. Hermanos, el Señor no planificó que la Iglesia se aislara de la corrupción; no hay excusa para ningún Hijo de Dios de decir: “los compañeros de trabajo me apagan la vida del Señor”, tal vez el hermano ni siquiera estaba encendido, o en términos de la “sal”, quizás la sal que tenía era muy poca. Si yo tengo una olla grande con agua y frijoles, y pretendo sazónarlos con una pizca de sal, el resultado será como que no les hubiera agregado nada; igualmente para salar un pescado, la sal debe ser abundante, no una pizca. Entonces hermano, Dios no nos puso para rehuir o para bajar la cabeza ante el mundo, pues, ¡Somos la sal de la tierra!. Hay un compromiso con Dios de ser sal, debemos ser el antídoto de la corrupción de este mundo. Dios espera que seamos y funcionemos como la sal del mundo, y si no salamos, tarde o temprano terminaremos reprobados.

Dios espera que nos comprometamos a ser sal. No crea que Dios no nos expondrá ante el mundo, Él no diseñó a Su Iglesia para que se mantenga encerrada entre cuatro paredes. Si lo que Dios espera es que la Iglesia de a conocer Su sabiduría, aun ante los principados en los lugares celestiales, no digamos acá en la tierra. Es como lo que sucede con la crianza de los hijos, hay un tiempo en el que hay que restringir a los hijos, pero también hay un tiempo en el que es necesario soltarlos. Si los padres supieron criar a sus hijos, y los educaron hasta el punto de verlos graduados de médicos, lo lógico es que los hijos trabajen como médicos. No es normal que los padres críen a sus hijos, y éstos lleguen a los cuarenta años dependiendo de papá y mamá. Así también es el trato que Dios nos da, Él espera que crezcamos y manifestemos Sus virtudes divinas en este mundo.

Ser un buen creyente no consiste en ocultarse del mundo, ni tampoco en ser extremistas al punto de utilizar vestimentas extrañas para diferenciarnos de los demás, simplemente consiste en vivir en santidad, estar alejados de la corrupción, y entender que el Señor nos apartó para que demos testimonio de Sus virtudes. Antes de que empiece a despojarse de ciertas cosas, revise cuanto ama aquello que quiere dejar, porque no se trata de despojarse de todo. Habrá cosas que Dios quiere que las deje, pero habrá otras que no. Es trabajo del Espíritu Santo mostrarle a cada uno lo que tiene que dejar. No

se trata de no tener un carro nuevo, se trata de no amar el carro nuevo de manera desmedida. La mayoría de nosotros tenemos el testimonio que, ha sido Dios mismo quien nos ha dado muchas cosas, pero el punto es que no debemos amarlas más que a Dios, porque el hecho de que Él las haya provisto, no significa que esas cosas no son del mundo. Todo lo que vemos nosotros es del sistema del mundo, solo Cristo es el Reino.

Si quitamos nuestro corazón de las cosas del mundo, entonces, nuestro corazón estará siempre para con Dios. Empecemos por santificarnos para el Señor con las cosas objetivas que nos menciona el apóstol Juan: "...los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida..." (1 Juan 2:16). De todo eso debemos cuidarnos. Empecemos por no amar estas cosas, y seguramente, seremos sal en nuestra generación.

Apóstol Marvin Véliz

EL ALIMENTO QUE DIOS ESTABLECIÓ PARA EL HOMBRE

Fecha de publicación 20/02/2017

Génesis 1:28 "Y los bendijo Dios y les dijo: Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y sojuzgadla; ejerced dominio sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre todo ser viviente que se mueve sobre la tierra. v:29 Y dijo Dios: He aquí, yo os he dado toda planta que da semilla que hay en la superficie de toda la tierra, y todo árbol que tiene fruto que da semilla; esto os servirá de alimento".

Quiero resaltar un par de frases de los versos que acabamos de leer: "sed fecundos y multiplicaos" y "esto os servirá de alimento". De manera muy clara, vemos que Dios le ordenó al hombre dos cosas: "Multiplicarse" y "comer". Estas dos ordenanzas, no solo se muestran en el relato que Moisés hace de la creación del hombre, sino que son dos cosas que, a lo largo de la historia, jamás se han desprendido del ser humano.

Aún el hombre que no conoce a Dios está ligado a estos dos grandes aspectos como sus más grandes placeres. La intimidad y la comida están tan arraigados a la vida del ser humano que, así como éstas han sido necesidades básicas de la vida, también algunos las han utilizado para degenerarse en sus deseos. Por el lado de la comida, la Biblia nos narra el caso de Esaú, un hombre que por un plato de lentejas estuvo dispuesto a vender su primogenitura; por el lado de la intimidad (o el instinto sexual), también se narran pleitos, guerras, y muertes que se dieron a causa de este deseo desenfrenado. Es inevitable ver que tanto el aspecto de la comida, como lo sexual, están tan apegados al alma de los hombres que pueden superar las fronteras de la sensatez y el razonamiento.

Cuando vemos la historia de la humanidad, podemos ver que a pesar de que el hombre caído perdió lo que Dios quería originalmente para él, estos dos instintos se mantuvieron y se mantienen vigentes hasta el día de hoy. Dios tenía un propósito al dejar estos dos grandes instintos en el hombre, solo que, al caer Adán en el huerto, estos instintos se quedaron funcionando a nivel de su genética caída. El hombre caído sólo percibe los placeres de la carne y los deseos del alma, por lo que deja nula la enseñanza que nosotros deberíamos sacar de estos dos grandes placeres. Nosotros deberíamos entender que así como estas necesidades físicas nos embargan de manera instintiva, también nuestro espíritu necesita comer de Dios y estar en intimidad con Él. Si permitimos que la naturaleza del Señor actúe y accione en nosotros, de manera natural se desarrollará en nuestro interior el anhelo por la persona del Señor y Su palabra.

Quiero tocar en este artículo el aspecto del alimento que Dios estableció para el hombre.

Cuando el Señor Jesús vino a este mundo, su objetivo fue recuperar lo que Satanás le había quitado al hombre en el huerto. El ministerio del Señor inició cuando Él fue bautizado en el Río Jordán, y luego de eso fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado. Una de las tentaciones que Satanás le propuso a nuestro Señor fue, precisamente, en relación a la comida; Jesús había ayunado durante cuarenta días, pero pasado ese tiempo el Señor tuvo hambre. Esto les suena ilógico a algunos porque su experiencia normal es que apenas han desayunado y ya están pensando en el almuerzo, no digamos lo que les sucedería después de cuarenta días de ayuno. Pero la experiencia del Señor fue que pasados cuarenta días tuvo hambre, y al verlo Satanás en esa condición se le acercó y le dijo: "... Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan. Pero Él respondiendo, dijo: Escrito está: "No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios". (Mateo 4:3-4) El sentido de lo que el Señor le respondió a Satanás era decirle que Él había venido a recobrar el hambre por Dios, que si bien era cierto el hombre había perdido esa hambre en la caída, Él ahora le declaraba que el hombre necesita comer la palabra que sale de la boca de Dios.

¡Oh! hermanos, Dios permita que nuestra genética espiritual sea activada y empecemos a tener hambre y sed de Su palabra. Así como en el plano físico nos vemos tan apegados a la comida física, espiritualmente debemos permitir que nuestro ser regenerado obtenga nutrición por medio de la palabra que sale de la boca de Dios.

Nuestra vida y nutrición espiritual la encontramos cuando comemos a Cristo. Yo no le estoy diciendo que aprendamos doctrina, sino que aprendamos el secreto de tomar una palabra que provenga de Él y nutrirnos de ella. Dios en el Nuevo Pacto no se presentó a nosotros en tablas escritas (como las de la Ley), sino que Él se hizo carne (se hizo un hombre). Cuando nos encontramos con el Señor, lo primero que nos presentan es a Su persona misma, y Él dijo que era el PAN DE VIDA que había venido a este mundo. Dejemos que la Vida del Señor nos sacie, que Él calme la sed interior que este mundo no puede saciar.

¿DE QUÉ MANERA NOS NUTRIMOS?

Es interesante ver que el hombre se alimentó de la carne de los animales hasta después de la caída; esto es figura del "placer que los hombres caídos tenemos por las cosas de la carne". Cuando Adán estuvo en el huerto, antes de la caída, Dios le había dicho que comiera de todas las plantas que daban semilla, y de todos los árboles que tenían fruto que daban semilla. Hermanos, nuestro hombre regenerado, es decir, nuestro espíritu no se alimenta con carne, sino con la porción que Dios diseñó desde el principio. Dios le dijo al hombre: "puedes comer frutos y semillas". De estos dos alimentos podemos decir que hay unos que se pueden comer inmediatamente, pero hay otros que se deben procesar antes de ser ingeridos.

El alimento que nos nutre espiritualmente es igual, Dios quiere que día a día nosotros busquemos un alimento espiritual a manera de fruto, es decir, una Palabra que la recibimos inmediatamente por medio de la fe. Para obtener este tipo de palabra espiritual lo único que necesitamos hacer es abrir nuestro espíritu y alimentarnos de ella por medio de la fe. Hay otra clase de alimento espiritual que Dios nos ha dado a manera de semilla; este tipo de palabra no la comen muchos porque ésta requiere más atención, hay que sembrarla, cuidarla, debemos dejar que crezca, y luego de cultivarla, debemos procesarla para poder obtener nutrición de ella.

Hermanos, busquemos la palabra que sale de la boca de Dios porque no sólo de pan físico vive el hombre. Así como nuestro cuerpo físico necesita nutrirse, también nuestro espíritu tiene hambre de Dios. Mucha palabra que el Señor nos da es para el día a día, pero Él también pone en nosotros un

alimento espiritual que no es para comerla hoy, sino para que sea guardada y por medio del Espíritu Santo sea procesada en nuestro corazón. Los que vamos creciendo en el Señor tenemos que aprender a comer el alimento espiritual, no solo el que recibimos a manera de fruto, sino también lo que Dios nos da a manera de semilla. ¡Aleluya!

Apóstol Marvin Véliz

QUE CRISTO MORE POR LA FE EN VUESTROS CORAZONES.

Fecha de publicación 27/02/2017

“Efesios 3:17 de manera que Cristo more por la fe en vuestros corazones ...”

En esta ocasión trataremos de darle explicación a éstas palabras del apóstol Pablo, pues, por el contexto sabemos que Él está dirigiéndose a creyentes, es decir, hijos de Dios. Ahora bien, ¿por qué Pablo incluye en su oración que Cristo more en los corazones de los hermanos? No tiene lógica pedirle a Dios que nos de lo que ya tenemos; todo lo contrario, pedimos en oración al Padre según los faltantes que tenemos. En este verso Pablo pide para que Cristo more en los corazones de los creyentes, ¿cómo explicamos esto? ¿Acaso no se estaba refiriendo el apóstol a gente que ya eran hijos de Dios?

Para empezar tenemos que aclarar que nacer de nuevo, aceptar a Cristo, ser regenerados, y otros términos que nos ubican con la experiencia del nuevo nacimiento no son sinónimos con la frase que Pablo usa en este verso, acerca de que “Cristo habite en el corazón”. Tenemos que aclarar que cuando nacemos de nuevo, es nuestro “espíritu humano” el que es regenerado por el Espíritu Santo, no así nuestro corazón. Veamos lo que nos dice la Biblia al respecto en los siguientes versos:

1 Corintios 6:17 Pero el que se une al Señor, es un espíritu con El.

Romanos 8:9 Sin embargo, vosotros no estáis en la carne sino en el Espíritu, si en verdad el Espíritu de Dios habita en vosotros. Pero si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, el tal no es de El.

Romanos 8:15 Pues no habéis recibido un espíritu de esclavitud para volver otra vez al temor, sino que habéis recibido un espíritu de adopción como hijos, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! v:16 El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios

Si leemos con atención estos versos, el apóstol Pablo está refiriéndose a la llegada del Espíritu Santo a nuestro espíritu. Note que el verso que leíamos al principio no decía: “Que Cristo more por la fe en sus espíritus”, porque obviamente Pablo sabía que el Espíritu de Cristo ya habitaba en los espíritus regenerados de los hermanos de Éfeso. Más bien, el clamor de Pablo era que Cristo habitara en el corazón de los hermanos, porque así como Cristo había venido a morar en sus “espíritus”, así también él deseaba que el Señor morara en sus corazones.

Nuestro corazón necesita ser conquistado por el Señor, pero esto es algo muy aparte a la experiencia de Cristo llegando a nuestro espíritu. Pablo deseaba que los hermanos avanzaran en el Plan de Dios, él deseaba que ellos experimentaran a Cristo no solamente en sus espíritus, sino en el corazón. Hay muchos creyentes que han acomodado a Cristo sólo al área de su espíritu, pero Dios no quiere quedarse confinado sólo a esa área, Él quiere habitar en el corazón.

El corazón es el eslabón de todas las áreas de nuestro ser interior, en él convergen todas las funciones del alma y el espíritu. El corazón es el órgano interno de nuestro ser que se encuentra entre el espíritu y el alma. Cuando vemos en la Biblia las diferentes funciones del corazón, podemos llegar a la conclusión que éste es un eslabón entre la conciencia (que está ubicada en nuestro espíritu) y nuestra alma con sus diferentes funciones. En síntesis, podemos decir que el corazón es el “verdadero yo”; o dicho de otra manera, es el resumen de lo que realmente somos”.

Ahora ¿Qué diferencia hay en decir que Cristo mora en nuestro espíritu, o que Cristo mora en nuestro corazón? La diferencia estriba en que el espíritu humano está presto a lo relacionado con el Espíritu de Dios, pero el corazón tiene mayor enlace con la existencia de nuestro ser natural, es decir, está más pegado al nivel del alma y del cuerpo. Ya dijimos que el corazón es el lugar donde convergen todos y cada uno de los sentidos del espíritu, el alma y el cuerpo, pero está ubicado a nivel del ser del hombre exterior, y no en el lugar al que Pablo se refiere como el hombre interior. Debido a su ubicación, el corazón tiene la tendencia de sentirse más cómodo en el plano del alma.

En naturaleza, el corazón y el espíritu son totalmente distintos el uno del otro. Para que nosotros existamos aquí en la tierra necesitamos el corazón, pues, a través de él tenemos conciencia de las cosas de la tierra y le damos existencia al alma. En cuanto al espíritu humano, de manera normal, está muerto; a menos que sea vivificado por el Espíritu Santo.

La necesidad que tenemos de que el Señor venga a morar en el corazón, es que al estar alojado allí, Él podrá gobernar directamente toda nuestra vida. El Señor quiere morar en el corazón para poder vivir a través de nosotros, Él quiere que en cada decisión, en cada problema, y en cada detalle de nuestra vida, Él sea nuestra Vida, nuestro vivir y nuestra victoria. Cuando permitimos que Cristo habite en nuestros corazones, lo que estamos haciendo es cederle todos los derechos de dirigir nuestra vida, y Él, habiendo tomado posesión de nuestro corazón, puede sacarnos de la estrechez de nuestro “yo” para convertirse en nuestro vivir.

Cuando Cristo mora en el corazón aún es fácil hablarle a la gente del Evangelio, porque hasta en el más mínimo detalle de nuestra vida está fluyendo la Vida del Señor. A diferencia de que cuando el Señor sólo habita en el Espíritu, tenemos que estar en cosas netamente espirituales para poder percibir un poquito la Vida del Señor, porque de lo contrario, no hallamos qué hacer ni qué decir. Hoy en día se ven iglesias abarrotadas de creyentes que recibieron a Cristo en su espíritu, pero su pasividad religiosa demuestra que Cristo no ha tomado posesión de sus corazones.

Hermano, ¿Conoce usted a creyentes que no disfrutan lo de Dios? ¿Ha visto usted a creyentes que las cosas de Dios no los llenan de gozo? Es porque no han permitido que Cristo habite en sus corazones, sólo lo tienen a nivel de su espíritu. Tales creyentes al cabo del tiempo mejor optan por volverse al mundo; hay otros que se quedan en la Iglesia, pero viven amargados, inmersos en un Evangelio legalista. ¿Por qué sucede esto? Porque olvidan o ignoran que Cristo debe habitar en Sus corazones. El Espíritu Santo no nos ha sido dado sólo para que tengamos el testimonio de que somos Hijos de Dios, Él quiere llenar de gozo nuestros corazones.

Apóstol Marvin Véliz

NADIE PUEDE ENCAMINARSE EN EL CAMINO DE LA TRANSFORMACION SI ANTES NO SE CONVIERTE EN DISCÍPULO.

Fecha de publicación 06/03/2017

Todos los seres humanos tenemos problemas emocionales debido a los conflictos que hemos tenido en la vida, además del pecado y la muerte que heredamos en Adán. En Cristo tenemos el camino a la liberación. Hay un camino genuino que puede darle inicio al proceso de transformación interior que tanto anhelamos; el Señor Jesús desea que nos parezcamos a Él, de modo que un día lo podamos reflejar, y la manera para alcanzar esta transformación es hacernos discípulos del Señor.

En algún momento de nuestra vida cristiana todos llegamos a un punto en el que experimentamos que nuestra antigua manera de vivir vuelve a resurgir, de tal modo, que hasta nosotros mismos nos asustamos de lo que somos. Algunos creyentes experimentan la pérdida del gozo de su salvación, otros ven que ya no hay cambios en sus vidas, y al contrario, creen que han retrocedido a su antigua manera de vivir. Tal experiencia, paradójicamente, es necesario vivirla porque nos lleva al punto de darnos cuenta que necesitamos ser transformados.

Los que somos verdaderos hijos de Dios, a pesar de vivir ciertas crisis en nuestra fe, siempre tendremos la esperanza de ser transformados y liberados por nuestro Padre celestial. Este camino oscuro surge delante de nosotros en algún momento de nuestra vida, pero la luz empieza a atisbar cuando decidimos convertirnos en discípulos del Señor. Tal vez la mayoría se sientan abrumados al percibir en su interior que su hombre viejo está cobrando fuerza, y más, al saber que éste es un monstruo que puede destruirlos. Todos los Hijos de Dios vivimos esta experiencia de percibir nuestro viejo hombre, pero de igual manera podemos percibir la Vida divina que nos fue dada en nuestro espíritu.

En la Biblia encontramos pasajes que nos hablan acerca de este viejo hombre, tales como:

Romanos 6:6 “sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado con El, para que nuestro cuerpo de pecado fuera destruido, a fin de que ya no seamos esclavos del pecado”;

Efesios 4:22 “En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos...”

Colosenses 3:9 “No mintáis los unos a los otros, puesto que habéis desechado al viejo hombre con sus malos hábitos”.

El apóstol Pablo nos dice que la mentira es típica del viejo hombre, y que, en definitiva, sí somos influenciados por éste; por otro lado, también Romanos 6 nos hace ver que el viejo hombre ya fue destruido. Ambos pasajes están en lo correcto; el pasaje de Romanos 6:6 dice que “el cuerpo de pecado fue destruido...”. El verdadero sentido de la traducción debería ser: “sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para la desactivación del cuerpo de pecado”.

En realidad nuestro problema actual es el viejo hombre. Nuestro viejo hombre es el falso “yo”, es el “yo” de nuestro pasado, el cual resultó de la conjunción de nuestra genética caída más los programas emocionales que hemos desarrollado a lo largo de nuestra vida. Cuando vemos personas que no pueden dejar de fumar, o que tienen amarras a la pornografía, a la gula, a la borrachera, o a cualquier otro vicio del alma, es muy probable que sea a causa de los programas emocionales que se gestaron desde su infancia.

En nosotros mismos está el detonante para que nos encaminemos a la transformación, y ésta se hace efectiva cuando nosotros nos disponemos a convertirnos en discípulos del Señor. Tenemos que entender que según Dios todos los que somos Sus hijos, tenemos que ser Sus discípulos. En lo natural es incongruente y desnaturalizado que un hombre procrea hijos y que no se dedique a ser su tutor, pero aunque así suceda en algunos casos, Dios no es así, Él quiere que nosotros lleguemos a ser configurados a Su imagen y semejanza.

Dios ya decidió que todos los creyentes nos convirtamos en Sus discípulos, ahora, la pregunta es: ¿Hemos aceptado nosotros esta realidad? En su infinito amor y misericordia, el Señor todos los días está tratando de enseñarnos algo, todos los días nos lleva de gloria en gloria, tal como dijo el apóstol Pablo: “estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (Filipenses 1:6). Dios, por Su parte nunca dejará de enseñarnos y entrenarnos como Sus discípulos, el asunto es que nosotros muchas veces nos desubicamos de ese plano. Es como en lo natural, muy importante es que el maestro imparta bien las clases a sus alumnos, pero no menos importante es que los alumnos atiendan lo que les dice su maestro. Dios por su lado siempre nos enseña, entonces, vale la pena preguntarnos: “¿Hemos aceptado nosotros ponernos en el plano de discípulos?”. El problema para alcanzar la transformación no estriba en Dios, sino en nosotros que no nos disponemos a permanecer en el plano de ser discipulados.

Un buen maestro lo que hace primeramente con sus alumnos es hacerles ver que no saben nada, y demostrarles que lo que creen saber no sirve. No hay alumno más enfermizo e inepto para aprender que aquel que se cree igual a su maestro. El Señor Jesús en una ocasión dijo: “El discípulo no es superior a su maestro; mas todo el que fuere perfeccionado, será como su maestro” (Lucas 6:40). Cuando nosotros venimos al Señor, muchas veces nuestro conflicto es que creemos que en un par de semanas ya aprendimos todo lo referente a Dios, y en poco tiempo nos sentimos teólogos. Hay creyentes que vienen al Señor y creen que por haber sido “salvados” ya no tienen conflictos, y que ya todo en sus vidas es felicidad. ¡Cuán lejos están tales creyentes de una verdadera transformación y una vida de victoria!

En los Evangelios el Señor le llamó “discípulo” a todos aquellos que lo siguieron. En otras palabras, el Señor no fue selectivo, sino dejó que todo aquel que quisiera venir en pos de Él, lo pudiera seguir. Esto fue así porque siempre estuvo en el corazón de Dios que el hombre fuera como Él. Todos los que creemos en Jesús podemos llegar a ser como Él. Somos nosotros, los creyentes de esta era, los que no hemos divorciado de una condición de discípulos. Lo que muchos hacen hoy en día es aceptar a Jesús como Su Salvador, pero casi nadie se convierte en un discípulo. Es más fácil decir que somos creyentes en Jesús, que hacernos Sus discípulos, pues, casi nadie quiere pagar el precio del discipulado. Bajo la perspectiva divina, todo aquel que es creyente es candidato a ser un discípulo. Dios no quiere que nos quedemos estancados, cada día que estemos en esta tierra debemos encaminarnos a la transformación. Ni siquiera en una posición de líderes debemos quedarnos estancados, cada vez debemos avanzar en pos de parecernos más a Cristo. Un padre debe parecerse a Cristo, un esposo debe parecerse a Cristo, y así, todos los creyentes debemos ir en pos de esa meta.

Ante los ojos de Dios todos los que hemos nacido de nuevo somos discípulos, pero el verdadero discípulo es el que acepta serlo, es decir, aquel que reconoce que Dios lo necesita como tal. Esto del discipulado no es el único camino que el Señor nos puede revelar para que obtengamos nuestra transformación interior, pero con toda certeza podemos decir que éste es uno de los más eficaces.

Dice Lucas 6:40 “Un discípulo no está por encima de su maestro; mas todo discípulo, después de que se ha preparado bien, será como su maestro”.

En este pasaje podemos ver dos cosas:

El discípulo debe estar por debajo de su maestro. Esto quiere decir que el discipulado es una etapa en la que el creyente debe aprender a someterse. El que es un verdadero discípulo debe reconocer autoridad; esto no se trata sólo de reconocer que Dios es la autoridad, sino de reconocer Su autoridad a través de los líderes de la Iglesia local. Todo hermano que no acepte una ordenanza de parte de los líderes no es un verdadero discípulo. Dios ha de inducir a todos Sus hijos al punto de que se rompan sus programas emocionales que los inducen a revelarse a todo tipo de autoridad. Una de las cosas iniciales que debemos aprender en el discipulado es reconocer la autoridad, y no sólo a nivel de Iglesia, sino en todas las esferas. Por ejemplo, los hijos no sólo deben obedecer a los ancianos de la Iglesia, sino que deben ser obedientes primeramente con sus padres. Las mujeres igualmente deben someterse a sus maridos, y los varones también deben aprender a obedecer la autoridad de Dios a través de diferentes maneras. Muchas veces las hermanas son más entrenadas en cuanto a la autoridad porque constantemente se les dice que se sometan a sus maridos, pero muchos varones se vuelven intocables, creen que nadie les debe decir nada por ser la cabeza de la casa. También los varones deben ser discípulos, también los esposos deben romper sus programas emocionales, así como le tocó a Pedro cuando el Señor le dijo: “Sígueme...”. Un discípulo tiene que obedecer, tiene que estar entrenado en la obediencia.

El discípulo debe de ser preparado con el fin de que llegue a ser como su maestro. Esto quiere decir que debemos tener conciencia de que estamos en la escuela del discipulado. Cuando reconocemos que somos alumnos, nos disponemos a ser discipulados.

Si vamos a considerar la ruta que nos ha de llevar a la transformación interior, debemos tener conciencia que uno de los principios que el Señor nos da para que seamos transformados, es que seamos verdaderamente sus discípulos. El discipulado es el camino que debemos seguir para que progresivamente lleguemos a ser como nuestro Señor, manifestando Su Vida en nuestra propia vida, ya no viviendo nosotros a expensas del viejo hombre, sino por medio de Su Vida divina.

Ubicarnos como verdaderos discípulos del Señor es el inicio del camino de la transformación. Al ver La Escritura, el Señor quiso que todos nos convirtiéramos en Sus discípulos. El Señor nos muestra en los evangelios a quienes considera como verdaderos discípulos; para Él, los discípulos son aquellos que tienen la visión de llegar a ser como Él, y por lo tanto, aceptan estar en una firme comunión con Él, y están dispuestos a que Dios desmantele todos los programas emocionales de felicidad que le dan vigencia a su viejo hombre.

Apóstol Marvin Véliz

EL DISCÍPULO ES AQUEL QUE PERMANECE EN LA PALABRA.

Fecha de publicación 13/03/2017

El primer gran paso para alcanzar la transformación interior es que aceptemos el discipulado del Señor. Dice Juan 8:31 “Entonces Jesús decía a los judíos que habían creído en El: Si vosotros permanecéis en mi palabra, verdaderamente sois mis discípulos”. El Señor usa la frase: “verdaderamente sois mis discípulos” a manera de una condición. En otras palabras, hay una condicionante para ser

“verdaderos” discípulos del Señor, esta es: “Permanecer en su palabra”. El que no cumple con esta condición no es verdadero discípulo del Señor, es un discípulo a medias. El discipulado necesita dos partes activas: un maestro dispuesto a enseñar, y un alumno dispuesto a aprender. Dios por Su lado siempre desea discipularnos, por lo tanto, nosotros debemos ser responsables con nuestra parte, que es ser discípulos.

Nosotros hemos mal interpretado las palabras del Señor en cuanto a lo que significa: “permanecer en Su palabra”, porque muchos creemos que se trata de “aprender”, “memorizar”, o “hablar” la palabra, pero no se refiere a ninguna de éstas cosas. La palabra “permanecer” significa: “quedarse”, o “pernoctar”, como cuando alguien es invitado a quedarse a dormir en una casa, lo cual no implica una conversación propiamente, sino “estar”. Permanecer en la palabra, por lo tanto, no se refiere a una actividad lingüística o de razonamiento, sino a una actitud de estar cerca de la Palabra. Un discípulo debe tener esta actitud ante la “palabra”, debe estar cerca, debe estar atento. No estamos diciendo que no debemos leer, razonar, o memorizar la Biblia, está bien si lo hacemos, pero tengamos claro que eso no es “permanecer en la palabra” según lo que dijo nuestro Señor Jesucristo. La liberación que obtenemos a raíz de permanecer en la palabra no depende del coeficiente intelectual que tengamos, sino de cuanto permanecemos ante ella.

Luego el Señor dice en Juan 8:32 “... y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”. Este verso nos confirma que para ser liberados, o transformados, necesitamos conocer la verdad, lo cual, sólo se alcanza permaneciendo en la palabra, pero a su vez, esto sólo lo logran aquellos que adoptan una condición de discípulos. El Señor nos aclara el significado de “permanecer en la palabra”, porque dice en Juan 8:36 “Así que, si el Hijo os hace libres, seréis realmente libres”. Acá ya no dice que la verdad nos hará libres, sino que es el Hijo quien nos hace libres. La palabra que nos hará libres es el Hijo mismo, es Cristo, el logos de Dios. Quiere decir que si permanecemos en el Hijo (quien es la palabra) seremos verdaderamente libres. En el griego, el vocablo original que se usa para traducir “palabra” es logos. Es el mismo vocablo que aparece en Juan 1:1 “En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios”. En este verso, “logos” lo tradujeron como “Verbo”, y en esencia se refiere a “Cristo” en su condición primigenia antes de poseer un cuerpo. El vocablo es el mismo que se usa en Juan 8:31 donde el Señor exhortó a Sus discípulos a “permanecer en el logos”. Quiere decir que si permanecemos en Él, en el “logos”, llegaremos a ser verdaderos discípulos.

Tengamos en cuenta que el Señor nos dijo que “permaneciéramos con Él”, esto en ningún momento significa que le hablemos, o que le cantemos, es únicamente “estar delante de Él”. Estar con Dios no es orar en voz alta, o en público, más bien es “permanecer” callados delante de Él. Interceder, cantar, gemir, orar corporativamente y otras acciones de hablar para dirigirnos a Dios tienen su lugar y su ocasión, pero no confundamos eso con “permanecer con Dios”. Tampoco debemos incurrir en procesos mentales bíblicos o de uso de la razón, más bien, permanecer con Él es un asunto de “localización”. Cuando Adán cayó en pecado en el huerto, Dios llegó a buscarlo y le hizo una pregunta: “Adán, ¿Dónde estás?”; la pregunta no iba dirigida a querer saber la ubicación geográfica, sino que Dios percibió a Adán en otra dimensión, ya no “estaba” en el mismo plano donde Dios lo frecuentaba, sino que estaba evadiendo a Dios como su maestro; un verdadero discípulo debe permanecer delante de Dios.

El que permanece con Cristo, o sea, con el Logos, le acontecerá que conocerá la realidad. La realidad de Cristo es Su esfera divina, es lo que encontramos en nuestro espíritu, en otras palabras, es la acción de la contemplación. La Vida contemplativa es la manera en la que el Señor nos hace libres. El Señor está en nuestro espíritu, por lo tanto, es allí donde debemos estar para que el efecto de ello sea nuestra libertad. ¿Cómo hacemos esto? Sólo hay una manera: A través de "LA ORACION CONTEMPLATIVA".

Si queremos entender de manera sencilla la oración contemplativa podríamos decir que ésta es: “El desprecio de nuestro consciente ordinario (o natural) y la atención sencilla y suave a la persona divi-

na". La manera más sublime y segura para estar con el Señor es a través de la contemplación, aunque no es la única forma. Pueda que existan otras maneras para estar en comunión con Dios, pero La Escritura y la experiencia de muchos místicos nos muestran que la manera más segura es la contemplación.

De manera más clara, "permanecer con Dios" es tener "comunión con Él", es "posicionarnos delante de Él por medio de la fe"; si hacemos así, nos convertimos en verdaderos discípulos. Como ya dijimos, esta comunión de la que estamos hablando no se refiere a las reuniones de Iglesia, ni a ninguna otra actividad mística colectiva, sino a estar posicionado delante de Él de una manera personal. Hemos mal entendido que la comunión con Dios estriba en hablarle a Él verbalmente, sin embargo, bajo la óptica divina lo que importa es que "estemos" delante de Él.

El apóstol Pablo dice en 2 Corintios 3:18 "Pero nosotros todos, con el rostro descubierto, contemplando como en un espejo la gloria del Señor, estamos siendo transformados en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Señor, el Espíritu". Note que este verso no dice que somos transformados por "hablar en la presencia de Dios", sino por "contemplar la gloria de Dios". Fue la religión la que nos enseñó que tener comunión con Dios es hablar solamente, pero la doctrina apostólica no nos enseña eso. Acerca de esto también podemos leer los siguientes versos:

1 Corintios 1:8 "el cual también os confirmará hasta el fin, para que seáis irreprochables en el día de nuestro Señor Jesucristo. v:9 Fiel es Dios, por medio de quien fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo, Señor nuestro".

Hebreos 4:16 "Por tanto, acerquémonos con confianza al trono de la gracia para que recibamos misericordia, y hallemos gracia para la ayuda oportuna".

Estos versos nos dicen claramente que nos llamaron a estar en "comunión con el Hijo", a acercarnos a Él confiadamente. En ningún momento nos están diciendo que "le hablemos", o que "oremos voz en cuello", más bien, lo que nos dice es que nos acerquemos a Él bajo un sentido de territorialidad o de posición. Es acá donde entra la necesidad de orar contemplativamente, o de practicar la oración contemplativa. Esta oración, como su nombre lo indica, no consiste en hablar, sino en contemplar al Señor. Al orar de manera contemplativa lo que hacemos es atender al Señor por medio del espíritu, lo atendemos no por medio de las funciones mentales, sino por el espíritu. Orar contemplativamente consiste en despreciar nuestro "yo"; es poner nuestra conciencia ordinaria a un lado, y darle una única importancia a Dios; esto es "permanecer con Él".

Apóstol Marvin Véliz

ACERCA DE LOS PROGRAMAS EMOCIONALES

Fecha de publicación 20/03/2017

"Los programas emocionales para la felicidad" es el nombre que la psicología le ha dado a todas aquellas cosas que, a raíz de nuestras experiencias de extremo placer, o de dolor, que experimentamos desde el día que nacimos en este mundo, fueron creándose con el fin de ser un antídoto o un realce a la felicidad que todos buscamos de forma innata. Los seres humanos fuimos creados por Dios para ser felices, para que disfrutemos del amor y el bienestar en la vida de una forma ilimitada. Si caminamos el camino de transformación, un día podremos llegar a vivir una vida plena de amor porque el amor es Dios mismo. La Biblia dice que un día estaremos con el Señor eternamente, y la vida será placentera en todo sentido, aún en aquel día El enjugará toda lágrima de los ojos, y ya no habrá muerte, ni habrá más duelo, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas habrán pasado. En muchos pasajes de la Biblia tenemos pruebas de la felicidad sin límite que el Señor quiere darnos,

sólo que no lo podemos obtener en el presente a raíz de la caída de Adán y las experiencias que vamos obteniendo en esta vida.

Todos los seres humanos tenemos grandes problemas en nuestro interior debido al impacto que nos han causado las circunstancias de la vida. Por ejemplo, cuando un niño no puede gustar del cariño maternal por “a” o “b” razón, él busca inconscientemente la manera de ser feliz a pesar de no tener a su madre. A veces se ven niños muy aferrados a algún juguete o algún otro objeto, y la razón es que algunos de ellos no tuvieron madre, padre, o tuvieron algún trauma en su niñez que los golpeó tanto, que necesitan estar pegados a algo que les de seguridad y felicidad. A este tipo de actitudes me refiero cuando hablamos de la manera en la que fuimos gestando programas para la felicidad. Todas estas programaciones emocionales son las que forman lo que la Biblia le llama: “El viejo hombre”.

El hermano Thomas Keating dice en su libro: “Invitación a amar”, que la mayoría de programas que el hombre crea, tienen relación en cuanto a la supervivencia, la seguridad y una posición social. Cuando estas cosas no se tienen, aparecen repentinamente ataques de ira, depresión, o diferentes conflictos de personalidad, pues, se sienten vulnerables a su programación. Todos tenemos problemas emocionales debido a nuestros conflictos que hemos tenido en la vida, además del pecado que heredamos de Adán. En Cristo tenemos el camino a la liberación de esta programación.

La manera para llegar a esta transformación es hacernos discípulos del Señor. Esta ruta de hacernos Sus discípulos nos ha de llevar a la oración contemplativa y al desmantelamiento y la anulación de los programas emocionales para la felicidad.

Dice Lucas 14:26 “Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo. v:27 Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo”.

Una de las maneras en la que el Señor desmantela los programas emocionales es cuando Él nos mete al desierto, a los tiempos de soledad, a los tiempos de crisis, o como le llaman los hermanos místicos: “a la noche de los sentidos”. Hay tiempos en los que florecen los desánimos en los creyentes, pero es la manera en la que se desmantelan genuinamente los programas emocionales. Dios no quiere que Sus discípulos deshagan sus hogares, ni que abandonen a sus esposas para ir en pos de Él; en muchos pasajes el Señor dice que el hombre debe amar a su mujer y que debe cuidarla y sustentarla como Cristo a la Iglesia. Lo que el Señor quiere hacer no es destruir los hogares, sino desmantelar nuestros programas emocionales, y como discípulos de Él tenemos que estar dispuestos a que el Señor realice esta obra.

En cuanto a lo que dice el pasaje con respecto a llevar la cruz, esto no es otra cosa más que obedecer el Plan de Dios. Muchas veces nosotros le llamamos cruz a lo que nos sale mal, a los problemas, a los problemas con la esposa, el marido, los hijos, etc. Sin embargo, la cruz es aceptar la voluntad de Dios, aunque esta pese más que nuestra propia vida; al igual que el ejemplo que nos dio el Señor Jesucristo, llevó la cruz y murió en la cruz porque fue la voluntad del Padre.

Al venir al Señor, cual Buen Maestro, Él empieza a desmantelar todos los programas emocionales que nosotros forjamos inconscientemente para alcanzar la felicidad. Tales programas emocionales fueron creados inconscientemente desde nuestra niñez, y éstos evolucionan en nosotros a medida que vamos creciendo. Por esta razón es que Dios nos hace el llamado a ser Sus discípulos, para que “permaneciendo” con Él, nuestra vida sea desmantelada de dichos mecanismos de vida, y que nos demos cuenta que nada de nuestra vida sirve.

En estos versos nos podemos dar cuenta que hay condicionantes para ser discípulos del Señor. Para Dios, es necesario que nosotros “aborrezcamos padre, madre, mujer, hijos, y hasta nuestra propia

vida". Nosotros hemos creído que esto en algún momento puede llegar a ser algo que tenga un cumplimiento literal, y sobre todo, cuando el círculo de nuestra familia no conoce al Señor. Otros creen que esto nunca será necesario para ellos porque su familia es parte del Cuerpo de Cristo, y por lo tanto, siempre los podrán amar. De igual manera, cuando leemos que debemos aborrecer nuestra propia vida, pensamos que esto es para aquellos que viven en países donde es prohibido predicar el Evangelio, pero que nosotros no tenemos tal problema. El pasaje no dice lo que nosotros hemos entendido, más bien, dice claramente que "todos" los que quieran ser discípulos del Señor deben aborrecer a su círculo familiar cercano y hasta su propia vida. Esto no debe tener una aplicación literal, pues, si así fuera la Biblia se contradice así misma. Leamos lo que dicen los siguientes pasajes:

Mateo 15:4 "Porque Dios dijo: "Honra a tu padre y a tu madre," y: "Quien hable mal de su padre o de su madre, que muera".

1 Timoteo 5:8 "Pero si alguno no provee para los suyos, y especialmente para los de su casa, ha negado la fe y es peor que un incrédulo".

1 Corintios 7:10 "A los casados instruyo, no yo, sino el Señor: que la mujer no debe dejar al marido".

Quiere decir que, más que estar pensando en dejar a nuestra propia familia y literalmente olvidarnos de ella, el Señor nos está diciendo estas cosas con el fin de dismantelar los programas emocionales de felicidad que le han dado un cimiento a nuestro viejo hombre. La familia reúne la mayoría de los programas emocionales que nos aquejan y que nos llevan a actuar de manera incorrecta, pues, estos precisamente se gestaron en las etapas de nuestra infancia.

En ningún momento "dejar padre y madre" se refiere a olvidar y descuidar a la familia, porque eso no es justo. Ningún creyente debe desatender ni a su cónyuge, ni a sus hijos, ni a sus padres, pues, eso no honra a Dios. A lo que el Señor se refiere, entonces, es a dismantelar los programas emocionales que tenemos en cuanto a la familia. Hay muchos padres que dicen "amar" a sus hijos, pero son alcahuetes con ellos, no los corrigen en nada; eso no es amor, es un programa emocional que han forjado en sus corazones para encontrar "su" felicidad. Así es el ser humano, se apega a "cosas" y "personas", y con ello crea estas estructuras emocionales con las que pretende ser "feliz". Lo primero en nuestra vida debe ser Cristo y Su Iglesia, el Señor lo dijo claramente: "Buscad primeramente el Reino de Dios y Su justicia...".

Estos programas emocionales que el Señor quiere dismantelar empezaron a forjarse desde el momento que estuvimos en el vientre de nuestra madre. Nadie guarda recuerdos en su consciente ordinario de lo que significó ser expulsado del vientre de su madre, sin embargo, es el primer terror que nos acontece al venir a este mundo. En el vientre de nuestra madre estábamos seguros, allí teníamos calor, seguridad, protección, amor, alimento, y todos los elementos físicos y psíquicos necesarios para vivir, de modo que nada nos hacía falta; pero a los nueve meses ese tiempo se acaba, y traumáticamente nacemos en este mundo. Desde el momento en que somos dados a luz, nos empiezan a surgir traumas; para empezar nos sacan del hábitat acuático en el que estuvimos por nueve meses, luego nos cortan el cordón umbilical que era la vía de suministro que teníamos para poder vivir, luego nos pegan para que aprendamos a respirar por nosotros mismos, y así sucesivamente, tras una cosa surge otra. ¡Nacer fue un trauma! Seguido al nacimiento, llega el tiempo en el que mamá se va a trabajar, y ahora es una desconocida la que nos va a cuidar. Otros se trauman más todavía porque su mamá decidió darlos en adopción, en fin, son tantos los conflictos emocionales que van surgiendo, que el niño empieza a buscar a qué aferrarse con tal de superar dicho dolor, y así es como surgen los diversos programas emocionales.

Los procesos emocionales del hombre son complejos, algunos a medida que van creciendo se vuelven orgullosos, arrogantes, prepotentes, su fascinación es hacerse sentir superior y hostil a los de-

más. Lo que le sucede a tales personas es que se sienten tan inseguros, e indefensos en su interior, que crean máscaras externas de orgullo para poder aplacar esa programación emocional que surgió en alguna etapa de su niñez. Así cada uno de nosotros tenemos un “falso yo”, el viejo hombre que se forjó en medio de nuestros lazos familiares. A esta condición de apego desequilibrado es a lo que hacen referencia las palabras del Señor cuando nos dijo que era necesario dejar “padre y madre”; no es dejar en un sentido de “abandonar, o descuidar”, sino en el sentido de permitir que nuestros programas emocionales, que se forjaron a causa de las circunstancias que se dieron en nuestro círculo familiar, sean desmantelados.

Hay quienes creen amar a sus hijos, sin embargo, para una gran mayoría sus descendientes sólo significan una ventana para alcanzar la felicidad personal, sólo son un programa emocional más. Hay padres que se esfuerzan en darles estudio a sus hijos, pero no porque los amen, sino porque desean alcanzar sus triunfos frustrados a través de ellos. El verdadero amor se demuestra al “no buscar lo propio”; hay quienes dicen “amar” a sus hijos, pero no los aman tanto como creen. Cuántos padres han buscado fácilmente el divorcio como una salida a la incomodidad con su pareja, no pensando en absoluto en las heridas que les causarán a sus hijos. Los padres que aman verdaderamente a sus hijos procurarán darles una estabilidad familiar, demostrarán que los aman sosteniendo su matrimonio, de tal manera se demuestra el verdadero amor.

Hermanos, sólo Dios puede liberarnos de nuestros programas emocionales y de nuestros apegos excesivos. Nadie puede alcanzar la transformación si no permite que Dios le desmantele sus programas emocionales, y Dios no puede hacer esta obra en nadie, a menos que se convierta en un discípulo. Permitámosle al Señor que haga Su obra.

En una ocasión al Señor le dijeron: “... He aquí, tu madre y tus hermanos están afuera deseando hablar contigo. Pero respondiendo El al que se lo decía, dijo: ¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: ¡He aquí mi madre y mis hermanos! Porque cualquiera que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre” (Mateo 12:47–50). ¿Hubiéramos tenido nosotros esta misma reacción del Señor? ¿Por qué Él contestó de esta manera tan tosca? El Señor no atendió en aquella ocasión a Su madre y a Sus hermanos por una razón, no quería que su alma tuviera ataduras emocionales para con su familia, no quería convertir Sus relaciones familiares en un apego excesivo en su alma. No es que Jesús no amara a Su madre y a Sus hermanos, pero no quería que ellos significaran en su alma una ligadura que en algún momento lo hicieran perder su objetivo de estar en el mundo. Si a Jesús nunca le hubiera importado su madre, nunca hubiera existido el siguiente relato: “Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: Mujer, he ahí tu hijo. Después dijo al discípulo: He ahí tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa” (Juan 19:26-27). El Señor sí se ocupó de su madre, sí la amó, pero no permitió que ese vínculo le activara en su alma programas emocionales para alcanzar una felicidad egocéntrica.

Hermanos, los programas emocionales son la fuente de subsistencia de todos los seres humanos, pero en nosotros los que hemos nacido de nuevo, Dios quiere ser nuestra Vida y nuestro Vivir. La manera en la que empiezan a ser desmantelados estos programas emocionales, es a medida que ponemos prioridades. Hay quienes llegan a la Iglesia sólo cuando les sobra tiempo, cuando no se sienten tan cansados, cuando no tienen algo que hacer. ¿Por qué nos cuesta trabajo poner en prioridad las cosas de Dios? La respuesta es porque lo de Dios no entra en nosotros a la manera de los programas emocionales, no entra de manera inconsciente, si no por medio de nuestra propia decisión y voluntad. Es por ello que debemos de ejercer precisamente nuestro libre albedrío y convertirnos en discípulos del Señor para que la Vida divina tenga lugar en nosotros. La Vida divina no es un programa emocional para nosotros, ella no es parte de nuestro pasado, ella es nuestro presente, ella nos libera.

Apóstol Marvin Véliz

EL SEÑOR DECLARA A SUS DISCÍPULOS LA NECESIDAD DE LA CRUZ

Fecha de publicación 27/03/2017

Mateo 16:21 “Desde entonces Jesucristo comenzó a declarar a sus discípulos que debía ir a Jerusalén y sufrir muchas cosas de parte de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas, y ser muerto, y resucitar al tercer día. v:22 Y tomándole aparte, Pedro comenzó a reprenderle, diciendo: ¡No lo permita Dios, Señor! Eso nunca te acontecerá. v:23 Pero volviéndose El, dijo a Pedro: ¡Quítate de delante de mí, Satanás! Me eres piedra de tropiezo; porque no estás pensando en las cosas de Dios, sino en las de los hombres. v:24 Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. v:25 Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por causa de mí, la hallará. v:26 Pues ¿qué provecho obtendrá un hombre si gana el mundo entero, pero pierde su alma? O ¿qué dará un hombre a cambio de su alma?”

Me interesa mucho la primera frase del pasaje, la cual dice: “Desde entonces...” la idea, o lo que realmente nos quiere transmitir esa frase es: “a raíz de, o a partir de... el Señor comenzó a declarar la necesidad de la cruz a sus discípulos”. Con esta frase el Señor hace una recopilación de los versículos anteriores para poder impartirles este mensaje de la cruz.

Primeramente, quiero comenzar señalando cuáles fueron los eventos por los cuales el Señor se vio en la necesidad de declararles a sus discípulos la importancia de la cruz.

Anteriormente a estos pasajes, el Señor les hace una pregunta a sus discípulos y quiero que leamos algunos versos en relación a esto:

Mateo 16:13 “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?”... v:16 “Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”... v:17 “Y Jesús, respondiendo, le dijo: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque esto no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. v:18 Yo también te digo que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. v:19 Yo te daré las llaves del reino de los cielos; y lo que ates en la tierra, será atado en los cielos; y lo que desates en la tierra, será desatado en los cielos.”

Primeramente, diríamos que el Señor procura enfocar a los discípulos en su propia persona. Él les hizo una pregunta de sí mismo, y seguido a eso, se vale de la maravillosa respuesta que el apóstol Pedro recibió por revelación del Padre. El señor usó esa conversación para luego dispensar y encaminar a los discípulos a comprender el misterio de Cristo y la Iglesia.

Después de haber recibido un resumen del misterio, parafraseando el pasaje, Cristo les dijo: “Sobre la misma base de la roca que soy Yo, se levantará mi iglesia. Yo mismo edificaré mi iglesia y no habrá poder del enemigo capaz de detener lo que haré con fines eternos. Además, Pedro, eso que haré con mi Iglesia, te daré a tí las llaves del Reino”. Las llaves del Reino, que el Señor le mencionó a Pedro, son las llaves de la Oikonomía de Dios, no son las llaves simbólicas de una ciudad, sino el sentido es la manera de cómo se le entregan las llaves al mayordomo de una casa. Dichas llaves habrían de servirle no solo a Pedro, sino también a todos nosotros; y no solo para administrar, sino también para conducirnos y para guerrear como parte del Reino de Dios que somos, pues, somos la Iglesia del Señor.

Entonces, ese paquete de revelación, hizo que el Señor tuviera que agregar un mensaje muy importante para los discípulos, mensaje que nos incumbe también a nosotros. Posiblemente usted ya tenga la revelación que le dieron a Pedro; si es hijo de Dios, en lo mucho o en lo poco le han revelado el misterio de Cristo y la Iglesia, y nuestra responsabilidad que tenemos en cuanto a éste.

Tal revelación incluye desde nuestra salvación hasta nuestra redención en Cristo, pero todo esto necesita de una piedra angular, de un asunto indispensable para que las cosas del Señor se cumplan y tengan un buen desarrollo en este tiempo. Es necesario que el Señor edifique Su iglesia, que hayan hombres y mujeres de Dios que puedan abrir las puertas necesarias para desarrollar Su economía para este tiempo. Pero nada de eso es realizable, a menos que nosotros vivamos el resto del mensaje de la revelación que Cristo les amplió a sus discípulos. Es por eso que es tan importante el verso 21, pues dice: “Desde entonces Jesucristo comenzó a declarar...” desde que Cristo amplió la revelación de quién era, también le fue necesario declararles un mensaje bien específico.

Ahora que el Señor se había dado a conocer a sus discípulos, Él les declara lo siguiente: “debo ir a Jerusalén y sufrir muchas cosas...” Cuando el apóstol Pedro oyó esto le empezó a reprender y a decir: “¡No lo permita Dios, Señor! Eso nunca te acontecerá”. Alguien podría pensar que Pedro, a pesar de que era un hombre lleno de errores, lo que quería manifestar era el amor que le tenía a Jesús y su deseo de no verlo sufrir. En realidad Pedro, lo que no quería era verse involucrado en los problemas de Jesús. Si Cristo habría de padecer en Jerusalén, y Pedro caminaba todos los días con Él, sabía que de una u otra manera se vería afectado por el sufrimiento de Jesús. Hermanos, a estas alturas del mensaje que el Señor le dio a Pedro, y aun a ustedes, yo les pregunto: ¿Aún quieren ver al Cristo corporativo edificado y venciendo a Satanás en la tierra? Hoy por hoy, también nos tocará vivir el mensaje que vino después de aquella gloriosa revelación: “es necesario Sufrir con el Señor”.

La palabra que Dios nos da de gracia, si no es tratada sustancialmente por la cruz, se vuelve inerte en nuestras vidas. Difícilmente alcanzaremos a conocer la plenitud del mensaje que Cristo les compartió a sus discípulos, si no caminamos la ruta de la cruz. Pedro, que había sido puesto para ser una piedra integral de la gran roca, sólo hubiera sido más que una piedra de tropiezo sin el mensaje de la cruz. Esto es lo que somos nosotros ahora sin la cruz, somos más tropezadero que un fundamento de edificación para la Iglesia. No necesitamos solamente recibir un mensaje que nos revele a Cristo, también necesitamos una operación Divina que nos quiebre. Solamente si vivimos el mensaje de Mateo 16:24-26 podremos vivir el mensaje que Cristo compartió en Mateo 16:15-19.

Necesitamos la cruz para que nos trate y nos quiebre de tal manera, que seamos confiables para Dios. ¿Qué hará la cruz? Ella eliminará todo aquello que no le es útil a Dios en Su economía. Oremos para que junto con la revelación del misterio de Cristo, venga un quebrantamiento a nuestras vidas, igual de grande, para que no caiga a tierra la revelación. La Luz de Dios es necesaria, pues, es la guianza de Dios para el hombre; pero si el hombre no le ofrece a Dios una vida crucificada, de nada servirá la palabra. Con el fin de que el tesoro de la doctrina y la revelación tenga un lugar en nuestra naturaleza humana, necesitamos ser quebrados por la cruz del Señor.

La cruz no es propiamente cualquier dolor que podamos estar atravesando, porque si eso fuera, hay muchos que ni siquiera son creyentes y sufren más que nosotros. La cruz no es el sufrimiento en sí mismo, la cruz es la negación de nosotros y la aceptación de todo aquello que Dios quiere darnos. Cuando el Señor nos dice que tomemos la cruz, nos dice primero que nos neguemos, pues nadie puede tomar la cruz sin negarse a sí mismo. La cruz es negar nuestra voluntad, nuestros deseos, metas, ambiciones, y todo lo que somos y queremos ser.

Si queremos que la revelación tenga un lugar en nosotros, neguémonos a nosotros mismos y a todo lo que este mundo nos ofrece. La eficacia de la cruz no es el dolor que podamos atravesar, sino dejar

de proveerle vida a nuestro “yo”. Si somos hijos de Dios tendremos la capacidad de negarnos a nosotros mismos y aceptaremos la cruz; sólo así seguiremos en pos de Cristo.

Apóstol Marvin Véliz

PERSEVERAR EN LA DOCTRINA

Fecha de publicación 03/04/2017

Apocalipsis 3:1 Y escribe al ángel de la iglesia en Sardis: “El que tiene los siete Espíritus de Dios y las siete estrellas, dice esto: ‘Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, pero estás muerto. v:2 ‘Ponte en vela y afirma las cosas que quedan, que estaban a punto de morir, porque no he hallado completas tus obras delante de mi Dios. v:3 ‘Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; guárdalo y arrepíentete. Por tanto, si no velas, vendré como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti. v:4 ‘Pero tienes unos pocos en Sardis que no han manchado sus vestiduras, y andarán conmigo vestidos de blanco, porque son dignos. v:5 ‘Así el vencedor será revestido de vestiduras blancas y no borraré su nombre del libro de la vida, y reconoceré su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles. v.6 ‘El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.’ ”

Dentro de todo lo profético que nos marcan las siete Iglesias del Apocalipsis, lo que el Señor le dice a la iglesia de Sardis es muy especial, pues le dice en el verso 2 y 3: “Ponte en vela y afirma las cosas que quedan... Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; guárdalo y arrepíentete”. En estos versos, obviamente, se está refiriendo a lo que doctrinalmente la Iglesia de Sardis recibió y que, por alguna razón, los hermanos de dicha iglesia habían empezado a descuidar. El Señor les exhorta a afianzar, a guardar y a volverse al sentido original de la enseñanza que habían recibido. Si la iglesia no vela en ese aspecto, el Señor le dice: “vendré como ladrón, y no sabrás a qué horas vendré sobre ti” y agrega: “Pero tienes unos pocos en Sardis que no han manchado sus vestiduras”. La blancura de los pocos de Sardis que no habían manchado sus vestiduras, era a raíz de haber guardado la verdad del Señor.

Esto nos enseña que hay una preservación para quienes guardan la palabra de Dios que les ha sido enseñada. Esto es aplicable también para nosotros, pues, el día que el Señor juzgue a Su pueblo, podremos ser hallados con vestiduras blancas a raíz de guardar y perseverar en aquello que aprendimos por el fundamento apostólico. Ciertamente, un día el Señor juzgará nuestra calidad de vida moral, nuestra santidad ante Él, etc. eso no pasará inadvertido por Dios. Puedo decirle con todo mi corazón, y sin temor a equivocarme, que la verdad, lo aprendido de la oikonomía (plan o administración) de Dios, y el misterio de Cristo predicado por los apóstoles, será una medida con la cual Dios nos juzgará en aquel día. Yo quiero incentivarlos a que guarden y atesoren la doctrina de los apóstoles, pues, esta es la doctrina en la cual el apóstol Pablo dijo que nos edificáramos.

Hermanos, aunque la doctrina no lo es todo, no podemos dejar de practicarla, y aún más, no podemos dejar de vivirla y tomarla como una experiencia de vida. Si eso no está en nosotros, seremos una Iglesia juzgada por el Señor a la manera de Sardis, porque ellos se olvidaron de lo que recibieron y oyeron de parte de Dios por medio de los apóstoles.

Dice Hebreos 5:12 “Pues aunque ya debierais ser maestros, otra vez tenéis necesidad de que alguien os enseñe los principios elementales de los oráculos de Dios, y habéis llegado a tener necesidad de leche y no de alimento sólido. v:13 Porque todo el que toma sólo leche, no está acostumbrado a la

palabra de justicia, porque es niño. v:14 Pero el alimento sólido es para los adultos los cuales por la práctica tienen los sentidos ejercitados para discernir el bien y el mal". ¿No está más que claro lo que nos dice Hebreos? La señal de alguien que ha crecido en el Señor es que practica y se entrena en lo que ha escuchado. Lo que necesitamos como iglesia del Señor es recordarnos y practicar lo que hemos oído. Si como creyentes no somos capaces de practicar lo que hemos aprendido, no hemos llegado a la calidad de madurar en cuanto a la doctrina.

Para Dios no es pecado que alguien tome leche de la palabra, pues dice 1 Pedro 2:2 "desead como niños recién nacidos, la leche pura de la palabra, para que por ella crezcáis para salvación". En este contexto la leche es la palabra sencilla, la que salta con solo leerla y meditarla y que nos causa nutrición. El problema al que apuntala el escritor de Hebreos es que tomemos leche por no poder comer alimento sólido. El que toma sólo leche no está acostumbrado a la palabra de justicia, pues, es niño. ¿Cómo se afianza la palabra a manera de alimento sólido? Por la práctica, por ejercitarnos en lo que ya hemos aprendido.

Dice además 1 Timoteo 1:3 "Como te rogué al partir para Macedonia que te quedaras en Efeso para que instruyeras a algunos que no enseñaran doctrinas extrañas, v:4 ni prestaran atención a mitos y genealogías interminables, lo que da lugar a discusiones inútiles en vez de hacer avanzar el plan de Dios que es por fe, así te encargo ahora".

Las doctrinas extrañas son aquellas que van en contra de la oikonomía del Señor y lo que la Iglesia debe hacer, precisamente, es hacer avanzar la oikonomía de Dios por medio de la fe. La oikonomía de Dios es la que nos revela al Hijo, por lo tanto, debemos vivir y practicar eso. Dejemos de vivir por sentires, o por los muchos pensamientos, más bien, aprendamos a vivir por fe, creyendo la palabra que nos han revelado acerca del Hijo y Su plan. Aferrémonos al misterio de Cristo y la Iglesia.

Dios nos ayude para que en nuestra vida nos podamos aferrar a las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo y a la doctrina que es conforme a la piedad. Si hacemos de esta manera, y guardamos su palabra permaneciendo hasta el fin, seremos revestidos con vestiduras blancas. ¡Amén!

Apóstol Marvin Véliz

LOS JUANIANOS

Fecha de publicación 10/04/2017

Mateo 9:14 "Entonces se le acercaron los discípulos de Juan, diciendo: ¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos, pero tus discípulos no ayunan? v:15 Y Jesús les dijo: ¿Acaso los acompañantes del novio pueden estar de luto mientras el novio está con ellos? Pero vendrán días cuando el novio les será quitado, y entonces ayunarán. v:16 Y nadie pone un remiendo de tela nueva en un vestido viejo; porque el remiendo al encogerse tira del vestido y se produce una rotura peor. v:17 Y nadie echa vino nuevo en odres viejos, porque entonces los odres se revientan, el vino se derrama y los odres se pierden; sino que se echa vino nuevo en odres nuevos, y ambos se conservan".

Cuando vemos la historia del Señor en los Evangelios, nos damos cuenta que Él fue atacado e interrogado por los fariseos, los saduceos y otros grupos de personas no afines a su ministerio. En esta ocasión, si usted leyó bien y con atención, se dará cuenta que fueron los discípulos de Juan quienes abordaron al Señor para hacerle una pregunta. Entre líneas podemos ver la sabiduría con la que el Señor le contestó a los discípulos de Juan. El Señor sabía que ellos eran personas no letradas, así que, con un ejemplo muy sencillo, les contestó de una manera práctica, pero a la vez muy profunda.

Debemos entender, primeramente, quiénes eran los discípulos de Juan. Había una diferencia entre estas personas y los demás religiosos de los tiempos de Cristo. En aquellos tiempos en Israel habían dos grupos de religiosos que eran los fariseos, y los saduceos, éstos, con sus respectivas diferencias eran defensores de la Ley de Moisés. A diferencia de éstos, los discípulos de Juan eran personas que al igual que (Juan mismo), tuvieron una revelación del Señor Jesús como el Cordero de Dios. En aquellos tiempos, y en un contexto cultural bastante religioso, fue muy notorio que había un grupo de personas que estaba abandonando la Ley de Moisés con tal de ir en pos de Juan el Bautista, es por eso que titulé a este artículo “los Juanianos”. Leamos el siguiente pasaje para ver el contexto de este nuevo movimiento que estaba surgiendo:

Juan 1:19 “Este es el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron sacerdotes y levitas de Jerusalén a preguntarle: ¿Quién eres tú? v:20 Y él confesó y no negó; confesó: Yo no soy el Cristo. v:21 Y le preguntaron: ¿Entonces, qué? ¿Eres Elías? Y él dijo*: No soy. ¿Eres el profeta? Y respondió: No. v:22 Entonces le dijeron: ¿Quién eres?, para que podamos dar respuesta a los que nos enviaron. ¿Qué dices de ti mismo? v:23 El dijo: Yo soy la voz del que clama en el desierto: “Enderezad el camino del Señor”, como dijo el profeta Isaías. v:24 Los que habían sido enviados eran de los fariseos. v:25 Y le preguntaron, y le dijeron: Entonces, ¿por qué bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el profeta? v:26 Juan les respondió, diciendo: Yo bautizo en agua, pero entre vosotros está Uno a quien no conocéis. v:27 El es el que viene después de mí, a quien yo no soy digno de desatar la correa de su sandalia. v:28 Estas cosas sucedieron en Betania, al otro lado del Jordán, donde Juan estaba bautizando. v:29 Al día siguiente vio* a Jesús que venía hacia él, y dijo*: He ahí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. v:30 Este es aquel de quien yo dije: “Después de mí viene un hombre que es antes de mí porque era primero que yo.” v:31 Y yo no le conocía, pero para que El fuera manifestado a Israel, por esto yo vine bautizando en agua. v:32 Juan dio también testimonio, diciendo: He visto al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y se posó sobre El. v:33 Y yo no le conocía, pero el que me envió a bautizar en agua me dijo: “Aquel sobre quien veas al Espíritu descender y posarse sobre El, éste es el que bautiza en el Espíritu Santo.” v:34 Y yo le he visto y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios”.

Los discípulos de Juan tuvieron una enseñanza diferente a la Ley, es por esa razón que ellos tuvieron la luz para ver al Cordero de Dios. Su líder, Juan el Bautista, fue el primero en tener esta revelación de Cristo como el Cordero. Dice Juan 1:35 “Al día siguiente Juan estaba otra vez allí con dos de sus discípulos, v:36 y vio a Jesús que pasaba, y dijo: He ahí el Cordero de Dios...”. Luego los discípulos de Juan siguieron sus pisadas en cuanto a la revelación que él había tenido. Juan cambió radicalmente la creencia de sus discípulos en cuanto a la Ley, él llevó a los suyos a tener un conocimiento del Señor, conocieron al Señor de manera diferente al Antiguo Pacto. Pero la razón de estudiar acerca de los Juanianos es porque es curioso ver que, a pesar de haber conocido al Señor, la mayoría no lo siguió, sino al contrario, terminaron dudando de Él.

Prestemos atención a este detalle que narra La Escritura: “y vio a Jesús que pasaba, y dijo*: He ahí el Cordero de Dios. Y los dos discípulos le oyeron hablar, y siguieron a Jesús” (Juan 1:36-37). Hubieron dos discípulos de Juan que hicieron lo que su maestro no hizo, seguir a Jesús.

Hermanos, la respuesta que el Señor les dio a los Juanianos (Mateo 9), tras su pregunta del ayuno, fue más allá que la exterioridad y el significado de esta práctica. El Señor en Su sabiduría les expuso la necesidad que tenían de no quedarse en la frontera entre el Antiguo y el Nuevo Pacto. Los discípulos de Juan ya no eran estrictamente discípulos de Moisés, pues, ahora tenían conocimiento del Señor, pero no tenían claridad en cuanto a la naturaleza del Nuevo Pacto. Ellos no habían entendido que lo que Dios estaba haciendo ahora en el Nuevo Pacto, era tratar con los hombres en base a la Vida y la persona de nuestro Señor Jesucristo; cuán necesario nos es entender que ahora ya no es-

tamos siendo tratados por Dios en base de leyes, mandatos, órdenes, etc. sino en base a la obra de Cristo a favor nuestro.

¿Cuál fue el error de Juan y sus discípulos? Fue haber tenido una revelación fresca de la persona del Señor, y aún así quedarse en un evangelio de conceptos. Juan cumplió su función como maestro a medias, él les dio la revelación de Cristo, pero cuando el Señor pasó frente a él, no se interesó en seguirlo, sino sólo dos de sus discípulos lo siguieron. Si nosotros insistimos en vivir un evangelio de conceptos, tarde o temprano nos moriremos espiritualmente. La vida con Dios no es un asunto de qué tanto aprendemos, sabemos, o entendemos, sino de cuánto vivimos en comunión con Su persona. La sustancia del Nuevo Pacto es la Persona de Jesús.

Hermanos, la tendencia de Los juanianos está latente en muchos corazones hoy en día, éstos son aquellos que conocen a Cristo, y aún así viven de conceptos, doctrinas, argumentos, etc. y no de la comunión con el Señor. No todos los discípulos de Juan siguieron al Señor, pero dos de ellos pudieron ver que no eran conceptos los que cambian al hombre, los que causan la Vida, sino es la persona de Jesús la que puede llenar, saciar, y provocar que de nuestro interior fluyan ríos de agua viva.

Termino diciéndoles lo siguiente: “El Nuevo Pacto depende de nuestro encuentro con la persona de Jesús y la revelación del misterio, el cual es Cristo y la Iglesia”.

Apóstol Marvin Véliz

LA NECESIDAD DE CREER EN EL SEÑOR.

Fecha de publicación 17/04/2017

Para poder comprender el título de este artículo, me gustaría empezar haciendo una diferencia entre dos tipos de personas:

1. Los que han creído en el Señor y tienen conciencia de todo lo que implica tener Su persona morando en el interior. Estos creyentes saben que se ha producido en ellos un nuevo nacimiento, es decir, la persona de Cristo morando en sus espíritus.
2. Los que creen que existe un Dios, saben y conocen de Él pero no les ha sucedido el milagro de tener una nueva creación en su ser, es decir, no han nacido de nuevo.

¿Cómo creemos nosotros en Dios?

¿Cree usted en Dios? Tal vez éste es el dilema más grande que tienen muchas personas. Muchos de los que creen en Dios lo hacen de una manera muy superficial, hay personas que creen en Dios como creer que Cristóbal Colón descubrió América, es decir, su pensamiento y su posición es: “me informo, luego reflexiono en la información y finalmente decido creer”. Si a estas personas les dicen: “Cristóbal Colón descubrió América”, lo creen; y si les dicen: “Cristo fue crucificado hace dos mil años”, también lo razonan y lo creen. De esta manera, hoy en día hay muchas personas que pueden estar convencidas que Jesús vino al mundo, y aún pueden estar convencidas del mensaje del Evangelio, sin embargo, no les ha sucedido el milagro de nacer de nuevo.

El apóstol Pedro dice estas sabias y hermosas palabras en una de sus cartas: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien según su gran misericordia, nos ha hecho nacer de nuevo a una esperanza viva mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos” (1 Pedro 1:3). El apóstol nos está hablando de un nuevo nacimiento, de algo que tiene que ver con la fe, obviamente esto es creer. En realidad el proceso del Nuevo Nacimiento arranca cuando creemos, pero esto es una obra que hace completa y directamente el Señor. Nadie se debe sentir incómodo por reconocer que en realidad no se ha convertido genuinamente al Señor; sería mejor, y más honesto tener tal conciencia, que andar deambulando en los lazos de la religión. Note usted que la experiencia del Nuevo Nacimiento es un asunto que radica en la obra de Dios y no en la fuerza inquisitiva del hombre.

Hay muchos que creen y aceptan el mensaje del Señor, pero son como una mujer estéril. En la Biblia vemos el caso de María, la madre de Jesús, una mujer que es figura de la experiencia que todos deberíamos tener, si de verdad nos hemos encontrado con el Señor. La mayoría de ustedes saben que la gran característica de María fue su virginidad, ella no había conocido varón, eso es lo que remarca La Escritura; con esta historia, el Espíritu Santo quería que notáramos que ella no tenía la facultad de poder producir un hijo de sí misma, a raíz de que nunca había estado con un varón. La Biblia relata que un ángel se le apareció a María y le dijo: “No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios. Y he aquí, concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús... El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso lo santo que nacerá será llamado Hijo de Dios” (Lucas 1: 30, 31, 35); así fue como María quedó encinta de Jesús. El Señor quería mostrarnos qué es lo que habría de pasar con todos los que creyeran a la manera de María.

Podemos decir, entonces, que una gran mayoría creen por convencimiento; otros hemos creído porque nos activaron el espíritu y recibimos el nuevo nacimiento como una experiencia. Le pregunto: ¿En cuál de estos dos grupos se ubica usted?. Para que pueda responder esta pregunta, permítame ahondar un poco más, pues, no es propiamente el “fiel” que asiste a una Iglesia el que ha nacido de nuevo, ni tampoco un infiel es alguien que no ha nacido de nuevo. No podemos clasificar a alguien que nació de nuevo por lo que vemos en su exterioridad, ni tampoco podemos juzgar a aquel que vive una vida muy inmoral como un incrédulo. Es seguro que un día Dios nos juzgará a todos por nuestras obras, sean buenas o malas, pero este asunto del que le estoy hablando no se define por obras. El nuevo nacimiento es un asunto de ser, o no ser, hijos de Dios a través de una experiencia en la cual el Señor llega a nosotros y nos hace nacer de nuevo.

Talvez alguien se haga la pregunta: ¿Cómo puedo saber de qué grupo soy?. Yo le contesto con lo que dice Romanos 8:16 “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios”. Permítame ponerle un ejemplo sencillo: ¿Usted está convencido de que es hijo legítimo de sus padres? Seguramente me dirá que sí. Ahora, le hago otra pregunta: ¿Dejó de ser hijo usted el día que le robó el vuelto a su mamá?, ¿Dejó de ser hijo alguna vez por portarse mal en casa?, Obviamente que ¡No! Este ejemplo nos explica que portarnos bien o mal, no influye en el hecho de haber sido engendrados como hijos. Igualmente es en el plano espiritual, lo que Dios hace cuando nos engendra no tiene nada que ver con la manera en la que nosotros le responderemos. algunos responden a Su santidad, con devoción, con fidelidad, con servicio, etc. pero otros viven una vida miserable, inmoral, sucia y apartada de Dios; pero no por eso dejan de ser hijos.

Cada quien tendrá que juzgarse en su interior si es, o no es, un hijo de Dios; el espíritu le dará testimonio a cada quien. Usted no dependa del testimonio exterior, o de lo que diga la gente; usted escuche dicho testimonio en el interior. Lo que necesitamos para ser hijos de Dios es tener una fe que haya provocado una realidad de toda la obra de Cristo a favor de nosotros.

Yo podría cambiar muchas cosas en el Señor, de hecho en mi vida cristiana he cambiado muchas doctrinas y maneras de pensar. Yo empecé creyendo muchas cosas de la religión que ahora ya no comparto, he ido evolucionando, pero jamás la experiencia que alguna vez llegué a tener con Dios ha cambiado, eso siempre ha permanecido en mí hasta ahora. Yo creo que ésta no debe ser solamente mi experiencia, sino la de todos aquellos que son verdaderos Hijos de Dios. Un verdadero hijo de Dios no puede dejar de creer en Dios.

Si alguien tambalea en su fe hay dos posibilidades: 1) Jamás ha sido un verdadero cristiano. 2) No es la fe la que le está faltando, sino volver a la comunión con Dios.

Cuando nosotros nos convertimos al Señor, Él nos regala la fe con la cual creemos, esa fe nos salva, nos regenera y nos hace nacer de nuevo. Esta fe dada por Dios, es por la cual debemos vivir. El apóstol Pablo dice en Romanos 1:17 “el justo por la fe vivirá”, La fe nos sirve a todo hijo del Señor, no sólo para ser vivificados, sino para vivir por ella. La verdadera fe no es aquella de la que muchos dicen: “yo creo en Dios para que se me quiten los males y que todo sea diferente”, la verdadera fe es la que trae reposo y paz a nuestra vida interior. Muchos quieren creer para que Dios les solucione los problemas que cargan, pero lo que una genuina fe produce en el hombre es un descanso, un no hacer nada.

Cuando de verdad creemos en el Señor, entonces, volvemos a retomar el camino de la fe. Si tenemos fe, cuando vengan los problemas, ni siquiera tendremos que pedirle a Dios que los arregle; lo único que tenemos que hacer en todo tiempo es creer porque eso satisface nuestro ser interior, creer le da paz y reposo a nuestra alma. La necesidad que tenemos de creer en el Señor no es para que el mundo se arregle, sino para tener contacto con Él, y así tener descanso de este mundo, de los afanes, de las riquezas, etc.

¡Amén!

Apóstol Marvin Véliz

EL “YO”, Y DIOS.

Fecha de publicación 24/04/2017

El “yo” es la esencia de nuestro ser. Si tuviéramos que hacer una definición del “yo”, podríamos decir que es el resumen de todo el ser humano. El “ser del hombre” está compuesto de tres partes que son: el cuerpo, el alma y el espíritu. De alguna manera innata nos valemos de todas ellas para expresarnos, tener vitalidad y además funcionar de tal modo que tengamos una identidad.

El “yo” tiene una fuente de alimentación, más o menos como la que todo aparato electrónico tiene; dicha fuente de alimentación es la conciencia, la cual está amalgamada con la voluntad. Si usted no tuviera conciencia ni voluntad, su “yo” sería como un cadáver o como un aparato que no tiene forma de recibir alimentación. Dios creó al hombre con la cualidad de que exista y se exprese a través de su “yo”.

Si tratáramos de hacer una especie de autopsia espiritual en el hombre, encontraríamos elementos como la conciencia y la voluntad, pues, así nos hizo Dios a todos. Donde sí encontraríamos diferencias sustanciales fuera al comparar cómo funcionaba el primer hombre (Adán) en comparación con sus descendientes. La diferencia que existiera fuera precisamente a raíz de la caída, un aspecto que vino a afectar severamente la composición del “yo” de todos los hombres pos—adámicos, porque a causa del pecado dejaron de ser lo que el Señor pretendía que fueran originalmente. El “yo” del hom-

bre debió ser lo que una vez dijo Dios: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza...” en otras palabras, tuvo que haber sido un espejo, un reflejo, o una representación de Dios. El “yo” del hombre debería de estar alimentado, ciertamente, por su conciencia y su voluntad, pues, Dios jamás quita eso del hombre, pero en su estado original fue diseñado para que contactara con Dios.

La caída de Adán hizo que toda la raza humana perdiera su comunión con Dios. Dice Romanos 3:23 “Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la Gloria de Dios...” quiere decir que después de la caída, el hombre ya no pudo conectarse con Su Creador, quedó destituido, por esa razón la raza humana empezó a vivir de manera pasajera, vanidosa y alejada de Dios. El hombre aprendió a existir de otra forma. Es curioso que cuando Adán cayó Dios le dijo al hombre: “¿Quién te enseñó que estabas desnudo?” (Génesis 3:11) ¡Ah!, esto quiere decir que hubo otra fuente que le enseñó al hombre, es decir, aprendió a vivir de otras maneras que no eran las que Dios había diseñado. El hombre siguió manteniendo su “yo”, sólo que guiado por una conciencia y una voluntad dañada.

Nuestro “yo” tiene un severo problema, y es que por causa de estar caído, trata de vulnerar constantemente a la conciencia, éste procura cauterizarla y hacerla insensible. Además del hombre mismo, Satanás, quien tiene el dominio del sistema y de todo lo que existe en el mundo, también busca hacer insensible a las conciencias, ¿Con qué fin?, con el fin de que ya no hagan su función primigenia. Satanás quiere que nuestra conciencia sea inmune al dolor y a la tristeza que produce estar lejos de Dios, así como a la alegría y el gozo que produce estar ante Su presencia.

Dice Romanos 1:18 “Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres, que con injusticia restringen la verdad; v:19 porque lo que se conoce acerca de Dios es evidente dentro de ellos, pues Dios se lo hizo evidente. v:20 Porque desde la creación del mundo, sus atributos invisibles, su eterno poder y divinidad, se han visto con toda claridad, siendo entendidos por medio de lo creado, de manera que no tienen excusa. v:21 Pues aunque conocían a Dios, no le honraron como a Dios ni le dieron gracias, sino que se hicieron vanos en sus razonamientos y su necio corazón fue entenebrecido. v:22 Profesando ser sabios, se volvieron necios, v:23 y cambiaron la gloria del Dios incorruptible por una imagen en forma de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles. v:24 Por consiguiente, Dios los entregó a la impureza en la lujuria de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos; v:25 porque cambiaron la verdad de Dios por la mentira, y adoraron y sirvieron a la criatura en lugar del Creador, que es bendito por los siglos. Amén”.

La conciencia se corrompe por el exceso de pecado, llega un momento en el cual se pierde la sensación y el disfrute de la Vida divina. A Satanás le conviene llevarnos al punto de una conciencia cauterizada, pues, él sabe que si contactamos con Dios, el orgullo, que es la esencia de lo que somos va a morir. Muchos no quieren venir a Dios porque saben que la Vida que Él ofrece sólo surge después de morir a nosotros mismos.

La voluntad del hombre, en la caída, se suscribió a ser prisionera de Satanás. La única manera para dejar de ser sus prisioneros y tener una voluntad libre es morir a nuestro “yo”. Dice Mateo 16:24 “Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. v:25 Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por causa de mí, la hallará”. Estas palabras deben ser aplicadas a todos los seres humanos. Si deseamos caminar con el Señor, no solamente debemos manifestarlo por medio de asuntos externos, sino deponiendo la esencialidad de lo que está dentro de cada uno de nosotros, el “yo”. El Señor dijo estas palabras hace dos mil años, pero siguen vigentes para nosotros en este tiempo si queremos ir en pos de Él: “si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo...” en otras palabras, si alguno quiere experimentar a la persona de Jesús, si alguno quiere tener Su persona, inevitablemente tiene que negar su “yo”. Nadie encontrará a Cristo como Su vivir si no está dispuesto a dejar de vivir en los deseos de su “yo”.

Le voy a poner un ejemplo para que me entienda lo que es negarse al “yo”: Si alguien tiene un severo problema físico y sabe que lo único que puede salvarlo es una operación, pues, tendrá que permitir que lo operen. Seguramente no es de agrado para nadie pensar en una operación, en lo crítico que es entrar a un quirófano, los riesgos que existen en la operación, etc. pero ahí el gusto sale sobrando, es algo no grato, pero es menester para su propio bienestar.

El Señor dijo que el que quería ir en pos de Él necesitaba negarse, en otras palabras, dejar de ponerle atención a su “yo”, porque tarde o temprano, el “yo” traerá muerte. Negarnos no es tratar de ser buenos antes de ir en pos de Él, esos son conceptos que nos enseñó la religión; negarnos es estar dispuestos a ponernos en las manos de Dios.

El pasaje que leíamos dice: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz”. Tomar la cruz es tener conciencia de lo que Dios ha diseñado para cada uno de nosotros. Hermano, usted no necesita hacerse una cruz, pues, ya la tiene; llámese familia, economía, estatus social, enfermedad, etc. todo podría ser una cruz, pero es necesario que usted tenga conciencia que es Dios quien se la ha puesto. Dios quiere que aceptemos lo que nos ha tocado vivir, que aceptemos Su voluntad, sólo así Su Vida llegará a surgir en lugar de la nuestra.

Apóstol Marvin Véliz

EL CUERPO DE CRISTO NO ES UNA FIGURA BÍBLICA, ES UNA REALIDAD.

Fecha de publicación 01/05/2017

Cuando el apóstol Pablo se refiere a la Iglesia como el Cuerpo de Cristo, no sólo quiere hablar de una figura, sino de una realidad. El Cuerpo de Cristo es una realidad que inició en Belén, con el nacimiento de Jesús. Hace dos mil años, Dios se hizo hombre, pero además, Él quiso habitar entre los hombres, Él tabernaculizó entre nosotros. El milagro de la encarnación de Cristo nos muestra a un Dios que decidió habitar en un Cuerpo para poder manifestar todo lo que Él quiere darle al hombre. Cuando el Señor Jesús dejó este mundo, Él volvió a hacer el mismo milagro de lo que sucedió en Belén, sólo que de manera corporativa, es decir, en muchos. El Cuerpo de Cristo no es una manera didáctica para entender la relación de Dios con el hombre, sino es la realidad divina de un Dios que decidió usar a muchas personas para poder establecer una morada corporativa en la tierra. Esto debe cambiarnos la idea de que el Cuerpo de Cristo es una figura, pues, debemos verlo como una realidad de la cual nos han hecho ser partícipes. En este tiempo, Dios quiere expresarse a través de nosotros como miembros de ese Cuerpo que Él gestó después de Su resurrección mediante el Bautismo del Espíritu Santo.

Para la mayoría de nosotros, el Bautismo con el Espíritu Santo es lo mismo que ser llenos del Espíritu Santo. Por años, la mayoría de nosotros creímos que el Bautismo en el Espíritu Santo era recibir unción, poder, o habilidad para servirle al Señor. Otra de las creencias que la mayoría tiene, acerca del Bautismo en el Espíritu Santo, es creer que la señal de que alguien lo ha recibido es hablar en otras lenguas. Cuando revisamos La Biblia, nos damos cuenta que estos puntos de vista están totalmente errados. Cuando en la Biblia se utiliza el término “Bautismo”, no se refiere a que algo es “lleno de”, sino a algo que es “sumergido en”. Si yo tengo una botella vacía, y la lleno de agua, no puedo decir que la he bautizado, más bien debo decir que llené la botella de agua. Ahora bien, si yo tomo esa botella y la sumerjo en un depósito con agua, entonces, puedo decir que la botella fue bautizada.

Dice Hechos 2:1 “Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos juntos en un mismo lugar v:2 De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso que llenó toda la casa donde estaban sentados, v:3 y se les aparecieron lenguas como de fuego que, repartiéndose, se posaron sobre cada uno de ellos. v:4 Todos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba habilidad para expresarse”. Si leemos el pasaje, nos podemos dar cuenta que está hablando de dos cosas: los versos 1 y 2 dicen que el Espíritu Santo llegó como una ráfaga de viento que llenó toda la casa donde estaban reunidos (esto alude al “bautismo”), mientras que el v:4 dice que “todos fueron llenos del Espíritu Santo”. Lo que debemos ver es que en esa ocasión ellos fueron bautizados, pero además, fueron llenos del Espíritu Santo. Todos los que estaban allí fueron bautizados porque el Espíritu llenó la casa, o sea, todos fueron bautizados en el Espíritu porque quedaron inmersos en aquel viento recio que llenó toda la casa. Además de este evento del bautismo, también ellos fueron llenos por el Espíritu Santo (cada uno en su interior). Dicha llenura en el Espíritu Santo provocó que algunos hablaran en otras lenguas, que otros recibieran la unción para predicar, para hacer milagros, etc. por lo tanto, es necesario identificar ambas cosas, porque las dos son diferentes.

Dice 1 Corintios 12:13 “Pues por un mismo Espíritu todos fuimos bautizados en un solo cuerpo, ya judíos o griegos, ya esclavos o libres, y a todos se nos dio a beber del mismo Espíritu. v:14 Porque el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos”.

En este pasaje dice que todos fuimos bautizados en un solo Cuerpo, sin lugar a dudas, este verso hace referencia al evento de pentecostés. Lo que aconteció el día de pentecostés fue el cumplimiento de la promesa del Señor, que descendió sobre aquella casa el Cuerpo dimensional-espiritual de Cristo, porque eso era lo que Él había prometido: “Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Juan 14:3). En otras palabras, lo que el Señor prometió, que Él vendría nuevamente en el Espíritu Santo, fue lo que sucedió en pentecostés. Cristo descendió en aquella ocasión de forma incorpórea, y los hermanos que estaban allí reunidos vinieron a ser los miembros de ese Cuerpo nuevo que Él empezaría a usar de allí en adelante, a lo que nosotros hoy le llamamos Iglesia.

Ser bautizados en el Espíritu Santo es ser miembros de una esfera en la cual el Señor nos absorbe como sus miembros, lo cual inició hace dos mil años en pentecostés. Desde ese tiempo, el Señor mira en la tierra a través de los miembros que tienen la capacidad de ver, camina a través de los miembros que caminan, habla a través de los hermanos que tienen el don de hablar, desde pentecostés, todos los miembros de las Iglesias conformamos el Cuerpo de Cristo, y Él se expresa a través de nosotros.

El apóstol Pablo dice en Gálatas 4:19 “Hijos míos, por quienes de nuevo sufro dolores de parto hasta que Cristo sea formado en vosotros”. El Cristo corporativo surge de todos los hijos en carne-regenerados de Dios que están envueltos con la divinidad por medio del Espíritu Santo, a través de la Iglesia local. El apóstol Pablo les decía a los Gálatas que Cristo debía ser formado en ellos, pero él no les estaba hablando de una experiencia individual, sino de algo corporativo, es decir, una experiencia que surgiría en la Iglesia local. La Iglesia en cada localidad viene a ser una matriz en la cual son conjuntados los miembros de cierto sector geográfico, y donde Cristo puede expresarse localmente; he ahí la importancia incalculable de que en cada localidad exista una Iglesia, y la razón por la cuál los apóstoles del Señor se dedicaron a fundar Iglesias.

El Cuerpo de Cristo es la manera que tiene Dios de expresarse en la tierra desde pentecostés, y lo que Él diseñó desde los siglos de los siglos. Dios, a través de la Iglesia local, avala la unión de Sus miembros para que ellos lo expresen en su localidad. Es un error concebir al Cuerpo de Cristo sólo como una figura, pues, ése es el error que ha llevado a muchos a adueñarse de las “Iglesias” que

ellos han fundado, y por lo que hoy en día existe tanto denominacionalismo. La Iglesia no es de nadie, es realmente el Cuerpo de Cristo, es algo totalmente divino.

Con el pasar del tiempo se han perdido muchas bases fundamentales del Evangelio, hoy en día se concibe a una Iglesia desmembrado de Su fuente orgánica que es Dios mismo, pues, los hombres se adueñan de lo que ahora es llamado "Iglesia". Hoy en día es inconcebible que una Iglesia no tenga un "nombre", un "pastor", un "templo", y demás rasgos denominacionales, sin embargo, no fue así al principio. Hemos perdido tanto las bases del Evangelio que a estas alturas ni siquiera hilvanamos el carácter orgánico de la Iglesia, que es tan igual como cuando Cristo (el primer Dios-hombre) nació en Belén. Hoy en día ya casi ningún creyente celebra genuinamente la "natividad", sin embargo, eso debiera ser tan importante como aquel día que apareció una multitud de los ejércitos celestiales, alabando a Dios y diciendo: "Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz entre los hombres en quienes Él se complace". Aquel día cambió el rumbo la historia, Dios se había hecho hombre, y vino y habitó entre los hombres. Dios en esencia siguió siendo el mismo, pero aquel día marcó un antes y un después, Él se introdujo en el tiempo, se convirtió en "El que era, el que es, y el que ha de venir" porque se hizo hombre, adquirió un "cuerpo". Lo mismo sucedió años después en pentecostés, Él descendió como el Espíritu Santo y se unificó con un "nuevo hombre corporativo" formado por muchos miembros. De ahí en adelante ningún creyente puede tener una relación con Dios a solas, porque todos somos Sus miembros, somos parte de Su Cuerpo, obligadamente tenemos que estar ligados a ese Cristo corporativo.

Según el apóstol Pablo, el Bautismo en el Espíritu Santo es un hecho consumado, dice 1 Corintios 12:13 "Pues por un mismo Espíritu todos fuimos bautizados en un solo cuerpo..." todos fuimos incluidos en el Cuerpo de Cristo en la experiencia de "pentecostés", esa experiencia aplicó para todos los que creemos en Jesús. Ahora bien, para que esto sea una realidad en este tiempo, cada creyente debe integrarse a una Iglesia local, porque sólo en esa esfera Dios le ha de dar la plenitud a Sus hijos. Imagínese que alguien tiene tres hijos, pero uno de ellos se va de la casa, ¿De qué le servirá a ese muchacho saber que es "hijo", si ya no podrá tener el amor de sus padres, el sustento, la protección, la herencia y muchas cosas más?. Lo mismo le sucede a aquellos creyentes que no se integran a una Iglesia Local, Dios no podrá darles la plenitud de la bendición que Él ha reservado para ellos. Para Dios los únicos que pueden alcanzar la plenitud de lo que Él trazó desde la eternidad son los creyentes que están integrados a las Iglesias locales. El último libro de la Biblia nos muestra que los vencedores, es decir, los cristianos que han de ser aprobados por Dios en aquel día, saldrán de en medio de Su Cuerpo, pero un Cuerpo que se deja ver a través de las distintas Iglesias locales. La Iglesia Local es una entidad "corporativa-orgánica" compuesta por gente que tiene el mismo ADN de Cristo, una naturaleza "Divino-humana", que en carácter de "miembros" expresan a Dios en las diversas localidades. A esta realidad se refiere el apóstol Juan cuando dice: "En esto conocéis el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios" (1 Juan 4:2). En este verso la carne, no sólo se refiere al cuerpo de Cristo en Belén, sino a la carne en la que habita a través de todos Sus hijos que están integrados a las Iglesias locales. Dios hoy se sigue expresando en "carne", en un Cuerpo múltiple conformado por santos que se reúnen en unidad en Su Nombre. Su Cuerpo no es una figura, es una realidad.

¡Aleluya!

Apóstol Marvin Véliz

EL DIAGNOSTICO QUE LOS PSIQUIATRAS LE ESTAN DANDO A UNO DE CADA CINCO NIÑOS: “EL TRASTORNO DE DEFICIT DE ATENCION E HIPERACTIVIDAD”

Fecha de publicación 08/05/2017

“Los primeros intentos de explicar la existencia del TRASTORNO DE DEFICIT DE ATENCION E HIPERACTIVIDAD fueron llevados a cabo en los años 30. En aquel momento, los médicos que trataban a niños con un carácter inquieto y con dificultad para concentrarse les diagnosticaban el síndrome posencefálico, pese a que la mayoría de esos niños nunca habían tenido encefalitis.

Fue precisamente Leon Eisenberg quien en los años 60 volvió a hablar de dicho trastorno. En el año 1968 incluyó la enfermedad en el 'Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales'. Uno de los principales logros de Eisenberg fue conseguir que la gente creyera que el TDAH (Trastorno de Dificit de Atención e Hiperactividad) tiene causas genéticas. El sentimiento de culpa de los padres desaparece de esa forma al pensar que el niño ha nacido así y el tratamiento con medicamentos es menos cuestionable. Sin embargo, siete meses antes de morir, el famoso psiquiatra estadounidense Eisenberg, confesó que tal trastorno se trataba de “un ejemplo de enfermedad ficticia”.

El conocido psiquiatra, que llegó a hacerse cargo de la gestión del servicio de psiquiatría en el prestigioso Hospital General de Massachusetts en Boston, donde fue reconocido como uno de los más famosos profesionales de la neurología y de la psiquiatría del mundo, decidió confesar la verdad meses antes de morir afectado de un cáncer de próstata, añadiendo que lo que debería hacer un psiquiatra infantil es tratar de determinar las razones psicosociales que pueden producir problemas de conducta. Ver si hay problemas con los padres, si hay discusiones en la familia, si los padres están juntos o separados, si hay problemas con la escuela, si al niño le cuesta adaptarse, por qué le cuesta, etc. A todo esto añadió que, lógicamente, esto lleva un tiempo, un trabajo y acompañado de un suspiro concluyó: “prescribir una pastilla contra el TDAH es mucho más rápido”.

Hasta los años noventa este trastorno era una afección desconocida en los niños. Ahora ya es uno de los diagnósticos más frecuentes en psiquiatría infantil, hasta el punto que las visitas por este trastorno se han multiplicado por 40 en menos de diez años, siendo muchos de los “enfermos” niños de dos y tres años”.

Todo lo escrito anteriormente son extractos de artículos publicados en un sin número de páginas web, lo cual, confirma lo certero de dicha información, y el problema que atraviesan las nuevas generaciones, ante la pérdida de valores que la mayoría de sociedades en el mundo han tenido. No sé cuantos creyentes tienen diagnosticados a sus hijos con este trastorno, o algún otro parecido, sin embargo, yo les aconsejo que antes de medicar a sus hijos por este tipo de “trastornos”, revisemos lo que nos dice La Escritura

Dice Proverbios 1:7 “El temor del Señor es el principio de la sabiduría; los necios desprecian la sabiduría y la instrucción. v:8 Oye, hijo mío, la instrucción de tu padre, y no abandones la enseñanza de tu madre”. Los niños no nacieron instruidos, ni enseñados, son los padres los que deben ocuparse de dicha tarea. Ser padre y madre no se trata sólo de concebir y dar a luz hijos, sino de criarlos. La mayoría de padres se esfuerzan porque sus hijos vayan al mejor colegio, o la mejor universidad, pero por mucha ciencia que aprendan, eso no los volverá personas educadas y sabias en la vida.

Yo estoy de acuerdo que tal “trastorno de falta de atención e hiperactividad”, como su mismo autor lo confirmó, es un diagnóstico ficticio. Toda esa hiperactividad y falta de atención de los niños no son

más que descuidos de los padres que no han sabido educar a sus hijos. Para formar hijos sabios necesitamos enseñarles el temor a Jehová, pero de igual manera, esto es algo que va ligado al Musar de Dios. Son los padres los encargados de instruir a sus hijos, los padres son la primera fuente que tienen los niños para recibir sabiduría y aprender el temor de Jehová.

Dice Proverbios 1:2 “para aprender sabiduría e instrucción (musar), para discernir dichos profundos”.

En este verso el proverbista liga la sabiduría con la instrucción. La palabra hebrea para referirse a “instrucción” en el hebreo es “Musar”, que significa enseñar, advertir y castigar. La etimología de esta palabra nos lleva a comprender que para conocer sabiduría hay que ser disciplinados. Si no enseñamos, si no advertimos, o si no castigamos a nuestros hijos nunca serán sabios. Hermanos padres, sus hijos no padecen el trastorno de falta de atención, lo que están padeciendo es la falta de instrucción por parte de ustedes. Aplíquele el Musar a sus hijos, y aunque tal vez no sean tan inteligentes, superdotados, o no dominen las diversas ramas de la ciencia, le aseguro que usted va a criar hijos sabios para la vida.

Una persona sabia es aquella que sabe cómo conducirse en las cosas de la vida. Un sabio no es necesariamente aquel que es excelente para las matemáticas u otras ramas de la ciencia, tal persona podrá ser inteligente, pero no por eso es sabia. El que usa su inteligencia para conducirse en la vida es un “Sabio”. Si usted quiere que sus hijos sean sabios para la vida, que no se dejen enredar por cualquier cosa, que sepan escoger su pareja de manera sabia, instrúyalos, expóngalos al Musar de Dios.

Yo insto a los padres a que procuren criar hijos sabios, más que darles una preparación académica (de lo cuál no estoy en contra en lo absoluto) procuren criarlos sabiamente para que aprendan a vivir bien. En la escala de valores, procuremos sobre todas las cosas que nuestros hijos sean temerosos de Dios. Hay muchos que salen de las universidades muy bien preparados académicamente pero alejados de Dios, llenos de corrupción en sus corazones. La preparación académica no es mala, lo malo es que nuestros hijos vivan sin el temor de Dios.

Dice Proverbios 1:7 “El temor del Señor es el principio de la sabiduría; los necios desprecian la sabiduría y la instrucción. v:8 Oye, hijo mío, la instrucción de tu padre, y no abandones la enseñanza de tu madre”. Para formar hijos sabios necesitamos enseñarles el temor a Jehová, pero de igual manera, esto es algo que va ligado al Musar de Dios. Son los padres los encargados de instruir a sus hijos, son los padres la primera fuente que tienen los niños para recibir sabiduría y aprender el temor de Jehová.

Hermanos, qué triste realidad a la que hemos llegado. La nueva generación de padres prefieren “drogar” a sus hijos bajo un diagnóstico psiquiatra totalmente falso, en lugar de tomar su rol de “instructores, maestros y ejecutores del castigo”. Padres de familia, ustedes podrán pensar que la disciplina es algo nocivo para la salud mental de los niños, pero es mucho más horrible el mal que se les está haciendo a los niños al no enseñarles, advertirles y castigarles.

Hago un llamado a los padres, a aquellos que ni siquiera se han ocupado de que sus hijos alcancen la salvación eterna. Tal vez ustedes padres con su falta de carácter son el mayor obstáculo para que sus hijos sean salvos, porque privándoles del Musar, les han privado de conocer el temor a Dios. Créanle a la palabra de Dios antes que a la ciencia ficticia de este mundo. Les animo a que no reten gan el castigo para sus hijos, que no escatimen disciplinarlos por las desobediencias y por todo aquello que consideren necesario que sufran el castigo. No escatimen darles la vara, porque eso es amor al fin de cuentas; el amor también se demuestra corrigiendo, advirtiendo y castigando. Si les aplica-

mos a nuestros hijos el Musar, vamos a colaborar con Dios para que ellos no se desvíen del buen camino de la Vida y puedan vivir en paz sus días sobre esta tierra.

ALGUNOS CONSEJOS MAS

Nunca usemos la vara para descargar nuestra ira y nuestro enojo.

No debemos aplicar la vara de manera incontrolada, previo a la vara debemos de instruirles y advertirles.

La vara no es para golpear, ni mucho menos para causar daños físicos a los hijos, es para corregirlos. Dios nos dio glúteos para soportar el dolor de la vara, es el lugar donde debemos aplicarla, pues, al aplicarla en esa zona no dañamos la integridad física de los niños.

Apóstol Marvin Véliz

EL MUSAR DE DIOS (LA DISCIPLINA DE DIOS)

Fecha de publicación 15/05/2017

“MUSAR” es una palabra hebrea que en el original significa: “enseñanza, advertencia o castigo”. La Biblia nos enseña clara y ampliamente lo concerniente a la disciplina. La palabra “MUSAR” nos enseña que Dios quiere instruir, pero también castigar a Sus hijos. Los padres nos debemos a esta misma tarea con nuestros hijos, hay momentos en que debemos instruirlos, pero hay momentos en los que hay que castigarlos. Dice Proverbios 22:15 “La necedad está ligada en el corazón del muchacho; mas la vara de la corrección la alejará de él”. Este verso nos dice que la necedad esta ligada al corazón del muchacho, pero la vara del “Musar” lo apartará de ello.

Todos los hijos tienen una necedad con la cual nacieron, pero solo la vara del “Musar” los puede liberar de ello. No hay ni un solo hijo que no necesite ser disciplinado por su padre, ni siquiera Jesús estuvo libre de la disciplina, dice Hebreos 5:8 “Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; v:9 y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen”. Si el Señor necesitó la instrucción de sus padres, imagínese cuanto más lo necesitarán nuestros hijos. Lo hermoso de la disciplina es el fruto que se alcanza por medio de ella, pues, dice que el Señor fue perfeccionado a través de haber padecido el proceso de llegar a ser obediente.

¿Es necesario tener que llegar al castigo físico con los hijos con fines de disciplinarlos? ¿Es bíblico que tomemos la vara y se la apliquemos a nuestros hijos? La palabra “Musar”, en la Biblia, es una palabra que implica castigar físicamente. Dios se ocupó de usar esa palabra hebrea para dejar claro que sí se debe disciplinar a los hijos con vara. Cualquier persona que conozca la lengua hebrea entiende que Dios lo puede castigar porque es lo que significa la palabra Musar.

La Biblia está saturada de ejemplos, desde Génesis hasta Apocalipsis, de cómo Dios ha aplicado el “musar” a sus hijos. A lo largo de la historia Dios ha quebrado a los hombres para que aprendan a obedecer. Sólo aquellos que fueron golpeados y quebrantados recibieron la visitación de un Dios tan grande. Dice Hebreos 12:6 “Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo. v:7 Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el pa-

dre no disciplina?”. Según estos versos, es parte de la formación y el amor divino aplicar castigo a aquellos que Dios considera Sus hijos.

Dios nos da la oportunidad a nosotros los padres de colaborar con Él, en los planes que tiene para con nuestros hijos. Los hijos son de Dios, así lo dice el Salmo 127:3 “He aquí, don del Señor son los hijos”; o sea, los hijos que nosotros traemos al mundo son la herencia del Señor. Los hijos no son para nuestra gloria sino para la gloria de Dios. A Dios le ha placido confiarnos la tarea de forjar a “Sus hijos” mediante el camino de la disciplina. Tenemos que entrenar a los hijos mientras se pueda, para que cuando Dios los trate directamente como a hijos, los conceptos que ellos tengan de un padre no choquen contra el proceder de Dios. Muchos hijos crecen con la mala costumbre de pedir las cosas con gritos y llantos, pero la culpa la tienen los malos padres que soportan esas malas actitudes y no las corrigen nunca. A medida que los hijos crecen, van arrastrando esa mala crianza en todos los niveles de su vida, y su concepto de padre es “aquel” que le dio todo y que nunca lo estorbó. Cuando les llega el tiempo de la vida, en la que Dios los quiere tratar directamente, lo que ellos hacen es alejarse de Dios porque no concuerda sus conceptos de “padre” con un Dios que castiga a aquel que toma por hijo.

Qué gran responsabilidad tenemos los padres de llevar a nuestros hijos al conocimiento de Dios. Somos nosotros los padres, los que tenemos que enseñarles que hay un Dios en los cielos que provee, que nos ama, que nunca nos deja, pero que también instruye, castiga, disciplina y quebranta. Un hijo que fue malcriado se desviará del camino de justicia, pues, no soportará a un Dios que castiga.

Hoy en día la mayoría de padres se ha tragado la doctrina mundana de que los hijos pueden hacer lo que quieran, creen que los niños tienen derecho a privacidad y a su campo de acción. El resultado de tal concepto ha hecho que surja una generación de hijos insoportables, malcriados, y contrarios a la autoridad. Hermanos, nosotros que somos hijos amados de Dios, pero que también sabemos que Él golpea y quebranta, no les ocultemos a nuestros hijos quién es Dios. Padres, nosotros debemos ser un espejo divino para nuestros hijos, a través de la crianza que les demos y la aplicación del “musar”, los hijos deben ver a Dios y conocer el proceder de Dios. Advirtámosles que Dios nos ama, que Él nos instruye, pero que también nos castiga.

Dice Deuteronomio 11:2 “Y comprended hoy que no estoy hablando con vuestros hijos, los cuales no han visto la disciplina del Señor vuestro Dios: su grandeza, su mano poderosa, su brazo extendido v: 3 sus señales y sus obras que hizo en medio de Egipto a Faraón, rey de Egipto, y a toda su tierra, v:4 lo que hizo al ejército de Egipto, a sus caballos y a sus carros, al hacer que el agua del mar Rojo los cubriera cuando os perseguían, y el Señor los destruyó completamente; v:5 lo que os hizo en el desierto hasta que llegasteis a este lugar, v:6 y lo que hizo a Datán y Abiram, los hijos de Eliab, hijo de Rubén, cuando la tierra abrió su boca y los tragó a ellos, a sus familias, a sus tiendas y a todo ser viviente que los seguía, en medio de todo Israel. v:7 Pero vuestros ojos han visto toda la gran obra que el Señor ha hecho. v:8 Guardad, pues, todos los mandamientos que os ordeno hoy, para que seáis fuertes, y entréis y toméis posesión de la tierra a la cual entráis para poseerla; v:9 para que prolonguéis vuestros días en la tierra que el Señor juró dar a vuestros padres y a su descendencia, una tierra que mana leche y miel. v:10 Porque la tierra a la cual entras para poseerla, no es como la tierra de Egipto de donde vinisteis, donde sembrabas tu semilla, y la regabas con el pie como una huerta de hortalizas, v:11 sino que la tierra a la cual entráis para poseerla, tierra de montes y valles, bebe el agua de las lluvias del cielo”.

En este pasaje aparece por primera vez en la Biblia la palabra “Musar”, la cual ya dijimos que significa: “enseñanza, advertencia y castigo”. Dice el v:2 “Y comprended hoy que no estoy hablando con vuestros hijos, los cuales no han visto la disciplina del Señor vuestro Dios: su grandeza, su mano poderosa, su brazo extendido”; esta palabra “disciplina” es el Musar de Dios. En este pasaje Dios les dice a los Israelitas que los hijos de ellos no conocían el “musar”, es decir, no conocían la forma en la

que Él los había tratado a ellos como nación. Cuando alguien no ha estado en esta dimensión en la cual Dios enseña, advierte, y castiga, es imposible que sepa verdaderamente quien es Dios. Pensemos por un momento en las miles de personas que hay en el mundo, que aunque no van a la Iglesia y no conocen a Dios, los golpes que han llevado en la vida los han hecho madurar y entender la vida de manera diferente. Si esto sucede en el plano natural, cuanto más grande será lo que obtendremos en el plano espiritual.

Si queremos que nuestros hijos un día sean personas que le teman al Señor nuestro Dios, debemos procurar que ellos también experimenten el Musar de Dios. Sólo los que hayan sido enseñados bajo el Musar entenderán a Dios; el que nunca ha sido castigado, difícilmente podrá escuchar a Dios. Si usted no le da vara a sus hijos, usted los está privando de poder escuchar a Aquel que da palabras de Vida Eterna. El pasaje que leímos dice que la generación que no conoció el “musar de Dios”, tampoco pudo ver la grandeza de Dios, su brazo extendido, sus señales, etc. Si nosotros anhelamos que nuestros hijos vean lo grande que es Dios, pero nunca los hacemos que conozcan el Musar de Él, difícilmente verán cuán grandes cosas hace Dios por ellos. Si privamos a nuestros hijos de la disciplina, los estamos destinando a ser derrotados por cualquier cosa en este mundo, pues, sólo aquellos que son entrenados en la disciplina saben cuán fuerte es el brazo de Dios para salvarlos.

Dice Deuteronomio 11:6 “y lo que hizo a Datán y Abiram, los hijos de Eliab, hijo de Rubén, cuando la tierra abrió su boca y los tragó a ellos, a sus familias, a sus tiendas y a todo ser viviente que los seguía, en medio de todo Israel”. Este verso habla de ciertos hombres que no habían participado de la disciplina de Dios, y por ende, tenían corazones rebeldes en contra la autoridad. Un día, Dios los enjuició, y la tierra se los tragó a ellos junto con toda su familia. Los que no conocen el Musar de Dios no son capaces de ver que Dios es celoso, y que castiga duramente a aquellos que se rebelan y que tienen sus mentes embotadas por la falta de disciplina. No conocer la realidad de Dios es un asunto gravísimo, porque es decepcionante para alguien darse cuenta que el Dios en el que ha creído es diferente al verdadero Dios. Muchos conocen a un “dios” envuelto en humanismo, un “dios” que es amor y dulzura para con todos los hombres. El problema es que el verdadero Dios, de vez en cuando, levanta su mano para castigar a los hombres.

Hermanos padres, si ustedes nunca aplican la vara a sus hijos, ellos creerán que Dios también los tratará así, creerán que Cristo murió en la cruz del calvario para darles licencia para pecar deliberadamente, creerán que las cosas de Dios son una forma filosófica de hablar pero no de vivir. Los hijos que viven fuera del “Musar” de Dios no tienen una imagen clara y exacta de Dios, no saben que Dios sigue siendo capaz de abrir la tierra para tragar a los que son rebeldes y desobedientes.

Somos los padres los responsables de que los hijos se queden sin una gota del conocimiento de Dios. Somos los padres los responsables de que los hijos no sepan que Dios azota y castiga a todo aquel que recibe por hijo. Dios nos abra los ojos para darnos cuenta de la importancia de mostrarle a nuestros hijos el Musar de Dios, que ellos tengan un concepto equilibrado de quién es Dios y cómo nos trata Él.

Apóstol Marvin Véliz

ALIÉNTESE SU CORAZÓN.

Fecha de publicación 22/05/2017

La humanidad en la que habitamos nos hace tropezar muchas veces, nos hace fallar, nos hace pecar, fracasamos y por ende eso nos frustra. En nuestra vida cristiana, por un lado, nos alienta el corazón

saber que estamos ajustándonos y proyectándonos para vivir según la revelación del misterio de Cristo; por otro lado, es preocupante, que aunque tenemos un avance doctrinal, nos vemos igualmente fracasados en nuestra vida interior, y más nosotros, que tenemos conciencia del asunto. Indudablemente, una vida interior no victoriosa detiene lo que el Señor quiere hacer con nosotros. Con esto que estoy diciendo, no deseo justificar a nadie, sino más bien lo digo para que todos reconozcamos que la revelación no nos hace mejores seres humanos, ni mejores cristianos.

Quiero decirles que el Señor está consciente de quienes están recibiendo una revelación del Evangelio. No hay nada especial en nosotros, no hay ni siquiera un grado de justicia de la cual podamos jactarnos y pensar que por ello Dios nos esté revelando Su Palabra, por el contrario, la palabra nos hace ver que la misma debilidad carnal del hombre es la que permite que Dios obre y venga su revelación. El apóstol Pablo dijo: "... mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia" (Romanos 5:20). El Señor bajo ningún punto de vista ha tomado en cuenta nuestra justicia para darnos la bendita revelación de Su Evangelio. No somos un grupo selecto o preferido por Dios; yo pienso que nosotros somos como Jacob, quien fue escogido por Dios pero con errores a mas no haber; de hecho, la naturaleza pecaminosa de este hombre fue la que le dio libertad a Dios para poder obrar, y de igual manera creo que esa es nuestra experiencia.

Un problema que provoca desaliento al corazón es la incredulidad. Ver lo que somos, y ver claramente lo que el Señor quiere de nosotros, se convierte en algo que nos causa un problema de desaliento en el corazón. Hermanos, un problema grande y severo del cristiano, más que el pecado, el fracaso, y el obrar en la carne, y que le permite obrar al diablo con mayor libertad, es un corazón desalentado. Cuando el corazón del hombre pierde la gana de seguir y entra en desaliento, le forja al ser del hombre un espacio de incredulidad. Ciertamente nuestros pecados pueden llegar a ser grandes delante de Dios, pero hermanos, el Cristo de la gloria ya pago por todos ellos, ya están solucionados desde hace dos mil años. El problema es que cuando le permitimos a nuestro corazón desalentarse, y llegamos a pensar que ya no hay más oportunidad para nosotros, estamos abriendo un espacio de incredulidad en nuestro ser, el cual, va a bloquear la obra de Dios en nuestras vidas. Si usted es de los que dice: "Dios ya no puede hacer nada en mi vida...", si cree que ya no puede seguir, y entra en desaliento, entonces, ha perdido la fe, y junto con ello, le quita a Dios la posibilidad de poder obrar en su vida.

Dios no puede hacer nada con un corazón incrédulo. En una ocasión el Señor le dijo a una mujer: "... Si creyeres veras la gloria de Dios", ¡Cuán necesario es mantenernos creyendo!

Yo espero que si usted está en incredulidad, solucione este problema delante del Señor. No permita que su corazón esté desalentado, no permita que su corazón diga: "Ya no hay oportunidad para mí". Yo quiero decirle de parte de Dios que ese pecado que no puede dejar, esa debilidad, esa área vergonzosa que usted no ha podido cambiar, es a causa de haber perdido la fe, pues, eso impide que Dios obre en usted.

Otro problema que también causa desaliento al corazón es el legalismo. Cuando nosotros vivimos bajo legalismo, salimos del terreno de acción de Dios. Yo sé que muchos han escuchado el mensaje de "Cristo nuestra Vida, nuestro vivir y nuestra Victoria", pero a estas alturas también sé que para muchos estos mensajes han sido utópicos. Muchos, lejos de obtener victoria, siguen iguales; o peor aun, se han desanimado más a raíz de verse iguales. Ciertamente el pecado no nos deja avanzar, y aunque usted lo sabe, tiene la amarga experiencia de no poderlo dejar. Lo que usted no sabe es que el Señor ha permitido eso para que vea su legalismo. A muchos lo que los agobia no es tanto su pecado, sino la acusación de su propio legalismo. Muchos sienten que son descarados por pedirle perdón al Señor por sus tantos pecados y las tantas veces que inciden en lo mismo. Hermanos, tal vez a ustedes se les ha olvidado que el Señor le dijo a Pedro que tenía que perdonar hasta setenta veces siete, en otras palabras, hay que pedir perdón cuantas veces sean necesarias. No hay un límite de

parte de Dios para perdonar, por lo tanto, tampoco usted debe restringirse. Si usted se desalienta por sus pecados, seguramente es por causa de la auto demanda de ley que usted se impone. Yo le invito a que saque provecho de su situación, y que se de cuenta que es Dios quien ha querido llevarlo al punto de ese desaliento, para que entienda de una vez por todas que no es usted quien hace la obra sino Él. Dios no va a compartir Su gloria con nadie, si Él lo va a levantar no será por lo que usted es, ni por lo que hace, sino por Su grande misericordia.

Hace unos días, mientras oraba éste pasaje de Colosenses, cautivaban mi espíritu estas palabras de Pablo: “Porque quiero que sepáis qué gran lucha tengo por vosotros y por los que están en Laodicea, y por todos los que no me han visto en persona, para que sean alentados sus corazones...” (Colosenses 2:1–2) Pablo no estaba dirigiendo esta carta a gente ignorante, sino a hermanos que habían entendido el misterio de Cristo desde el principio, pero ellos en el caminar vieron el fruto de su carne. Conforme transcurrió el tiempo, los hermanos de Colosias vivieron tantas adversidades, pecados, fracasos, y muchas cosas que trajeron desaliento a sus corazones. Tal vez a nosotros nos sucede lo mismo que a estos hermanos, sólo que nosotros hemos aprendido a fingir nuestra derrota.

En algún momento de mi vida, a mi me pareció que Dios me revelaba Su palabra porque “algo” diferente había en mi. Conforme han pasado los años, el Señor se ha encargado de evidenciarme que ese “algo” no era nada, sino que todo lo que Él me ha dado es por Su pura gracia. Recuerdo también, hace muchos años, a un hombre que se congregó con nosotros; a esta persona Dios la bendijo de tal manera que, de ser un lustrador de zapatos, llegó a ser millonario. Este hombre, lejos de tener virtudes dignas del favor de Dios, era tacaño y mezquino para con el Reino del Señor; yo nunca entendí porqué Dios lo prosperó de tal manera. Al ver éstos dos casos, yo sólo entiendo una cosa: Dios hace como Él quiere, según su beneplácito. Él nos escogió porque “quiso”, porque a Él así le plació hacerlo.

Hermanos, cuando nos llega el tiempo de ver nuestra desnudez, y darnos cuenta de que a pesar de tanta revelación no somos mejores, es el tiempo de aferrarnos a la gracia de Dios y dejar que ella opere en nosotros y por nosotros. La gracia de Dios es un misterio, estamos donde estamos, y tenemos lo que tenemos porque Él lo ha querido así. Hoy es un buen momento para liberarnos del legalismo y reconocer que lo único que opera un cambio en nosotros es la gracia de Dios.

Si usted ha llegado al punto de desalentarse, qué bueno, déjeme decirle que eso le ha acontecido porque ha puesto su confianza en usted mismo, ya es tiempo de que tenga conciencia de su naturaleza de bajeza. A muchos creyentes les ha acontecido lo del apóstol Pedro, quien le prometió en muchas ocasiones al Señor que, aunque todos lo dejaran, Él nunca lo iba a abandonar. Cuando el Señor resucitó, Pedro se sintió avergonzado porque le falló, lo negó tres veces. Si su experiencia de frustración es parecida a la de Pedro, es tiempo de que saque ventaja de esa situación y tire por la borda ese peso de legalismo que lo está ahogando. Suelte esa carga que se ha echado encima y convénzase que la obra de Dios es de pura gracia.

Hermanos, desalentarnos es detener todo aquello que Dios quiere hacer con nosotros. Es más peligroso desalentarnos que aún el pecado mismo. El que se desanima no sólo entrega su carrera, sino, implícitamente le está diciendo a Dios que Él tampoco puede. Nuestro error ha sido que hemos tratado cambiar en nuestras fuerzas, hemos intentado obtener victoria por nosotros mismos, nos hemos aferrado a las doctrinas, etc. y de todos modos siempre nos desanimamos. Debemos reconocer que Dios no necesita nada de lo que es nuestro.

Si nuestro corazón se desalienta, nuestro legalismo aparece y nuestra incredulidad se engrandece. No sigamos esa ruta. Déjeme decirle que lo que detiene el obrar de Dios no es la naturaleza humana, sino el corazón incrédulo. No deduzca que porque usted se desanima y se desalienta, eso también le sucede a Dios. Cobre ánimo en su corazón.

Dice Colosenses 2:2 “para que sean alentados sus corazones, y unidos en amor, alcancen todas las riquezas que proceden de una plena seguridad de comprensión, resultando en un verdadero conocimiento del misterio de Dios, es decir, de Cristo...” ¡Animémonos!, al final de esta jornada que hemos emprendido hay una recompensa: “La liberación de las riquezas de lo que Cristo es y lo que nos dispensó a nosotros por Su Espíritu”. Las riquezas de Cristo son Su Su victoria, Su santidad, Su paz, Su gozo y todas las virtudes que Él nos ha dado a través de Su persona. Dios nos ha dado todo en Cristo, única y exclusivamente por creer. ¡Creamos en Jesús!,

Yo le ruego que cambie su lamento en baile, cambie su derrota en las victorias del Señor. Alcance las riquezas que proceden del pleno conocimiento de Cristo. Estamos en la ruta, pero no hemos alcanzado la meta. Que sus derrotas sólo sean la comprensión de lo que somos y la clausura de seguir intentando cambiar por nosotros mismos. Declarémonos imposibilitados y fracasados, pero creamos a la gracia del Señor y Él lo hará.

Lo primero que Pablo nos dice es “aliéntense”, porque Él sabe que nadie puede avanzar en una condición de desaliento. Lo segundo es que debemos mantenernos unidos en amor los unos con los otros, debemos perseverar “juntos” para poder alcanzar “todas” las riquezas en Cristo. Esto resultará en el verdadero conocimiento del misterio de Dios, es decir, Cristo. ¡Aleluya!

Apóstol Marvin Véliz

ANÁLISIS DE LO QUE NOS HA SUCEDIDO HASTA EL DÍA DE HOY EN EL RECOBRO DEL EVANGELIO.

Fecha de publicación 29/05/2017

Quiero hacer un listado de cosas, las cuales, en medio de nuestra bajeza y debilidad, tenemos testimonio que en algo hemos avanzado en restaurar y reordenar la verdad del Evangelio. No sólo han habido faltantes, si no reconocemos que por la misericordia del Señor, hemos tenido un avance en el rescate de la verdad.

Primeramente es necesario reconocer que nos ha pasado de todo, muchas cosas han marcado nuestras vidas por ir en pos de la verdad. Literalmente jinetes han cabalgado sobre nuestras cabezas, de manera que podemos decir que de una u otra manera, llevamos las marcas de la cruz de Cristo. Hemos pagado el precio de ser despreciados, de no ser escuchados, de no tener fama, etc. Obviamente nos falta mucho por pagar el precio que el Señor quiere, pero anima nuestros corazones que con lo poco que hemos sufrido, Dios nos ha bendecido grandemente.

Hace tiempo dejamos de aferrarnos a una línea de pensamiento en particular, o a una manera particular de teología para poder concebir la palabra de Dios.

Para muchos esto tal vez no es un gran logro porque probablemente nunca vieron cuan amarrados estaban, teológicamente, a una línea de pensamiento. Lo que les pasó a muchos es que no fueron ejecutivos evangélicos, es decir, sólo vieron como los grandes hombres del mundo evangélico decían: “Haz esto y esto...” y ellos sólo atendían, de manera que por muchos años fueron llevados por todo viento de doctrina, de un lado a otro. Desde que decidimos dejar la doctrina evangélica ya no tenemos una línea de pensamiento que nos amarre y nos restrinja la Verdad de Dios. Hemos visto lo precioso que es estar libre de una corriente teológica que nos enmarque el conocimiento, y estar atentos

a todo lo que nos puede revelar el Señor por medio de la Escritura. Hoy por hoy podemos darle gracias al Señor por lo que ven nuestros ojos en la Escritura, y no tener que encuadrarnos al conocimiento impartido por las diversas escuelas teológicas evangélicas, o tener que respetar lo que diga un hombre. Ya no hay necesidad de creer sólo lo que “dice Fulano...”, o la otra frase: “Así me enseñó el pastor...”; ahora somos libres de eso y predicamos sólo aquello que podemos ver en la palabra del Señor y lo que no está, no tenemos porqué discutirlo. En este recobro de la verdad hemos sido libres de cualquier corriente teológica que pudimos haber vivido y creído en el pasado.

Hemos visto particularmente los daños de las organizaciones y las religiones que pretenden arropar a las Iglesias bajo una vestimenta que no es Cristo Jesús.

Qué hermoso es que ahora nosotros podemos tener los ojos abiertos para poder ver y decir que la Iglesia no es una religión, si no que es el diseño de lo que Cristo quiso que fuera. Es una bendición poder ver esto; nos gozamos por estar viviendo fuera de las organizaciones, denominaciones y religiones. Yo descubrí en carne propia que la religión sólo me estaba causando la muerte espiritual; la religión nos enceguece para no darnos cuenta quien es Cristo Jesús; los marcos de religión nos afligían, nos herían el alma, nos esclavizaban y nos causaban muchos daños más, pero qué glorioso es poder ver que ahora tenemos como nuestra vida a Cristo Jesús. Ahora podemos disfrutar al Señor como nuestra nutrición y sabemos que estando en Él somos edificados como la verdadera Iglesia del Señor.

Damos gracias al Señor que en nuestras reuniones el Señor nos ha mostrado la importancia de edificarnos mutuamente. Muchos grandes hombres de Dios hoy en día pueden predicar muchas verdades maravillosas, pero no les ha sido revelado que la religión o denominación en la que están, por muy buena que sea, y por muchas buenas cosas que les enseñe, les priva de la verdadera Vida de Iglesia. ¡Qué glorioso es lo que el Señor nos está permitiendo vivir! Desde que el Señor nos mostró esto, jamás yo he dejado de reunirme con una Iglesia local con tanta felicidad, porque sé que si yo voy vacío, más de algún hermano ha de ser usado por Dios con una palabra que pueda llenar mi interior. Qué refrescante saber que dependemos y nos tenemos los unos a los otros.

Hemos podido abrir los ojos al rescate de Dios.

Muchos pueden hablar sobre la reforma y sobre las doctrinas que el Señor ha restaurado en los últimos siglos, pero muy pocos se dan cuenta de la mano providencial de Dios llevando a Su Iglesia hacia la perfección; pocos se han dado cuenta de cómo Dios ha permitido que se rescaten muchas verdades perdidas y se las ha entregado de nuevo a la Iglesia; pocos han logrado ver el hilo que el Señor ha traído en la historia de la Iglesia, encaminándola y levantándola hasta llevarla a la conclusión de lo que Él se ha propuesto. Es maravilloso poder apreciar este rescate, porque al vivir esto, estamos disfrutando la misma genética de Cristo puesta en la Iglesia del Señor. Por la misericordia de Dios hemos descubierto que los genes de Cristo han corrido a lo largo de la historia en la Iglesia y ahora, en nuestros días nos estamos conectando espiritualmente con esa generación piadosa de hombres y mujeres, por medio de los cuales, el Señor ha traído y está trayendo su restauración a la iglesia.

Agregado a todo esto, yo alabo al Señor, porque en Su misericordia, jamás hemos participado en dividir una Iglesia. Los hombres divisionistas rompen la herencia y bendición que los siervos de Dios pueden transmitirles y ante esta actitud, ellos se cierran a no querer recibir nada de sus padres espirituales, lo cual, trae pobreza y ruina a la iglesia del Señor. Tener libertad en este punto nos da una gran amplitud en Cristo, porque hoy en día no me pesa a mí echar mano de la herencia espiritual que me han dejado los hombres del Señor con los cuales he caminado en mi vida cristiana. No me pesa servirme de la bendición ministerial que muchos hombres de Dios me han dejado, porque mi visión, ya no es ir en pos de los hombres, si no en pos de recuperar la genética espiritual que Cristo quiere

darle a Su Iglesia. Así que tomamos con mucho gozo todo lo que los siervos de Dios con los cuales hemos caminado nos han bendecido. Unos nos han bendecido en un área, otros en otras áreas, pero de todos hemos recibido bendición ¡Aleluya!

Hemos podido ver progresivamente como el Señor nos ha dado luz en relación a la centralidad del Plan de Dios que es Cristo y la Iglesia.

Una de las cosas más gloriosas que nos ha acontecido a raíz de ir en el recobro del Evangelio, es ver como progresivamente el Señor nos ha dado luz en relación a la centralidad del Plan de Dios. ¿Qué quiero decir con esto? Que la vida que antes tuvimos como miembros, como ministros, o como líderes del Señor, fue una vida periférica, una vida que habló de muchas cosas, una vida en la que nos dedicamos a hablar del gusano que estaba en la hoja del árbol, pero esos miles de detalles nos hacían hablar muy poco de la raíz del árbol. Sin una revelación del misterio que anunciaba el apóstol Pablo, que es Cristo y la Iglesia, la predicación se vuelve de poco contenido espiritual; sin la revelación de la centralidad del Plan de Dios podemos hablar muchas cosas, pero estas no nos capacitan para progresar en dicho Plan. Los resultados que tuvimos tras años de ser evangélicos fueron desastrosos, la gente nunca tuvo un crecimiento espiritual a causa de que la palabra que hablábamos iba dirigida hacia las partes periféricas, sin percatarnos que el Evangelio tiene una centralidad en la Escritura, el cual es; “El Misterio de Dios, que es Cristo y la Iglesia”.

Cuando el Señor me llamó como Apóstol, Él me abrió los ojos y me hizo ver que sólo debía hablar de una cosa: “El Misterio de Cristo y la Iglesia”. Cuando entendí que la centralidad del mensaje Neotestamentario era esto, mi vida literalmente dio vuelta. ¡Bendita la misericordia del Señor!

Hemos encontrado la ruta hacia una Vida contemplativa.

Ciertamente la historia de la Iglesia nos muestra que no hemos vivido tal y como el Señor quiere. Si somos honestos, en una gran parte de nuestro ser no tenemos placer en las cosas de Dios, no nos deleitamos en Él, no nos sentimos verdaderamente gozosos de ser hijos de Dios, sino más bien el Evangelio se nos vuelve una batalla, una carga. Aunque también hay una parte en nosotros que desea agradar a Dios, no encontramos la manera de cómo alcanzar esa meta, por lo tanto, no hemos podido vivir para Él, no hemos podido tener una vida entregada, abnegada, con la cruz de Cristo en nosotros; ¿Por qué hemos tenido esta experiencia? ¿Por qué no hemos podido encontrar placer en Dios? ¿Cuándo podremos decir que estamos verdaderamente felices con el Señor? Aunque esto parezca pesimista, ha sido nuestra experiencia, ha sido lo que hemos vivido interiormente. A éstas alturas nos hemos preguntado: ¿Este conflicto en el que vivo es culpa de Dios? ¿el Evangelio no funciona? O ¿nosotros no hemos caminado la ruta correcta? Pues, al parecer, lo que nos ha acontecido es que no hemos ido en la ruta correcta para vencer a nuestro viejo hombre.

La ruta de la Contemplación, muy probablemente, es la respuesta que hemos estado buscando, y no solo nosotros, sino los miles creyentes que ya no pueden disfrutar a Dios. Al inicio de nuestra caminata cristiana sentimos que la Vida divina causó un gran impacto en nuestro ser, pero algo pasó en el camino, algo se perdió; esperamos mediante la revelación del Señor y la práctica de la oración contemplativa recobrar esa gracia transformadora que nos de la victoria sobre nuestro viejo hombre.

Hermanos amados que están en todo el mundo, y que están saliendo de las religiones para ir en pos del Recobro del Señor, quiero decirles que en todos estos años el Señor nos ha permitido contemplar que una sola cosa vale la pena en esta vida: atesorar, vivir y conocerlo a nuestro Señor Jesucristo, tal como dijo el Apóstol Pablo: “... a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos”. (Filipenes 3.10-11)

A pesar de que estamos en un terreno en el cual ya no tenemos los ambientes antiguos de mucha algarabía evangélica, amigos ministeriales con los que caminamos por años, o la esperanza que poníamos en las multitudes, y que no tenemos muchos amigos para compartir fuera del círculo que el Señor nos ha dado con nuestros hermanos en las iglesias locales, lo cierto es que vale la pena seguir en este camino. Tan sólo al hacer un análisis hacia atrás, comparándolo con lo que tenemos hasta el día de hoy, sé que ha valido la pena caminar en esta senda y cuanto más al pensar en lo que el Señor nos ha de dar en los días venideros.

¡Dios les bendiga!

Apóstol Marvin Véliz

¿QUÉ ES EL VIEJO HOMBRE?

Fecha de publicación 05/06/2017

Hermanos, ciertamente la historia de la Iglesia nos muestra que no hemos vivido tal y como el Señor quiere. Si somos honestos, en una gran parte de nuestro ser no tenemos placer en las cosas de Dios, no nos deleitamos en Él, no nos sentimos verdaderamente gozosos de ser hijos de Dios, sino más bien el Evangelio se nos vuelve una batalla, una carga. Aunque también hay una parte en nosotros que desea agradar a Dios, no encontramos la manera de cómo alcanzar esa meta, no hemos podido vivir para Él, no hemos podido tener una vida entregada, abnegada, con la cruz de Cristo en nosotros; ¿Por qué tenemos esta experiencia? ¿Dónde está el verdadero secreto para encontrar placer en Dios? ¿Cuándo podremos decir que estamos verdaderamente felices con el Señor? Aunque esto parezca pesimista, es nuestra experiencia, es lo que vivimos. Tenemos por otro lado la experiencia de saber que somos Hijos de Dios. El Espíritu Santo nos da testimonio a nuestro espíritu que somos hijos de Dios, pero aún así suspiramos, amamos, y nos aferramos a las cosas del mundo. Por la experiencia, casi que pareciera que la doctrina del Señor en el Nuevo Testamento está errada. En los Evangelios encontramos frases hermosas que el Señor dijo, tales como: “El que crea en mí, de su interior correrán ríos de agua viva”; “al que a mí viene, no lo echo fuera”, “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”; pero pareciera que todos estos ofrecimientos no tienen un lugar donde desarrollarse en nosotros.

Hubo un hermano en Cristo que se convirtió al Señor en los días de su juventud, él asistía a todas las reuniones de Iglesia, iba a los discipulados, servía en muchas cosas, pero sobre todo, era muy conocido porque dirigía la alabanza de una manera muy preciosa. Hace unos meses este hermano falleció, y la causa de su muerte fue la adicción a las drogas. Por más de treinta años, a pesar de ser un creyente genuino, a pesar de ser Hijo de Dios, a pesar de todo lo que él hacía en la Iglesia y tener un don muy especial en la alabanza, este hermano jamás pudo alejarse de las drogas. ¿Puede ser esto posible? Algunos religiosos contestan esta pregunta de la siguiente manera: “Lo que sucede es que nunca conoció al Señor verdaderamente”. ¡Qué fácil conclusión! En realidad la respuesta no debería ser tan sencilla. Tal vez la mayoría de nosotros no seamos drogadictos, borrachos, o inmorales, sin embargo, ¿cuántos de nosotros nos levantamos, caminamos en la vida, nos desarrollamos y realmente Dios no está en nuestra noticia? Dios no nos causa placer en lo interior, ni nos causa efecto en el exterior. A éstas alturas nos preguntamos: ¿Este conflicto en el que vivo es culpa de Dios? ¿el Evangelio no funciona? O ¿nosotros no hemos caminado la ruta correcta? Pues, al parecer, lo que nos ha acontecido es que no hemos ido en la ruta correcta para vencer nuestro viejo hombre.

Ante estas inquietudes obviamente nos surge una pregunta: “¿Quién o qué es el viejo hombre?” Responderemos esto de la siguiente manera: “El hombre viejo es el estado caído de todo ser humano

como resultado de la caída de Adán, más todo lo que el hombre experimenta a lo largo de su existencia". Podemos decir, entonces, que el viejo hombre está compuesto por dos factores:

1.- EL ESTADO CAÍDO QUE NOS HEREDARON EN ADÁN:

No debemos considerar que el viejo hombre es sólo lo que nos han heredado nuestros padres. Este tal vez ha sido un error grande en nuestra doctrina. Por años tratamos de obtener respuesta a la problemática de la condición humana culpando a nuestros ancestros, es decir, al ADN heredado de nuestros antecesores. Alguien se preguntará: ¿Y eso no puede ser posible? Sí, pero no lo es todo. Seamos honestos, nuestro problema actual no es el abuelo "brujo" que tuvimos, o nuestro padre adúltero, porque nosotros al igual que ellos descendemos de una raza caída.

Alguien dirá: "Ah, pero yo tuve una abuela tremenda, de esas que asustan". Si vamos a decir que nuestro viejo hombre es el resultado de lo que heredamos de nuestros padres, corrijamos algo, no le echemos la culpa directa a nuestra abuela, sino al gen de la naturaleza caída que ella heredó de Adán. Hay muchos que son borrachos y nunca vieron a sus padres tomar bebidas alcohólicas, hay otros que son mujeriegos y nunca vieron un mal ejemplo de infidelidad en casa de sus padres. Si partimos de la experiencia y de lo que hemos observado a lo largo de varios años, el hombre viejo no es lo que nos heredaron nuestros padres inmediatos, sino lo que nos heredó Adán. En realidad nuestro conflicto con el viejo hombre se deriva del pecado que nos heredó Adán.

Erramos al averiguar los pecados y debilidades de nuestros ascendientes, pues, no sacamos ningún beneficio de saber quiénes eran ellos, y tampoco solucionamos nuestro problema reprendiendo los genes que ellos nos transmitieron. La práctica de reprender y renunciar a nuestra herencia genética, con miras a ser liberados de nuestro viejo hombre, no es algo bíblico. Obviamente, nuestros padres nos transmiten una herencia, tanto física, como psicológica, pero en cuanto al pecado es algo que lo venimos heredando desde Adán. El problema del pecado no radica en nuestros padres, o nuestros abuelos; aunque ellos hubieran sido personas decentes, de todos modos nuestra naturaleza seguiría siendo caída; en otras palabras, usted es pecador no por culpa de su papá y su mamá, sino porque es adámico. Eso es lo que nos enseña la Biblia.

Retornando al concepto del viejo hombre, entendamos que es "el estado caído de todo ser humano como resultado de la caída de Adán, más todo lo que el hombre experimenta a lo largo de su existencia".

Para ver que el pecado lo heredamos de Adán, podemos mencionar las siguientes citas:

1 Corintios 15:21 "Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. v:22 Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados".

El apóstol Pablo nos dice claramente que el problema del hombre caído radica en Adán. La razón por la que no le podemos echar la culpa a nuestros ascendientes, es porque ellos también fueron víctimas de la caída de Adán. El asunto que tenemos que tener claro es que todos los seres humanos somos descendientes de Adán, y por lo tanto, todos somos pecadores.

2. TODO LO QUE EL HOMBRE EXPERIMENTA A LO LARGO DE SU EXISTENCIA:

Dice Efesios 4:22 "En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos". Este verso nos dice que el hombre viejo está relacionado a "La pasada manera de vivir", eso ya no es lo heredado de Adán, sino es lo que nos tocó vivir a cada uno de nosotros. Cada ser humano tiene una pasada manera de vivir en la que acumula muchas ex-

perencias, tanto positivas como negativas, éstas son las que conforman al viejo hombre. No somos culpables de haber tenido que vivir muchas malas experiencias, sin embargo, tenemos que cargar con ellas.

El viejo hombre surgió de la mezcla de estos dos factores: La naturaleza caída que heredamos de Adán, más toda la experiencia acumulada en la vida. Estas dos cosas mezcladas son las que nos llevan inevitablemente al pecado. Pecamos por la debilidad de la carne en la que habitamos, pero también pecamos por todo tipo de programación que se forjó en nosotros desde que estábamos en el vientre de nuestra madre. Estas programaciones emocionales son la ley del pecado que está en nuestros miembros, los cuáles son débiles (caídos) y por ello fácilmente son inducidos al pecado.

Si queremos ver esto en la Biblia, casi textualmente podemos citar Romanos 7:17 “De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí. v:18 Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. v:19 Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. v:20 Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí. v:21 Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. v:22 Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; v:23 pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. v:24 ¡Miserable de mí! ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte?”. Este pasaje nos deja claro lo que es el viejo hombre.

Ahora bien, si podemos identificar que nuestro problema básico es el viejo hombre, debemos identificarlo en nuestro propio ser. ¿Quién es el viejo hombre? Somos nosotros mismos, es el resultado de nuestra experiencia de vida sin Dios. La Biblia llama a esta experiencia: “el viejo hombre”, porque deduce que después de que conocemos al Señor, existe para nosotros un nuevo hombre. El viejo hombre es el que nos tiene bajo condenación, es el que nos acusa, el que nos cansa, el que nos frustra. Por un lado tenemos una carne que es débil, y por otro lado, nos toca vivir experiencias que nos impulsan a hacer lo que no quisiéramos hacer.

Cuando la Biblia aborda este tema, sólo el apóstol Pablo utiliza el término del “viejo hombre”. Él se refirió al viejo hombre en tres citas: Romanos 6:6, Efesios 4:22 y Colosenses 3:9, después de estos pasajes, podremos encontrar otros sinónimos para identificarlo, pero la expresión de “viejo hombre” solo se ocupa en estos tres pasajes. El apóstol Pablo, siendo guiado por el Espíritu Santo, nos hizo el favor de concentrar en esta expresión y en estos tres pasajes todo lo referente a la naturaleza caída del hombre y las experiencias vivenciales que éste ha tenido en su vida, pero como siempre lo hacemos, dejamos abierto este espacio para comentar, o preguntar al respecto.

¡Dios les bendiga!

Apóstol Marvin Véliz

¿CÓMO REALIZAR LA ORACIÓN CONTEMPLATIVA?

Fecha de publicación 12/06/2017

En esta ocasión trataremos de hablar sobre la práctica de la oración contemplativa (orar en silencio). En realidad ésta debería ser la forma más fácil de orar para todos los creyentes; si alguien siente que no puede orar de esta manera es porque probablemente su misma religiosidad se lo está impidiendo. Hay creyentes tan religiosos que no creen que Dios es capaz de operar en sus vidas al punto de sanarlos y transformarlos. Espero que el conocimiento de la palabra los lleve al punto de liberarlos de ese yugo pesado de auto justicia y con corazones mansos y humildes nos acerquemos a Dios.

La oración contemplativa la podremos realizar si tomamos en cuenta dos puntos prácticos y sencillos:

1) DEBEMOS DEJAR DE PRESTAR ATENCION AL MOMENTO PRESENTE PSICOLOGICO.

Nos referimos con MOMENTO PRESENTE PSICOLOGICO al estado de alerta que todos tenemos al hacer uso de la percepción tanto interior, como exterior, la cual nos brinda una apreciación subjetiva del momento en el que estamos. En otras palabras, el MOMENTO PRESENTE PSICOLOGICO es la conciencia del ser en el presente ordinario. Si alguien sufre de un trauma físico o un problema psicológico, puede perder su MOMENTO PRESENTE PSICOLÓGICO y quedar desubicado en relación a su tiempo y espacio presente. Esto es como cuando alguien se desmaya, al volver en sí, se encuentra desubicado de tiempo y espacio, no sabe cuánto tiempo pasó inconsciente y hacia adonde lo llevaron durante ese tiempo de inconsciencia; podemos decir que tal persona perdió su MOMENTO PRESENTE PSICOLOGICO.

Nuestro ser interior siempre está activo y nos provee el momento presente psicológico valiéndose de los estados de ánimo y de las circunstancias externas que nos rodean. Podríamos decir que un ser humano normal es aquel que mantiene constante su momento presente psicológico. Ahora bien, los factores que activan nuestro presente son los pensamientos y los impulsos emocionales y sensoriales que recibimos. Por ejemplo, a veces estamos sentados hablando con alguien pero de repente empezamos a sentir que la silla se está moviendo, rápidamente vemos el exterior y si nos damos cuenta que está temblando, salimos corriendo hacia un lugar seguro. Podemos decir que ese acto de decidir dejar a la otra persona hablando sola y buscar refugio es la activación del momento presente psicológico. Eso es lo que hace una persona normal en una situación de peligro. Todo lo contrario le sucede a una persona enferma mental, o una persona que está bajo efectos de estupefacientes, pues, tienen distorsionado su momento presente psicológico.

Para que nosotros podamos estar en comunión con Dios tenemos que dejar de prestar atención a ese momento presente psicológico. Nosotros somos seres tripartitos, tenemos cuerpo, alma y espíritu; somos como el Tabernáculo de Moisés, el cual tenía tres áreas llamadas: Atrio, Lugar Santo y Lugar Santísimo. En el mismo orden ambos van de lo más externo a lo más interno. Lo más inaccesible de nuestro ser es el espíritu, al igual que el Lugar Santísimo era lo más escondido del Tabernáculo de Moisés. De manera normal cuando nosotros escuchamos algo lo primero que ponemos es el oído (el cuerpo) y la mente (el alma), no el espíritu. El espíritu es la parte más inaccesible de nuestro ser, lo que tenemos más activo en nuestro ser es el cuerpo y el alma. Cuando nosotros llegamos a la oración contemplativa, vamos con nuestro presente psicológico activo; tal vez nos sentamos, nos callamos, pero de pronto empiezan a brotar pensamientos de todas las cosas que estamos viviendo. Debido a esta tendencia, muchos optan por hacer una oración discursiva (oración audible), lo que hacen en realidad es acercarse a Dios a nivel de su alma y así le externalan a Dios sus sentimientos; aunque no podemos decir que orar en voz alta es malo, ciertamente no es la oración más pura.

Para que nosotros podamos realizar la oración contemplativa debemos soltar nuestro momento presente psicológico; en realidad no podemos anularlo, y tampoco podemos reprenderlo porque se trata de nosotros mismos; lo que tenemos que hacer es despreciarlo, o sea, dejar de prestarle atención. Para entender esto de manera más fácil, recordemos aquella escena en la que el profeta Elías le dijo a Eliseo: “Pide lo que quieras que haga por ti, antes que yo sea quitado de ti. Y dijo Eliseo: Te ruego que una doble porción de tu espíritu sea sobre mí. El le dijo: Cosa difícil has pedido. Si me vieres cuando fuere quitado de ti, te será hecho así; mas si no, no. Y aconteció que yendo ellos y hablando, he aquí un carro de fuego con caballos de fuego apartó a los dos; y Elías subió al cielo en un torbellino. Viéndolo Eliseo, clamaba: ¡Padre mío, padre mío, carro de Israel y su gente de a caballo! Y nunca más le vio...” (2 Reyes 2:9–12). La clave para que Eliseo recibiera la doble porción de Elías era que no lo dejara de ver ni un tan sólo momento. Eliseo estuvo atento viendo a Elías en todo tiempo,

aunque hubieron factores de peso que pudieron distraerlo fácilmente. En medio de aquella escena tan fenomenal, sintiendo la tentación de ver los extraños carros de fuego, Eliseo nunca dejó de ver a Elías, sino que vio cuando un torbellino lo levantó y se lo llevó. Esta escena llena de distracciones es más o menos lo que nos sucede al practicar la oración contemplativa. Justo al momento de guardar silencio nuestro presente psicológico pareciera que cobrara vigor, nuestros pensamientos aparecen con novedad, con fuerza, con lucidez, etc. Lo que tenemos que hacer es mantenernos en fe delante de la Presencia del Señor y dejar pasar todos los pensamientos de nuestro momento presente.

La oración contemplativa no es lo mismo que las prácticas de meditación orientales como el yoga, ú otras prácticas similares. No se trata de caer en trance o de recorrer caminos hasta llegar al subconsciente, sino lo que buscamos es despreiciar nuestro momento presente psicológico y mantenernos en fe, conscientes de que nuestra intención en ese momento es estar delante del Señor. Tal actitud activa nuestro espíritu, el cual, como ya vimos se une a Cristo, y así puede trascender hasta llegar a los celestiales. Nos sorprenderá que justo en ese momento se nos vendrán todo tipo de pensamientos, desde algunos pecaminosos hasta algunos que pareciera que son la revelación que tanto habíamos ansiado tener sobre algún verso de la Biblia, pero todos debemos dejarlos pasar, tanto los buenos como los malos. Pensamiento que venga déjelo pasar, usted haga las del profeta Eliseo, quien nunca dejó de ver a su señor; cada vez que se extravíe a causa de los pensamientos, vuelva suavemente a ubicarse delante de Dios. No es problema que durante los veinte minutos de oración usted se vea asediado de pensamientos, no se preocupe, sólo déjelos pasar.

Dios jamás se va a molestar con usted por causa de sus pensamientos, lo que Él mira es la intención del corazón. La oración contemplativa no se basa en la acción de controlar el flujo de pensamientos, sino en la intención de estar delante de Dios. Cuando nosotros vamos en la carretera manejando hay cientos de rótulos publicitarios, no es problema que alguno nos llame la atención y lo leamos de reojo, el problema es que nos olvidemos totalmente que vamos manejando en medio del tráfico. A esto nos referimos al decir que no debemos prestarle atención a los pensamientos, a no detenernos en ellos, a no darles larga, sino a dejarlos pasar con la misma intención de retornar a la Presencia de Dios. Si usted es fiel despreiciando los pensamientos, con el pasar del tiempo se dará cuenta que su alma se va a calmar y estará con tranquilidad en la habitación divina. No piense que algún día los pensamientos dejarán de estar, pues, ya dijimos que éstos son parte del momento presente psicológico, lo cual es normal, pero lo que sucederá es que podremos tener la habilidad de dejarlos pasar.

Lo que alcanzaremos al final de esta práctica maravillosa de la oración contemplativa es que habitaremos nuestra alma a estar quieta. El éxito no estará en anular los pensamientos, sino en aquietar nuestra alma. Tal entrenamiento será beneficioso en todos los sentidos; pronto se dará cuenta la lucidez que usted tendrá para leer, entender y compartir La Escritura, pues es obvio, su espíritu ha estado con el autor de la Biblia. Con el pasar del tiempo nuestra mente se volverá espiritual y hablaremos con pensamientos espirituales. Sólo el tiempo y la práctica continua de la oración contemplativa permitirá que nuestra alma se entrene para estar quieta.

2) DEBEMOS CONSENTIR SUAVEMENTE LA PRESENCIA DE DIOS.

La palabra CONSENTIR significa permitir a una persona que haga una cosa, o no oponerse a que lo haga. Consentir la Presencia del Señor no es buscarla, ni mucho menos exigirla, sino permitir que Él haga lo que quiera. Muchas veces cuando llegamos a la casa de algún amigo con el que tenemos suma confianza, no necesitamos pedir cada cosa, porque sabemos que nuestro amigo consiente que nosotros hagamos uso de toda su casa. Lo mismo tenemos que hacer nosotros con Dios, debemos dejarlo que Él haga lo que quiera, debemos tener tal actitud que Él no se vea retraído de hacer lo que considera necesario. Tampoco debemos hacerle sentir al Señor que haga las cosas rápido, sino que Él decida el tiempo en el que ha de obrar en cada área de nuestra vida. Esto es consentir la Presencia de Dios.

Dice Colosenses 3:1 “Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. v:2 Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. v:3 Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios”. El pasaje nos dice que hemos recibido el Espíritu de resurrección de Cristo, por lo tanto, debemos de buscar las cosas de arriba. Éstas cosas que debemos buscar son los celestiales, es decir, la inhabitación de Cristo, pues, Él es el que ascendió y está sentado a la diestra del Padre. Pero además dice que pongamos la mira en las cosas de arriba, esto significa poner atención, que no deben existir distracciones, que nuestros pensamientos deben estar amarrados. La manera de buscar las cosas de arriba es despreciar nuestro consciente psicológico, que éste no nos distraiga de la intención que tenemos de estar delante de Dios. La Biblia de las Américas hace un llamado a la palabra “mira”, y nos dice que eso se refiere a “fijar la mente”, porque la palabra griega que se usa para traducir “mira” es froneo, que significa “pensamiento”. Debemos dedicarnos al entrenamiento de nuestra mente, debemos aquietar nuestra alma; obviamente esto lo alcanzaremos si somos fieles en la práctica de la oración contemplativa.

¡Amén!

Apóstol Marvin Véliz

ACUÉRDATE DE TU CREADOR ANTES QUE SE HAGA PEDAZOS LA RUEDA JUNTO AL POZO

Fecha de publicación 19/06/2017

Las “distracción” que puede llegar a afectar grandemente nuestra vida espiritual no consiste, precisamente, en el hecho de dejar de pensar en algunos momentos de las cosas de Dios; tampoco son “distracciones” las cosas que tenemos que hacer diariamente para ocuparnos de nuestra vida natural. La distracción es más bien el estado de una mente que pierde la noción de las cosas de Dios; eso es en realidad una distracción mental causada por satanás.

Un creyente que va en el camino de restauración, es aquel que puede volver su mente y todo su ser interior al Señor en el momento oportuno del día, y que además, no tiene condenación cuando atiende las cosas de su vida natural. Lo normal de todo creyente sería decir: “me ocupo de las cosas de esta vida natural, y además, estoy en comunión con el Señor objetiva y subjetivamente”. Hermanos, si alguien habla con nosotros cosas naturales, tenemos que responder cosas naturales. Hay hermanos “religiosos” que se sienten mal por hablar de las cosas naturales, yo creo que hasta en eso se puede evidenciar una mente distraída, pues, lo normal es que le pongamos atención a los demás. Si alguien nos está hablando de futbol, no es normal que le contestemos con el Apocalipsis, esta actitud “religiosa” es un síntoma de una mente distraída.

Una mente restaurada es aquella que tiene la capacidad de atender las ocupaciones de este mundo en el momento adecuado, pero que es capaz de dejarlas cuando así se requiere. Una mente restaurada no es aquella que se siente en pecado por tener un tiempo de diversión..

Permítame usar el término de “una mente espiritualizada” para referirme a la mente del creyente que, a través del ejercicio espiritual, llega a desarrollar la habilidad de estar siempre latente para Dios. Hermano querido, puede llegar a ser más peligrosa una mente que no puede estar sujeta a Dios, que una mente vacía de Dios. Una mente “religiosa” es peligrosa porque se pone metas que ni Dios mismo se las ha pedido. De esta cuenta hay muchos cristianos holgazanes, que quieren vivir sólo para Dios y se les olvida que deben trabajar en las cosas de este mundo, según el deseo de Dios. Procu-

remos tener una mente espiritualizada, una mente entrenada para servir al Espíritu de Dios. Nuestra mente debe ser como los cordeles que se usan para salir a pasear a los perros; el perro puede halarlo y sentirse libre, pero en el momento que el dueño divisa un peligro, sólo regresa el cordel y el perro ya está controlado. Así es una “mente espiritualizada”, sabe cuando divertirse, sabe cuando debe trabajar, sabe cuando debe dormir, pero está latente a la voluntad del espíritu.

En referencia a esto de la mente, quiero tocar el pasaje de Eclesiastés 12:1 “Acuérdate, pues, de tu Creador en los días de tu juventud, antes que vengan los días malos, y se acerquen los años en que digas: No tengo en ellos placer... v:6 Acuérdate de El antes que se rompa el hilo de plata, se quiebre el cuenco de oro, se rompa el cántaro junto a la fuente, y se haga pedazos la rueda junto al pozo...”;

En este pasaje, evidentemente, la exhortación es: “no pierdas la comunión con tu Creador, acuérdate siempre de Él, mantén contacto con Él, en otras palabras, no te distraigas de tu Creador”. El proverbista nos exhorta a que tengamos en mente a Dios antes de que sea demasiado tarde. La primera exhortación la dirige a usar un lenguaje figurativo en cuanto al aspecto físico, es decir, que busquemos a Dios antes de la vejez, porque ya en esos años aunque se quiera, ya no son los mejores tiempos. No estoy diciendo que los viejos no pueden servirle al Señor, pues, en muchos aspectos las personas mayores son las que más tiempo tienen para atender las cosas de Dios. El proverbista se refiere más que todo a aquellas personas que caminaron una ruta demasiado pecaminosa, que vivieron una de manera antagónica a Dios, que después aunque deseo ya forjaron una ruta de vida para si mismos.

Ahora bien, quiero explicarle la frase que dice el v:6 “Acuérdate de El antes que... se haga pedazos la rueda junto al pozo”; En este verso ya no está haciendo alusión a un estado físico, sino a cosas espirituales. Como todos sabemos, las ruedas sirven para movilizarse, es uno de los inventos más grandes de la antigüedad. Hay un pasaje que nos ayuda a entender el significado de las ruedas, dice Ezequiel 10:9 “Entonces miré, y he aquí, había cuatro ruedas junto a los querubines, cada rueda junto a cada querubín; el aspecto de las ruedas era como el brillo de una piedra de Tarsis. v:10 En cuanto a su apariencia, las cuatro tenían la misma semejanza, como si una rueda estuviera dentro de la otra rueda. v:11 Cuando andaban, se movían en las cuatro direcciones, sin volverse cuando andaban, sino que seguían la dirección en que ponían el rostro, sin volverse cuando andaban. v:12 Y todo su cuerpo, sus espaldas, sus manos, sus alas y las ruedas estaban llenos de ojos alrededor, las ruedas de los cuatro... v:16 Cuando los querubines andaban, las ruedas andaban a su lado; y cuando los querubines alzaban sus alas para elevarse del suelo, las ruedas no se apartaban de su lado. v:17 Cuando los querubines se detenían, se detenían las ruedas, y cuando se levantaban, se levantaban las ruedas con ellos, porque el espíritu de los seres vivientes estaba en ellas”. Las ruedas de la visión de Ezequiel son figura de nuestra mente, pues, ésta tiene dos características: La primera es lo que dice el v:17, el espíritu de los querubines estaba en las ruedas, es decir, ellas eran portadoras de espíritu. La segunda es lo que dice el v:16 que las ruedas se movían al ritmo de los querubines, es decir, cuando los querubines andaban, ellas andaban; cuando los querubines cambiaban de dirección, ellas también lo hacían. En palabras del apóstol Pablo, también nos damos cuenta que la mente tiene estas dos características:

1.- UNA MENTE RESTAURADA ESTÁ BAJO LA INFLUENCIA DEL ESPÍRITU.

Dice Efesios 4:23 “y que seáis renovados en el espíritu de vuestra mente”, también dice Romanos 8:6 “Porque la mente puesta en la carne es muerte, pero la mente puesta en el Espíritu es vida y paz”; En realidad nuestra mente es como una rueda, hasta tenemos la costumbre de decir “la cabeza me da vueltas” en el sentido de estar pensando en algo, y es cierto, muchas veces nuestra mente está acelerada pero lastimosamente, no para lo de Dios sino para lo de este mundo. Ahora bien, el apóstol Pablo nos hace ver que la mente debe estar bajo la influencia de nuestro espíritu, ella debe ser un instrumento de acción de nuestro espíritu ya regenerado.

2.- NUESTRA MENTE DEBE SEGUIR AL ESPÍRITU.

Dice 1 Corintios 2:13 “lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual”. Una mente restaurada debe seguir lo del espíritu con pensamientos espirituales. Nuestra mente no debe ser autora, ni ejecutora de nuestros pensamientos, sino debe ser un instrumento presto para el espíritu.

Volviendo a la frase de Eclesiastés 12:6 “Acuérdate de El antes que... se haga pedazos la rueda junto al pozo” Hermanos, debemos tener claro que debemos procurar una mente restaurada antes que la rueda se quiebre junto al pozo. ¿Qué significa esto? Que hay un momento oportuno en la vida para buscar a Dios, pero no solo para buscarlo, también para tener una restauración la cual implica nuestra mente, habrán tiempos en la vida de alguien que no podrá hacerlo, ya sea por falta de tiempo o por falta de las oportunidades que Dios le dio.

El apóstol Pablo dice en 2 Timoteo 3:8 “Y así como Janes y Jambres se opusieron a Moisés, de la misma manera éstos también se oponen a la verdad; hombres de mente depravada, reprobados en lo que respecta a la fe”. Debemos tener temor para no llegar a caer en la condición de tener una mente reprobada en cuanto a las cosas de Dios. Hermano amado, si tú tiembles ante la palabra, todavía es posible que restaures la rueda de tu entendimiento, todavía hay esperanza, procura que tu rueda no se quiebre, acuérdate de tu Creador. Dice también Romanos 1:28 “Y como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen”. ! Oh!, que Dios tenga misericordia de nosotros, que no nos entreguemos hermano por completo a una mente distraída, enajenada, y alejada de Dios. Hoy que todavía podemos pensar, hoy que todavía entendemos el mensaje, hoy que todavía hermano nuestro corazón se conmueve cuando pensamos en Dios, acordémonos de nuestro Creador y vayamos en pos de una renovación en el espíritu de nuestra mente.

Apóstol Marvin Véliz

ÉL ESPÍRITU SANTO CONVENCERÁ AL MUNDO DE PECADO.

Fecha de publicación 26/06/2017

Juan 16:7 “Pero yo os digo la verdad: os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros; pero si me voy, os lo enviaré. v:8 Y cuando El venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio; v:9 de pecado, porque no creen en mí; v:10 de justicia, porque yo voy al Padre y no me veréis más; v:11 y de juicio, porque el príncipe de este mundo ha sido juzgado”.

Estos versículos han sido mal interpretados por muchos predicadores, y por ende, por una gran parte de la cristiandad. Lo que hoy entiende la mayoría al leer estos versos es que el Espíritu Santo va a venir a redargüir de todos sus pecados a los que aun “no creen en la obra salvadora del Señor Jesús”, pero esto dista del sentido correcto con el que debemos entender el pasaje. En realidad el Señor quiso decir algo más profundo.

Lo que estos versos dicen no se trata solamente de la obra que el Espíritu Santo iba a hacer con los que aun no conocen al Señor, pues, para empezar no dice que Él convencería al mundo de “sus pecados” (u obras pecaminosas), sino que convencería al mundo de “pecado”. La diferencia entre lo que dijo el Señor y lo que nosotros hemos mal entendido está en que el Señor usó el término “peca-

do” (en singular), pero nosotros hemos deducido que Él dijo: “los pecados” (en plural). Alguien podrá decirme: ¿Acaso hay una gran diferencia en entender si se refiere a “pecados” o “pecado”? Permítame decirle que sí, hay una gran diferencia. En el Nuevo Testamento cada vez que se habla de “los pecados”, se refieren a las obras pecaminosas que cada uno de nosotros hacemos, mientras que cuando se usa el término “pecado” (en singular) se hace referencia a la condición en la que nos encontramos todos los seres humanos, desde que caímos en Adán.

El pecado de Adán fue un asunto trascendental, nos afectó en gran manera a todos. Dicho pecado convirtió el paraíso en un mundo caótico, en un verdadero infierno. El mundo decadente, violento, y corrupto que vivimos hoy es el resultado del pecado de Adán. A esto se refirió el Señor al decir que el Espíritu Santo iba a convencer al “mundo de pecado”. La obra que ha de llevar a cabo el Espíritu Santo no es a causa de “los pecados” de los hombres, y aunque sí los tenemos, ese pasaje no está hablando de eso.

Lo que el Señor nos quiso enseñar en estos versos, es lo que el pasaje dice claramente: “Él vendría a convencernos en cuanto "al pecado". No es lo mismo que el Señor nos muestre “nuestros pecados”, a que Él nos muestre “nuestro pecado”. Cuando el Señor nos muestra “el pecado”, nos hace ver nuestro ser caído, no nuestras malas obras. Imaginemos a una persona que la esclavitud al alcohol lo está hundiendo cada vez más, su esposa ya no lo soporta, sus hijos están padeciendo hambre porque él se gasta todo en su vicio, perdió su trabajo, su salud se está deteriorando, en fin, su vida se está convirtiendo en una miseria, cada día va de mal en peor. En eso, alguien se le acerca, le presenta el Evangelio, y él en su desesperación acepta a Cristo como Su Salvador. Él se entrega de corazón, y le pide al Señor que lo restaure de su borrachera. Milagrosamente, a los dos días él está en su juicio cabal, completamente sobrio. Al ver el milagro, todos los hermanos lo presentan en la Iglesia, él cuenta su testimonio, y todos se ponen muy contentos porque el hermano ya no es un alcohólico. ¡Que bueno que el hermano aceptó a Cristo!, sólo que hay un gran problema aún, y es que la vida del hermano no ha sido trabajada para dejar de vivir una vida centralizada en sí mismo.

Quiero explicar con el mismo ejemplo lo que significa “una vida centralizada en sí mismo”. El hermano ex-alcohólico ahora ya está asistiendo a la Iglesia, empieza a ser considerado como un miembro activo, pasan unos meses y le dan privilegios, y al año ya está siendo considerado como un predicador. Cualquiera puede decir: ¡Qué milagroso lo que Dios ha hecho en este hombre!, sí, Dios lo ha prosperado, pero el Espíritu Santo aún no ha hecho la obra de convencerlo de pecado. Cuando este hombre se convirtió al Señor, vio “sus pecados”, no “su pecado”. Este hombre estaba desesperado por su borrachera, seguramente le dijo al Señor: ¡Oh, Dios, ayúdame, no soporto esta borrachera, he perdido mi familia, mi trabajo y mi salud, ya no soporto seguir así! Luego, al año de haber aceptado a Cristo, él ya se ha convertido en otra persona, y hasta predica. Este hombre se arrepintió de “sus pecados”, ya no es un alcohólico, es responsable en su casa, es un hombre de bien, ¡sí! pero con un gran conflicto: Sigue viviendo para sí mismo. Hace algunos días era un borracho que vivía para sí mismo, ahora es un creyente que vive para sí mismo. ¿Qué ganó Dios en todo esto?, ¿Ganó algo Dios teniendo un borracho menos en el mundo?, ¿Ganó Dios con un hombre irresponsable menos? A la luz de La Escritura, prácticamente Dios no ha ganado nada, quien ganó fue el hermano. Este hermano hizo del Evangelio un beneficio propio, todo está centralizado en su persona. En realidad, para Dios el hermano viene a ser una piedra en el zapato porque se vuelve un ejemplo a seguir para otros. El hermano empieza a predicarle a otras personas que vengan a Cristo porque Él le quitó su vicio, y ahora tiene una vida bendecida. Con su testimonio el hermano tergiversa el Evangelio, pues, le hace creer a las personas que el Evangelio es para obtener beneficios personales. El hermano no tiene ninguna visión para ver más allá de sus intereses personales, él quiere vivir en el Evangelio porque ha encontrado beneficios para sí mismo, tiene paz, gozo, templanza, palabra, fe y todas las virtudes divinas posibles que significan para él un beneficio propio. Ese hombre antes era un pecador egocéntrico, y ahora es un creyente "re-egocéntrico".

Alguien me dirá: “hermano, pero ¿Acaso no le es útil a Dios el ex-borracho que se pone de pie en una campaña para hablar acerca de cómo Dios lo libertó de su adicción?, pues, si pensamos según la óptica de Dios, y aunque pensemos que es herejía, a Él no le sirven los “ex-drogadictos”. ¿Quién nos ha dicho que a Dios le sirven las ex-prostitutas, o los ex-borrachos, o los ex-ladrones? El Evangelio que nos predicaron nos enseñó a servirnos de Dios, pero no a servirle a Dios. Al ex-borracho le sirve el Evangelio y por eso persevera en ese pseudo-evangelio. Por naturaleza somos muy egocéntricos, tanto antes que vivíamos sin Cristo, como ahora que ya le conocemos. Yo digo que a Dios no le sirve un ex-borracho porque a quien le sirvió el Evangelio fue a ese egocéntrico hombre cuando era un borracho. Ahora que ya vino a Cristo, el ex-borracho sigue siendo un egocéntrico que se sigue sirviendo del Evangelio. Él ex-borracho viene a Cristo y se beneficia del amor de los hermanos, se beneficia de los guías que le ayudan a recuperar su matrimonio, se sirve de las oraciones de los hermanos, y en su mente se acomoda a vivir obteniendo los múltiples beneficios del Evangelio. Muchos creen que es normal beneficiarse del Evangelio, y que esa es la razón por la cual deben seguir al Señor.

El Espíritu Santo quiere hacer una obra tal en la vida del pecador, no sólo haciéndole ver sus obras pecaminosas, sino convenciéndole de “su pecado”, convenciéndole que debe salirse de sí mismo, es decir, que ya no viva para sí. Convencer al mundo de pecado es la obra que hace el Espíritu Santo para mostrarnos el “pecado” de la caída de Adán. El Espíritu viene a trabajar esta área en nosotros, y cuando eso sucede, nos vemos conmovidos no por nuestra condición y nuestra percepción de los pecados, sino por la manera en la que Dios ve las cosas.

La gran tarea que el Espíritu Santo quiere hacer en el hombre es “descentralizarlo” de sí mismo. El mayor conflicto que nosotros tenemos no son nuestros pecados, no es la envidia, ni la inmoralidad, ni las demás obras pecaminosas, sino nuestra naturaleza egocéntrica. Dios quiere restaurarnos de los pecados, pero más que eso, quiere que veamos que no podemos seguir viviendo nuestra vida.

¡Amén!

Apóstol Marvin Véliz

CRISTO ARMONIZÓ CON EL PADRE POR MEDIO DE LA OBEDIENCIA.

Fecha de publicación 03/07/2017

Cuando Cristo murió, satisfizo la justicia divina; Él fue una ofrenda redentora y propiciatoria, pero a pesar de que murió para ello, Su único deseo hasta la muerte era ser obediente al Padre. Dice Juan 10:17 “Por eso el Padre me ama, porque yo doy mi vida para tomarla de nuevo. v:18 Nadie me la quita, sino que yo la doy de mi propia voluntad. Tengo autoridad para darla, y tengo autoridad para tomarla de nuevo. Este mandamiento recibí de mi Padre”. También dice Romanos 5:19 “Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno los muchos serán constituidos justos”. ¿Por qué fue usted declarado justo? Por la sangre de Jesús, por supuesto, tenía que haber un medio (la sangre), pero el fundamento de su salvación fue la obediencia del Hijo.

Cuando el Señor estaba en el Getsemaní dijo: “Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lucas 22:42). Al leer este verso, normalmente pensamos que el Señor no quería morir. Sí, eso era cierto, pero Él no quería morir justo allí en el Getsemaní porque sabía que la voluntad del Padre era que muriera en la cruz. Lo que sucedía era que Jesús estaba tan desfa-

llecido en ese momento en Su parte fisiológica que era muy probable que la presión arterial, u otro desajuste físico, le provocaran una muerte repentina y eso le impidiera llegar al Calvario. Es por eso que le dijo a Sus discípulos: “Por favor velen conmigo porque mi alma está muy triste hasta la muerte”

¿No ha visto usted lo peligroso que es cuando a alguien se le muere un ser querido?, no sé cuántos de ustedes han experimentado la partida de su padre, o su madre, o todavía más tremendo, la partida de un hijo. En algunos casos el dolor y el llanto pueden llegar a ser tan grandes que pueden causar un severo desfallecimiento físico. Si algunos son hipertensos, diabéticos, o ambas cosas como mi caso, no es tan difícil que (humanamente hablando) un golpe así lleve al hospital a una persona. Imagínese ahora, la agonía que tenía el Señor en aquel momento, que la Biblia dice que el Señor sudaba como grandes gotas de sangre. Si nosotros lloramos con agonía la muerte de un padre, o una madre de ochenta años, a quien ya honestamente le dieron diez años de gracia, ¿se imagina usted a Cristo sintiendo el peso de muerte de la humanidad entera?, Por tal razón es que el Señor hizo esta oración en el Getsemaní, porque por poco muere en ese lugar, cuando Él sabía que en obediencia al Padre debía morir en la cruz. Jesús sabía que Él era el Cordero destinado desde antes de la fundación del mundo, que ese era el Plan, y que era el deseo del Padre.

Cuan obediente fue nuestro Señor Jesucristo, Él descendió a la tierra, vivió como hombre, murió, resucitó, ascendió y se sentó a la diestra del Padre en las alturas, y su móvil en todo fue la obediencia al Padre.

Ese Cristo que padeció, que fue obediente hasta la muerte, y que se convirtió en Espíritu Vivificante, entró por la fe a nuestro ser. Lo paradójico es que en estos tiempos que vivimos, pareciera que a muchos creyentes les ha dado por creer que Dios no nos pide a nosotros que le obedezcamos. Perdóneme, pero pensar eso es una insensatez, simple y sencillamente es ilógico. Sin tener Biblia a la mano, sin analizar, sin andar teologizando tanto, es ridículo, es herético, es blasfemo pensar que ese Cristo que obedeció hasta lo sumo, y que ahora habita en nosotros esté feliz de que tengamos vacaciones permanentes en cuanto a la obediencia a Dios. Ahora resulta que las hermanas no pueden obedecer a sus maridos, que los creyentes no pueden obedecer en la Iglesia, que despreciamos cualquier cosa que tenga que ver con obedecer. ¡No!, hermanos, las cosas no son así.

El Cristo que te salvó te quiere recordar que fuiste comprado con precio, por lo tanto, ya no te perteneces, ahora eres un esclavo de Él, entiéndelo. Esa Vida del Señor que hay en ti, te la dieron para que repliques Su vida a través tuyo. ¿Para que crees que llegó Cristo a tu vida?, El apóstol Pablo dijo: “Ya no vivo yo, ahora es Cristo el que vive en mí...”. Es paradójico creer que en Jesús, el Espíritu de Cristo fue muy obediente al Padre, pero en los creyente de hoy en día, Él es desobediente, ¡Qué error, las cosas no son así!

Por eso hermanos, esa Vida que es Cristo mismo en nosotros, cobrará sentido y llegará a tener forma en nosotros cuando respondamos y armonicemos con Dios por medio de la obediencia. Cristo puede ser nuestra Vida, nuestro vivir y nuestra victoria pero si obedecemos, de lo contrario, Cristo será nulo en nosotros.

Quiero que leamos un verso impresionante. Dice Juan 3:36 “El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que no obedece al Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él”. ¿Cree usted en el Hijo? Si usted cree, entonces, tiene Vida Eterna. Luego dice: “Sólo el que obedece verá la Vida...” quiere decir que alguien puede tener la Vida pero no verla, en otras palabras, no la disfruta.

La gracia no es libertinaje, la gracia es una oportunidad para obedecer no por nuestra fuerza, sino por la fuerza de la Vida del Señor en nosotros. Por eso dice Juan de una manera clara: el que no obede-

ce no verá la Vida, el que cree tiene la Vida pero si no obedece, no la ve. Por creer tienes a Cristo, pero si no obedeces no ves a Cristo por ningún lado.

Apóstol Marvin Véliz

ARREPENTIRSE ES CAMBIAR LA MANERA DE PENSAR.

Fecha de publicación 10/07/2017

Dice Efesios 4:22 “que en cuanto a vuestra anterior manera de vivir, os despojéis del viejo hombre, que se corrompe según los deseos engañosos, v:23 y que seáis renovados en el espíritu de vuestra mente”.

La palabra “arrepentimiento” implica un cambio en la manera de pensar. Para entender mejor el versículo 23 podemos traducirlo de la siguiente manera: “y que seáis renovados por el Espíritu en la mente”. Dios quiere cambiar nuestra mente para que por esa obra nos desenchufemos de nuestra antigua manera de vivir. Una cosa es dejar de hacer lo malo que antes hacíamos, y otra cosa es dejar de vivir de la manera que vivíamos antes de venir al Señor. Muchos creyentes han cesado de hacer las malas obras que antes hacían, pero no han dejado su mal proceder. Alguien probablemente dirá: “desde que soy cristiano ya no le robo a mi vecino”, eso está bien, ha dejado de hacerle un daño a su vecino; antes le robaba porque tenía esa área afectada y porque no amaba al vecino. Ahora que ya es Hijo de Dios, ese hermano debiera avanzar un poco más, debiera amar a su vecino. Dice Romanos 13:10 “El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor”. Quiere decir que si alguien anda en vida nueva, debe amar a su prójimo; ahora ya no sólo debe dejar de robar, y de codiciar lo de su vecino, sino debe procurar el bien para él. Si ese hermano cambia su actitud, y no sólo se ocupa de dejar de hacer lo malo, está recibiendo una transformación en su manera de pensar, en esto consiste realmente el arrepentimiento.

El pasaje de Efesios 4:22 dice: “que en cuanto a vuestra anterior manera de vivir, os despojéis del viejo hombre...” en otras palabras, desenchufémonos del viejo hombre, de la naturaleza que se corrompe mediante los deseos engañosos. La manera de desenchufarnos es siendo renovados por el Espíritu en nuestra mente. El Señor Jesús empezó a predicar diciendo: “Arrepentíos porque el Reino de los cielos se ha acercado”, en otras palabras ÉL les dijo: “Cambien su manera de pensar porque el Reino de los cielos se ha acercado”. Si a nosotros no nos cambian la antigua manera de pensar, seremos mezquinos para con las cosas del Señor, por ejemplo: veremos el tema de las finanzas como que fueran los impuestos que hay que pagarle al gobierno; a los ancianos de la Iglesia los vamos a ver con desconfianza tal como las personas del mundo ven a los políticos; a los hermanos los tendremos a distancia así como trata la mayoría a sus vecinos; ¡Cuán importante es que cambiemos nuestra manera de pensar!, porque aunque ya somos Hijos de Dios, en muchos aspectos seguimos pensando como los del mundo.

Los cristianos, en nuestra mente no restaurada, a raíz de ciertas cosas que suceden dentro del mismo pueblo del Señor, tomamos medidas y actitudes para con nuestros hermanos tan iguales a las del mundo. Pueda que en algún momento nos demos cuenta que el tesorero de la Iglesia se fugó con todas las ofrendas de los hermanos, alguien se preguntará: ¿Puede suceder tal descaró de alguien? Por supuesto que sí. De allí que muchos toman medidas “preventivas”, algunos no aportan nada para el Señor y otros se vuelven desconfiados con todos los hermanos. Hermanos, si no restauramos nuestra mente, encontraremos muchas excusas que nos van a opacar la esfera del Reino a la que nos han llamado.

Dios tuvo que ocupar cuarenta años de la vida de Moisés para tratarlo, para quebrarlo, para bajarlo de su orgullo, con el fin que llegara a serle útil a Dios; pasado ese tiempo Dios lo cambió a otra dimensión. Dice la Biblia: “se le apareció el Angel de Jehová en una llama de fuego en medio de una zarza; y él miró, y vio que la zarza ardía en fuego, y la zarza no se consumía. Entonces Moisés dijo: Iré yo ahora y veré esta grande visión, por qué causa la zarza no se quema. Viendo Jehová que él iba a ver, lo llamó Dios de en medio de la zarza, y dijo: ¡Moisés, Moisés! Y él respondió: Heme aquí. Y dijo: No te acerques; quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es”. (Éxodo 3:2–5). Moisés fue traspuesto a otra dimensión, Dios lo metió a tierra santa hasta que le fue quitado todo vestigio de la manera de pensar de Egipto. Qué importante es ser procesados, quebrados, restaurados en nuestra manera de pensar. Quitemos de nosotros la mente mezquina, enferma, prejuiciosa, vendida a pensar mal, una mente a la cual el apóstol Pablo le llama “entenebrecida”, pues, nos aleja de la Vida de Dios. Una mente entenebrecida y conformada a la manera del mundo no puede conectarse con Dios.

Años atrás viví la traición de líderes y de hermanos que por mucho tiempo les pastoreé mientras vivía en la ciudad de Santa Ana, El Salvador; no solamente me quedé sólo, sino muy herido a causa de la traición de aquellos a los que en muchas ocasiones les ayudamos a que se restauraran en el Señor. En cuestión de días, después de haber sido muy amado, casi todos se volvieron mis enemigos; eso golpeó fuertemente mi corazón. En esos momentos yo abrí mis ojos (con dolor) y lo que vi fue la perversidad del corazón de los hombres; mientras estuve en esa amargura, mi ser empezó a deteriorarse y también empezó a menguar el fluir de la Vida del Señor. Por Su pura misericordia, el Señor me hizo entender que no debía estar en esa situación, pero por todo eso que viví, creo que puedo tener conciencia de lo que es el corazón del hombre. Bien dice la Biblia que es perverso y engañoso más que todas las cosas. Yo tengo conciencia de lo que son los hijos de Dios, y más temor me da aun lo que pueden hacer los ministros, pues, aparentemente ellos nunca harían cosas tan malas. La mayoría de los líderes siempre gozan de buen testimonio e inmunidad ante el pueblo, sin embargo, su corazón es tan malo y perverso como el de cualquier otro. Por la gracia de Dios, pude superar esa situación y renové mi mente para poder distinguir al Cuerpo de Cristo, aun en medio de la bajeza del hombre. Después de lo que viví, tuviera razones hasta de sobra para desconfiar de todos los hermanos, sin embargo, puedo decir que mi mente fue renovada para que le sirviera a Dios y a Su Cuerpo.

En la actualidad, debido a mi que hacer en la obra y las Iglesias, semanalmente tengo que atender a muchos hermanos. Me he dado cuenta de un dato muy curioso, que de una cifra de unos quince hermanos que atiende, sólo unos dos de ellos me dicen toda la verdad, los demás me dicen las cosas a medias. A veces me han insistido algunos hermanos cercanos que no crea todo lo que los hermanos me dicen. Otros me han sugerido que investigue, que averigüe si las cosas que me dicen son así, sin embargo, yo he reprendido tales insinuaciones porque si yo no creo lo que me dicen, me pondré en un plano de duda, de incredulidad, de zozobra, y luego obraré como los del mundo, con una mente reprobada. Yo no puedo reaccionar igual que aquellos que no quieren ser transformados en su manera de pensar, jamás voy a andar investigando a nadie, que sea Dios quien se encargue de aquellos que me digan mentiras.

Hermanos, no podremos vivir en la esfera del Reino si no somos transformados en nuestra mente. Ya no podemos vivir, ni actuar como los incrédulos; ellos sólo aman y tienen comunión con los que les caen bien, sin embargo, nosotros debemos soportar a todos los hermanos porque son el Cuerpo de Cristo. El mismo Señor dijo en una ocasión: “... si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores aman a los que los aman. Y si hacéis bien a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores hacen lo mismo. Y si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores prestan a los pecadores, para recibir otro tanto. Amad, pues, a vuestros enemigos, y haced bien, y prestad, no esperando de ello nada; y será vuestro galardón grande, y seréis hijos del Altísimo; porque él es benigno para con los ingratos y malos” (Lucas 6:32–35). ¿Qué diferencia tenemos con los del mundo? ¿Se nota que nosotros te-

nemos una mente renovada? Esta es la primera gran operación que nos produce el arrepentimiento, nos induce a un cambio de mente.

Apóstol Marvin Véliz

AL ORAR CONTEMPLATIVAMENTE OBTENEMOS UN NIVEL ELEVADO DE PERCEPCION EN TODO LO QUE VIVIMOS.

Fecha de publicación 17/07/2017

Cuando nosotros oramos contemplativamente, otro de los efectos que vemos es el grado de percepción en todo lo que vivimos. De pronto empezamos a percibir a Dios en todas las cosas, de modo que somos más agradecidos, cuidamos más lo que tenemos, amamos la naturaleza misma, amamos las plantas, los animales porque sabemos que detrás de todo lo creado está Dios. El hombre no contemplativo es tan parco para ver la creación de Dios, que cuando hace frío reniega, cuando está lloviendo reniega, cuando hace calor también reniega, de manera que nunca disfruta la vida. ¡Oh! qué agradecidos debiéramos sentirnos cuando vemos que cae la lluvia, eso significa que habrá cosecha, que habrá alimento. Estamos tan acostumbrados a escuchar que es una gran tragedia cuando caen esos torrenciales porque se pasan llevando casas, carros, edificios, etc. a los hombres lo único que les importa es el dinero, por lo tanto, lo interpretan como una pérdida material. En realidad deberíamos sentirnos agradecidos porque ese flujo de agua pasa limpiando la tierra de muchas impurezas, y junto con ello prepara la tierra para que surja un nuevo ciclo de vida.

Dios nos permita envejecer y junto con ello nos llenemos de sabiduría y gratitud. No seamos simples con las cosas que Dios nos permite tener, y sobre todo con aquello que tiene vida. Si tenemos una mascota en nuestra casa cuidémosla, Dios la hizo. Dice Proverbios 12:10 “El justo cuida de la vida de su bestia; mas el corazón de los impíos es cruel”. No seamos malos con los animales, cuidémoslos, en eso reflejamos a Dios. La historia cuenta de un hombre que era tosco, mal humorado, grosero, etc. pero un día decidió empezar a practicar la oración contemplativa; pasó el tiempo, y un día mientras caminaba en una zona boscosa en la que él vivía se detuvo a ver una flor, y se maravilló de lo hermosa que era y de la cantidad de colores que tenía. Aquel hombre siguió con su vida de oración, pero de igual manera también siguió observando las flores, y él cuenta cómo se sentía inmerso en el amor de Dios al contemplar la creación. Es obvio que si pasamos en unión con Dios, también vamos a admirar lo que Él ha creado. ¿Acaso no fue Dios quien dijo un día: “Produzca la tierra hierba verde, hierba que dé semilla; árbol de fruto que dé fruto según su género, que su semilla esté en él, sobre la tierra”? ¿Acaso no fue Dios quien dijo otro día: “Produzcan las aguas seres vivientes, y aves que vuelen sobre la tierra, en la abierta expansión de los cielos”? ¿No deberíamos nosotros cuidar lo que Él ha creado? Por supuesto que sí, pero esto se hace algo innato en nosotros cuando nos volvemos contemplativos.

Si nos dedicamos a la oración contemplativa, de pronto vamos a darnos cuenta que nuestra percepción natural se convierte en una intuición. Lo que nos sucederá es que podremos estar en el trabajo y tendremos tanta percepción que obraremos en base a una intuición interior. ¿A qué nos referimos al emplear las palabras percepción e intuición? La percepción es el primer conocimiento que tenemos de algo o de alguien por medio de las impresiones que comunican los sentidos. La intuición es la habilidad para conocer, o comprender algo de manera clara e inmediata sin el uso de la razón. Imagínese lo que vive la hermana “fulana” en su trabajo antes de ser una mujer contemplativa. De manera

normal acostumbra llegar temprano a su trabajo, se les queda viendo de pie a cabeza a sus compañeras, e interiormente ella obtiene una percepción del ambiente y de cómo anda cada una de ellas. De pronto mira a una compañera riéndose, y ella por dentro empieza a decir: “esta mujer tan falsa, sólo riéndose todo el tiempo, que mal cae esa actitud de ella”; luego voltea y mira a otra compañera quien tiene un semblante decaído y dice: “esta mujer sólo triste anda, debería dejar sus depresiones fuera de la oficina”. Pasa el tiempo, la hermana Fulana recibe la revelación de la contemplación, empieza a orar todos los días fielmente, y al cabo de los meses su percepción se vuelve intuición. Ahora la hermana “Fulana” llega a su trabajo y de pronto se da cuenta que esa compañera a pesar de que se ríe tiene una gran necesidad en su interior, y a la otra cuando la mira se le acerca y le da una palabra de consuelo. Ese efecto intuitivo lo produce la contemplación.

A nivel de lo espiritual también la oración contemplativa nos trae cambios porque de pronto la Presencia de Dios se convierte en unión divina. La percepción de la Presencia divina en la oración de contemplación es algo muy particular; recordemos que en ella despreciamos nuestro momento presente psicológico, incluyendo pensamientos de Dios. ¿Cómo hacemos, entonces, para percibir la Presencia de Dios si no está participando en ello nuestra mente, ni las emociones, ni la voluntad? Es una pregunta difícil, pero la respuesta es la siguiente: “En la oración contemplativa llegamos a tocar a Dios tan esencialmente que no necesitamos usar nuestros sentidos, ni nuestros miembros corporales, por lo tanto, la percepción de Dios a ese nivel se convierte en una Unión con Dios”. Este grado de unión es como lo que un día dijo el profeta Eliseo: “Vive Jehová, en cuya presencia estoy...”, este hombre había alcanzado tal unión que, independientemente de lo que hiciera, él estaba siempre en unión con Dios.

Este mundo necesita ver a hombres y mujeres unidos con Dios; y podemos alcanzar este nivel de vida si nos dedicamos a vivir contemplativamente. Hermanos, cobremos ánimo y avancemos en esta revelación para que un día ya no dependamos de la percepción de nuestros sentidos, sino que seamos guiados por la intuición y vivamos en constante unión divina. Esto se dará de manera natural así como le sucede a una pareja de esposos que por “a” o “b” motivo uno de ellos temporalmente viaja al extranjero; el hecho de que ellos estén en diferentes localidades no quita que sigan estando unidos en matrimonio. Lo circunstancial que provocó esa distancia entre ellos no es causa para decir que ya no están unidos en matrimonio, siguen siendo uno sólo, siguen estando casados, aunque temporalmente se han separado. Hermanos, vivamos contemplativamente y con el pasar de los años cosecharemos estos frutos de Unión divina.

¡Amén!

Apóstol Marvin Véliz

¿ES CORRECTO QUE LA MUJER ENSEÑE EN LA IGLESIA?

Fecha de publicación 24/07/2017

Hasta el día de hoy, muchas Iglesias creen que las mujeres son menos que los hombres, y creen que las hermanas no deben tener parte en la autoridad y el ejercicio de los dones en la Iglesia. Trataremos de esclarecer este punto a la luz de La Biblia.

Dice 1 Corintios 11:11 “Pero en el Señor, ni el varón es sin la mujer, ni la mujer sin el varón; v:12 porque así como la mujer procede del varón, también el varón nace de la mujer; pero todo procede de Dios”. En primero lugar, debemos ubicar la posición de la mujer en el hogar, a diferencia de su posición en el Señor. En el Señor, es decir, en la esfera de la Iglesia no hay diferencia entre hombre y mu-

jer, sino que dependemos los unos de los otros. Siendo honesto, yo alabo al Señor porque en Él ya no hay enemistades raciales, ni diferencia alguna entre hombre y mujer, porque en verdad las que más atienden las cosas del Señor en la Iglesia son las mujeres, los varones se quedan cortos en muchas cosas. Por eso Pablo dice claramente que en el Señor los varones necesitamos a las hermanas y viceversa.

Hay muchas Iglesias que llegan al punto de poner a presidir a los varones carnales, pues creen que las mujeres no deben tener espacios para aprender y enseñar la palabra, por lo tanto, los que tienen que presidir son los maridos carnales de las hermanas. Qué triste que muchos varones gocen de una posición mayor que las hermanas espirituales, sólo por no tener luz en este punto. Hay quienes sostienen una doctrina que dice que “el marido” es el sacerdote de la casa, algo que no es cierto; muchas veces el hombre de la casa es más carnal, mediocre y dejado que su propia esposa e hijos. En el Señor el que debe funcionar en el liderazgo de la Iglesia es el más espiritual, independientemente si es hombre o mujer.

Dice 1 Corintios 14:34 “Las mujeres guarden silencio en las iglesias, porque no les es permitido hablar, antes bien, que se sujeten como dice también la ley. v:35 Y si quieren aprender algo, que pregunten a sus propios maridos en casa; porque no es correcto que la mujer hable en la iglesia”. Este es un verso por el cual muchos deducen que la mujer no debe tener participación en la enseñanza en la Iglesia, sin embargo, yerran en la interpretación. En el principio, la Iglesia no se reunía como nosotros lo aprendimos “evangélicamente”, sino eran reuniones informales, sin liturgia; tan sólo se reunían en las casas y cada quien compartía lo que el Señor le había dado. Como sucede hasta el día de hoy, las parejas casi siempre que llegan a una reunión se sientan juntos, la esposa a la par de su esposo. Lo que Pablo les corrigió a las esposas era su imprudencia de hablar mientras alguien más disertaba alguna palabra. Seguramente las hermanas en el momento que alguien estaba profetizando, le preguntaban cosas a sus maridos, lo cual hacía un desorden en la reunión. A esto se refiere el apóstol Pablo al decirle a las mujeres que guardaran silencio, no porque les fuera prohibido hablar, sino porque las reuniones no eran el lugar adecuado para preguntar a sus maridos, y si algo querían consultar, que lo hicieran en casa. Si el sentido de este pasaje fuera que las mujeres no pueden aportar nada en las reuniones, entonces, Pablo se contradice a sí mismo en los capítulos anteriores. Definitivamente, el silencio que el apóstol les pide a las hermanas de Corinto fue evitar el “cuchicheo” entre las parejas porque interrumpían las reuniones.

Otro argumento que vence la tesis de que las mujeres no pueden enseñar en la Iglesia es: ¿Cómo harían las mujeres solteras en este caso, a quién le tendrían que preguntar ellas al llegar a casa, a quien se debían sujetar si no estaban casadas? Esto nos muestra que Pablo estaba llamando al orden a las hermanas casadas, y no a todo el género femenino.

Dice también¹ Timoteo 2:11 “Que la mujer aprenda calladamente, con toda obediencia. v:12 Yo no permito que la mujer enseñe ni que ejerza autoridad sobre el hombre, sino que permanezca callada. v:13 Porque Adán fue creado primero, después Eva. v:14 Y Adán no fue el engañado, sino que la mujer, siendo engañada completamente, cayó en transgresión. v:15 Pero se salvará engendrando hijos, si permanece en fe, amor y santidad, con modestia”. Este pasaje no hace mención a todo el género femenino, sino está hablando de la mujer casada, de la mujer que tiene hijos. Normalmente, una mujer que engendra hijos es aquella que tiene marido. Entonces, la que debe aprender calladamente, con toda obediencia, y que no debe ejercer autoridad sobre el hombre es la mujer casada. Ahora bien, las hermanas, tanto las solteras y las casadas pueden hablar y enseñar en la Iglesia, como ya vimos en la Iglesia no hay diferencia de sexos, ni posiciones, todos somos uno en el Señor, pero en la esfera del hogar esta situación cambia. Hermanas casadas, en el hogar ustedes tienen que saber que no pueden ejercer autoridad sobre su marido, por el contrario, deben de callarse, atender, aprender y no rezongarle al hombre que ustedes escogieron por esposo. Es un pecado de rebelión que no atiendan las disposiciones de su marido, esto es lo que Dios designó en el hogar para las esposas. La Bi-

bli dice que es necesario que la mujer se someta al hombre, debido a dos razones: “Porque Adán fue creado primero, después Eva. Y Adán no fue el engañado, sino que la mujer, siendo engañada completamente, cayó en transgresión”. Dios dispuso que en el hogar la mujer se someta a su marido, pero en la Iglesia no es así; por eso es necesario diferenciar las esferas de relación que existe entre el hombre y la mujer, para darnos cuenta que una hermana sí puede enseñar en la Iglesia.

Si en el Cuerpo de Cristo a Dios le place levantar a una mujer con Su autoridad, pues, los varones debemos someternos, aún así, sea nuestra misma esposa. Si algún varón siente problemas en la Iglesia para someterse a una mujer, pues, déjeme decirle que tiene problemas de machismo, y debe reparar esa actitud delante del Señor. Ni las mujeres, ni los varones tenemos nada que argumentar ante el fluir de la autoridad de Dios por medio de Su Vida. Si Dios levanta a un varón, tanto los varones como las mujeres sometámonos a él porque tiene la autoridad de Dios, y si Dios levanta a una hermana, de igual manera, todos sometámonos a ella. Es Dios quien dirige y gobierna la Iglesia y Él decide a quien levantar.

Apóstol Marvin Véliz

¿ESTÁN VIGENTES LAS PROFECÍAS DEL ANTIGUO PACTO AUN EN NUESTRO TIEMPO?

Fecha de publicación 31/07/2017

Dice Mateo 5:17 “No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir”.

Es interesante ver que en este verso el Señor no sólo dice que vino a abolir la ley, sino también a los profetas. Generalmente no le ponemos mucha atención a lo que el Señor quiso decirnos con que Él venía a abolir a los profetas, sino que nos dedicamos únicamente a entender el aspecto de la abolición de la ley. El Señor no vino a quitar la ley así por así, sino que Él le dio cumplimiento con Su muerte. Ahora bien, si nosotros no entendemos que el Señor también le dio finalización a los profetas, no podremos ver claramente la finalización de la ley, porque ambos están conectados. En la Biblia, la expresión: “la ley” representa la mayoría de las veces el pentateuco escrito por Moisés, así como todo lo que escribieron los profetas. La ley es todo lo que se escribió en el Antiguo Testamento, de allí su nombre.

Hasta la fecha, no podemos negar que todos los libros del Antiguo Testamento son buenos para enseñar, redargüir e instruir en justicia, pero ya no tienen efecto legal en cuanto a que Dios tenga que cumplir todo lo escrito. El gran problema que tenemos los creyentes de esta era es no darnos cuenta que el hacedor del Antiguo Pacto es el mismo que el hacedor del Nuevo Pacto, y que el que ideó el Antiguo Pacto, lo hizo pensando en el Nuevo Pacto. Pensemos en el siguiente ejemplo: Si yo le pido a un abogado que me redacte un documento legal, para empezar, tendrá que redactarlo en idioma español, si no me gusta, le pido que me lo vuelva a redactar. Obviamente, no va a redactar el documento en idioma chino, sino que lo hará nuevamente en español, la lingüística no va a cambiar. Lo mismo sucedería si yo le pido que me redacte la escritura de una casa y después le digo que corrija ese mismo documento porque quiero que diga otras cosas; seguramente al escribir el nuevo documento va a ocupar muchas palabras del antiguo, pero nada tendrá que ver un documento con el otro. Cuando ya tenga redactado y sellado el nuevo documento, el antiguo documento, aunque se parezca al nuevo ya no me interesa, porque en términos legales ya caducó, quedó obsoleto.

Lo mismo sucede, entonces, con la ley que con los profetas, el Señor le dio cumplimiento a ambos. Para efectos legales todo el Antiguo Testamento ya nada tiene que decirnos, Dios ya no está comprometido a cumplir lo que está escrito en el Antiguo Pacto. Entender que los escritos de los profetas ya no están vigentes es algo impresionante, si nosotros lo entendemos nos vamos a evitar tremendos males al estudiar la Biblia, sobre todo en cuanto a la doctrina de los tiempos del fin. Hasta el día de hoy, quizás un 80% de la doctrina que tiene que ver con la escatología está basada en lo que dicen los profetas del Antiguo Pacto, pero hemos errado en esto.

Alguien podrá argumentar lo siguiente: "... yo encuentro en el Nuevo Testamento versos que dicen: Para que se cumpliera lo dicho por el profeta...". Sí, es cierto, muchas cosas escritas en el Antiguo Testamento se cumplieron en el tiempo del Nuevo Testamento, y seguramente muchas cosas se seguirán cumpliendo, porque Dios no cambió las cosas de ambos pactos desde el punto de vista de Su "propósito", sino desde el punto de vista "legal". Dios cambió totalmente la metodología que Él usó en el Antiguo Pacto para tratar con el hombre y desarrollar Su Plan. Ahora que estamos en el Nuevo Pacto Él ya no está obligado a cumplir todas las profecías, pues, Él ya le dio cumplimiento a esa legalidad impuesta por la ley y los profetas. Obviamente, muchas cosas del Antiguo Testamento se seguirán cumpliendo en el Nuevo, pero no se cumplirán por el compromiso hacia el antiguo pacto, sino porque el antiguo pacto fue escrito pensando Dios en el nuevo pacto y por eso en el encontramos un mapa espiritual de los grandes fundamentos del nuevo pacto. En realidad, es inevitable que muchas cosas escritas por los profetas se sigan cumpliendo, pues, los ciclos de Dios son los mismos.

Los apóstoles usaron muchas terminologías del Antiguo Testamento para exponer la palabra del Señor, por eso ellos decían: "esto es lo dicho por el profeta...", pero si vemos el contexto de lo que dijeron los profetas, nos damos cuenta que las profecías no tenían relación con lo que los apóstoles estaban exponiendo. Citemos ejemplos:

Isaías 7:14 "Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel".

Si estudiamos este pasaje nos damos cuenta que la virgen a la que se refería la profecía era la mujer de Isaías; alguien se preguntará: "¿Hubo, entonces, otra mujer que concibió como la virgen María?" Lo que sucede es que en el lenguaje divino toda mujer que se guarda para un solo marido es una virgen. Nuestro problema es que cuando leemos esas palabras en el Nuevo Testamento, pensamos que el profeta del Antiguo Testamento se estaba refiriendo a lo mismo, y es allí donde erramos.

Hechos 2:16 "Mas esto es lo dicho por el profeta Joel: v:17 Y en los postreros días, dice Dios, Derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, Y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; Vuestros jóvenes verán visiones, Y vuestros ancianos soñarán sueños";

Al escudriñar este pasaje nos podemos dar cuenta que Joel no estaba profetizando hacia un futuro lejano, sino fue solo una aplicación que le dio el apóstol Pedro en su sermón. Los apóstoles siguieron haciendo un uso referencial del Antiguo Testamento, porque sabían que el lenguaje en el cual Dios habla a su pueblo es el mismo, no cambia. ¿Quiere usted que Dios le hable? Conozca la Biblia. Si quiere saber cómo piensa Dios, lea la Biblia. Hay un hombre que está glorificado, sentado a la diestra de Dios, y nos guste o no, fue judío. Por alguna razón Dios decidió conservar Sus oráculos a través de la lengua judía, eso lo dice claramente Romanos 3:1 "¿Qué ventaja tiene, pues, el judío? ¿o de qué aprovecha la circuncisión? v:2 Mucho, en todas maneras. Primero, ciertamente, que les ha sido confiada la palabra de Dios (o los oráculos de Dios)". Dios ha hablado siempre con una mentalidad judía, y en lenguaje judío. Un ejemplo clarísimo de esto es Mateo 27:46 "Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: Elí, Elí, ¿lama sabactani? Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?". Por alguna razón los traductores decidieron dejar escrito: "Elí, Elí, ¿lama sa-

bactani?” en la misma lengua que el Señor Jesús lo dijo. Obviamente, esto hace que los judíos tengan ventaja sobre nosotros porque Jesús habló en lengua judía.

Cuando el Señor Jesús vino a establecer nuevas cosas, por medio del Nuevo Pacto, se dio por sentado que todo lo que habían dicho los profetas ya no tenía peso jurídico. Sí podemos seguir sacando enseñanzas, instrucción, etc. pero el peso jurídico de lo dicho por los profetas lo quitó Cristo al establecer el nuevo pacto.

Apóstol Marvin Véliz

¿LO QUE SE COMPARTE EN LAS REUNIONES DE IGLESIA DEBE ESTAR PLANEADO?

Fecha de publicación 07/08/2017

En cuanto a las reuniones de Iglesia el Apóstol Pablo nos dice lo siguiente:

1 Corintios 14:26 “¿Qué hay que hacer, pues, hermanos? Cuando os reunís, cada cual aporte salmo, enseñanza, revelación, lenguas o interpretación. Que todo se haga para edificación” (LBLA).

1 Corintios 14:26 “Entonces, ¿qué hay, hermanos? Cuando os reunáis, cada uno tiene salmo, tiene doctrina, tiene revelación, tiene lenguas, tiene interpretación; hágase todo para edificación” (BTX).

Al leer este verso, según estas traducciones de la Biblia, aparentemente no se ve mucha diferencia entre una y otra. Ahora bien, al comparar los textos según el griego, nos podemos dar cuenta que la versión de Las Américas (LBLA), se atreve a “agregar” frases que no están en los manuscritos originales, y a lo cuál es más fiel la Biblia Textual (BTX).

La versión de Las Américas traduce al inicio del verso: “¿Qué hay que hacer, pues, hermanos?”, mientras que la BTX sólo pone: “¿Qué hay, hermanos?”. En realidad la frase “que hacer, pues...” que usa la (LBLA) no aparece en los manuscritos del griego, razón por la cual, ellos lo escriben en “letra cursiva”, pues, ellos agregan dicha frase con el fin de darle “más sentido” al pasaje. Los traductores no pensaron en el grave error que cometieron al agregar estas frases, porque lo único que lograron con eso fue darle más sentido a las prácticas “evangélicas”, y junto con ello, terminar de borrar los vestigios de lo que fue originalmente la vida y las reuniones de Iglesia.

Por su lado la versión de Las Américas traduce “¿Qué hay que hacer, pues, hermanos?, cuando os reunís...”, la interpretación que obtenemos de esta traducción es que el apóstol Pablo estaba aseverando lo que hacían los hermanos de Corinto en sus reuniones. A diferencia de la LBLA, al leer este verso en la versión de la Biblia Textual, dice: “cuando os reunáis...”, el sentido de esta traducción es una sugerencia de lo que deberían hacer los hermanos a la hora de reunirse. La primera versión sugiere lo que debe haber en las reuniones, mientras que la otra asevera lo que sucedía en las reuniones; eso cambia totalmente el sentido de ambas traducciones.

Que nos quede claro que la versión de La Biblia de Las Américas está muy mal traducida en este verso. Para empezar, al agregar “¿Qué hay que hacer...” le cambiaron todo el sentido a la doctrina. La mejor traducción es como dice la Biblia Textual: “¿Qué hay hermanos?”. Lo que el apóstol Pablo es-

taba queriendo decir con la frase “¿Qué hay hermanos?”, es “¿Qué hay hermanos de parte de Dios cuando nos reunimos?”, en otras palabras, “¿Qué tiene Dios preparado para esta reunión?”, es algo que no lo sabemos, que no lo podemos planear, que debemos dejarlo para que lo guíe del Espíritu. Si todas las reuniones que tenemos ya están planeadas y con un formato establecido, esas reuniones han dejado de ser orgánicas, ya no son reuniones de Iglesia, sino la práctica de una liturgia. El problema de una liturgia no es si hay unción, o no, sino el hecho de que la liturgia nos priva de lo que Dios quiere manifestar en las reuniones.

Si nosotros queremos que el cielo se abra, que Dios ministre, que Él edifique, que Él sea el ente activo que dirija nuestras reuniones, pues, tenemos que darle lugar al “¿Qué hay...?”. Todos debemos venir a las reuniones con la expectativa de intuir “qué quiere Dios hacer” en cada reunión. No son los ancianos los que deben decidir “qué habrá en cada reunión”, ni tampoco son los músicos y los cantores los que deben decidir. Todo formato preestablecido destruye el carácter orgánico que debe tener la Iglesia. En cada reunión debe haber una expectación del mover de Dios por parte de todos los miembros, y es más, debemos estar expectantes aun de lo que Dios no quiera hacer.

Vengamos a las reuniones alegres, diciéndole al Señor en nuestros corazones: “Señor, acá estamos reunidos, esperando lo que Tú quieras hacer. Desde ya queremos decirte que hasta tus silencios son gloriosos”. Botemos nuestros conceptos religiosos y esas ínfulas de querer manejar los ambientes de las reuniones. Algunos vivimos tan inmersos en los formatos evangélicos, que nos cuesta entrar al ambiente orgánico. Algunos talvez crecieron en sistemas denominacionales donde cada domingo les daban un “Boletín Dominical”, en el cual, estaba impreso desde el bosquejo de lo que iba a compartir el pastor, hasta el más mínimo detalle de lo que iban a hacer en la reunión. Imagínese qué clase de liturgia la que tienen las Iglesias de hoy en día, ¿en qué momento ellos pueden vivir la doctrina del apóstol Pablo?. Tales formatos son tan inquebrantables, muchos cambiarían el diseño ya preestablecido de sus reuniones, ni porque Dios mismo se les apareciera.

No aniquilemos el ¿Qué hay? de Dios en las reuniones por lo que nosotros queremos, o por lo que de antemano ya planeamos. No privemos a Dios de Su libertad de decidir lo que Él quiere hacer en las reuniones, dando lo nuestro. El “¿Qué hay?” le pertenece a Dios en las reuniones, y nosotros debemos apegarnos a ese sentir del Espíritu.

Todos debemos venir a las reuniones con temor y temblor. Los hermanos que sirven de moderadores o “directores” en la reunión deben estar con mucho temor y temblor delante de Dios para poder guiar bien las reuniones según el “¿Qué hay?” de Dios. Igualmente los hermanos profetas, deben tener temor y temblor para no hablar de sí mismos; de la misma manera los músicos, los cantores, en fin, todos debemos estar expectantes de lo que Dios quiere hacer en las reuniones. Lo primero que debemos hacer en las reuniones no es hablar, sino palpar en nuestros espíritus qué quiere hacer Dios, y cuando descubramos la intención del Espíritu, allí debemos quedarnos.

¡Amén!

Apóstol Marvin Véliz

CUANDO DIGAN ¡PAZ Y SEGURIDAD!

Fecha de publicación 14/08/2017

Al tiempo de la venida del Señor, cuando se de la resurrección y la transformación, también tendrá fin este sistema mundanal. Ese momento será glorioso, pues, veremos a nuestro Señor Jesucristo vi-

niendo en las nubes con todos los santos de todas las edades, pues, todos volverán a la vida. Eso no será una experiencia interior espiritual, sino será una vivencia tangible, externa, transformadora.

¿Qué debemos hacer nosotros ante tal realidad? Dice 1 Tesalonicenses 5:3 “cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán. v:4 Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón”. Si leemos este verso sin tanta imaginación apocalíptica evangélica, nos podemos dar cuenta que las palabras “paz y seguridad” a veces son dichas hasta por los hijos de Dios. Nuestro problema es que hemos creído que algún día vamos a ver esas palabras en todos los medios de comunicación del mundo. Los que alguna vez vimos doctrinalmente a Israel como “el reloj de Dios”, hemos pensado en ese momento en el que digan que hay paz y seguridad en el medio oriente; los que han visto a Europa como ese “reloj”, esperan que la Unión Europea publique tales palabras. Las cosas no sucederán así, el medio oriente no estará en paz, en esta era el país de Israel no será levantado por Dios como la capital del mundo. El país de Israel que hoy conocemos en el Medio Oriente no es el Israel con el cual Dios quiere tratar, para Dios en el Nuevo Pacto sólo existe Su Reino, que es la Iglesia.

Este asunto de “Paz y Seguridad” no se oirá a grandes voces, sino se oirá entre aquellos que viven enajenados de Dios y su Reino; cuando las almas en su corazón dicen estas palabras, entonces, la venida del Señor viene para ellos como destrucción repentina. ¿Acaso no es cierto que entre más cerca caminamos del Señor, es más clara la alarma del espíritu reconviniéndonos en nuestros caminos? Cuando estamos bien con el Señor, es muy normal percibir al Espíritu Santo redarguyéndonos. Generalmente cuando hacemos lo que Dios no quiere, nos sucede algo: “Perdemos la paz”, nos entra desasosiego en nuestra alma, nos sentimos incómodos. El apóstol Pablo dice en Colosenses 3:15 “Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones...”, un gran método para caminar bien con Dios es la “paz” que Él nos da. El problema es que la paz de Dios no siempre funciona, porque cuando una persona insiste en seguir haciendo aquello en lo que ha perdido la paz, llega el punto en el cual la conciencia se cauteriza, y ya no hay más redargüir de parte del Espíritu Santo. Qué bueno si atendemos la paz de Dios cuando sintamos que nos hemos desviado, regresemos rápidamente al sendero de la paz.

Cuando el corazón se endurece ante las llamadas de atención de Dios, también empezamos a percibir una tranquilidad, pero no porque esto provenga de la paz de Dios, sino es el resultado de una conciencia cauterizada. Esto le sucede a muchos creyentes, llegan al punto de sentirse mejor cuando no se congregan. Estos son aquellos que cuando digan “Paz y seguridad”, la venida del Señor los va a tomar por sorpresa y destrucción repentina. Dice Hechos 7:51 “¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros”. Todo creyente que sea resistente al Espíritu Santo, el día del Señor lo tomará por sorpresa. No juguemos con el Espíritu Santo, no perdamos la paz que gobierna nuestros corazones. No esperemos que los gobiernos digan “Paz y seguridad”, más bien cuidémonos interiormente de no decir tales palabras viviendo alejados de Dios.

Hay muchos jóvenes que emigran de la Iglesia por querer llegar a ser “algo” en la vida, por construir un futuro que les dé “seguridad” (estabilidad económica), a los tales aquel día les vendrá para destrucción repentina. Cuántas excusas no ponen los hijos de Dios por buscar esa falsa “seguridad” que da el dinero; cuidémonos de que aquel día no nos alcance así. Esto es como la parábola que dijo el Señor en Lucas 12:16 “La heredad de un hombre rico había producido mucho. v:17 Y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo dónde guardar mis frutos? v:18 Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes; v:19 y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regójate. v:20 Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma”. Esta es la destrucción repentina de la que les habló el apóstol Pablo a los hermanos de Tesalónica.

Cuánto debe interesarnos la venida del Señor, pues, aunque ésta venga sorpresivamente, debemos trabajar nuestro corazón para que aquel día no nos sorprenda como ladrón. Dice Hebreos 3:7 “Por lo cual, como dice el Espíritu Santo: Si oyereis hoy su voz, v:8 No endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación, en el día de la tentación en el desierto, v:9 Donde me tentaron vuestros padres; me probaron, y vieron mis obras cuarenta años. v:10 A causa de lo cual me disgusté contra esa generación, y dije: Siempre andan vagando en su corazón, y no han conocido mis caminos. v:11 Por tanto, juré en mi ira: No entrarán en mi reposo”. Aprendamos de estos ejemplos, no caminemos en rebelión en nuestro corazón. Hay muchos creyentes que viven en rebelión en contra de Dios, para ellos todo lo que tiene que ver con la autoridad les pesa en sus corazones. Se está haciendo muy normal para los creyentes no aceptar la autoridad impuesta por Dios a través de los ancianos de la Iglesia Local, o a través de los ministros, o a través de cualquier hermano del Cuerpo de Cristo. Nadie en este mundo está exento de autoridad, de una manera u otra todos los seres humanos tienen que darle cuentas a alguien. En la Iglesia todos valemos lo mismo, todos somos iguales ante Dios, pero eso no pelea contra el principio de sujetarnos unos a otros, porque en el Reino de Dios lo que predomina es Su autoridad. No nos dejemos envolver en nuestro interior por la necedad de nuestro corazón, al punto que digamos: “Paz y seguridad”. Tal estado de necedad no sucede de la noche a la mañana, sino es algo a lo que poco a poco nos vamos amoldando, tengamos cuidado. Si ya estamos en el punto de no saber qué es mejor, si asistir a las reuniones de Iglesia o quedarnos en la casa descansando, es porque ya perdimos el rumbo, estamos enajenados de Dios, es tiempo de arrepentirnos.

El apóstol Pablo dice en 1 Tesalonicenses 5:4 “Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón”. Muchos mal interpretan este verso porque creen que sí se puede saber, entonces, cuando vendrá el Señor. Nadie sabe cuando vendrá el día del Señor, más bien lo que el apóstol nos dice es que estemos preparados para ese día. Un hombre prudente no necesita estar despierto todas las noches esperando a que un ladrón llegue a su casa, más bien lo que debe hacer es tener algún tipo de arma con la cual poder defenderse en el caso de que un ladrón entre a su vivienda. Lo mismo debemos hacer en el Señor, no se trata de saber fechas, ni tiempos, sino de estar preparados interiormente para ese día.

Muchos han errado a lo largo de toda la historia de la Iglesia dando fechas de la venida del Señor, pero ya basta, nadie sabe, ni sabrá el día ni la hora. Sólo no dejemos que aquel día no nos sorprenda como ladrón, ¿Cómo podremos vivir en esa alerta? Busquemos al Señor, caminemos en Él, dejemos que Su voluntad se implante en nuestras vidas y ya sea que muramos o que estemos vivos, en aquel día seremos hallados entre los fieles a los cuales el Señor les dará una recompensa. “Porque todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas. Por tanto, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios” (1 Tesalonicenses 5:5–6). Tal actitud es interior, mantengámonos velando en nuestros corazones.

¡Amen!

Apóstol Marvin Véliz

DOS RASGOS DEL VIEJO HOMBRE: LOS PROGRAMAS EMOCIONALES PARA LA FELICIDAD Y LOS APEGOS EXCESIVOS

Fecha de publicación 21/08/2017

Dice Efesios 4:22 “En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos”.

Tanto los deseos engañosos como la antigua manera de vivir, vienen a ser un distintivo del viejo hombre. En términos modernos usados por la psicología, a estos dos rasgos podríamos llamarle los programas emocionales y los apegos excesivos, respectivamente. De acá en adelante trataremos de usar estos términos por motivos de tener más luz en lo que ya nos dice la Biblia de manera literal. Leer La Escritura no necesariamente nos da la luz que necesitamos, parte del ministerio que le debemos a la palabra es explicarla. Si recordamos el caso del etíope, eunuco, funcionario de Candace reina de los etíopes, el cual había venido a Jerusalén para adorar, volvía sentado en su carro leyendo al profeta Isaías; acudiendo a él Felipe, le dijo: Pero ¿entiendes lo que lees? El dijo: ¿Y cómo podré, si alguno no me enseñare? Y rogó a Felipe que subiese y se sentara con él (Hechos 8). Vemos, pues, que la lectura de la Biblia, aunque nos revele una verdad, no necesariamente esta clara para todos, es allí donde son necesarios los miembros del Cuerpo de Cristo a quienes Dios les ha dado la gracia para explicarla. En ese sentido acudiremos a estos términos modernos de la psicología, pues, tendremos una mejor explicación de lo que nos dice la Biblia. Recordemos que la Biblia fue escrita hace dos mil años, por lo tanto, necesitamos explicarla con una terminología más adaptada a nuestro tiempo, obviamente, sin salirnos de la doctrina impartida por los apóstoles.

LA ANTIGUA MANERA DE VIVIR, SINÓNIMO DE LOS PROGRAMAS EMOCIONALES PARA LA FELICIDAD.

La antigua manera de vivir es un formato de vida, y un formato. En términos modernos responde a una programación, a algo ya prefijado, por lo tanto, no estamos fuera de contexto al usar la frase “Programas Emocionales”. Al usar esta terminología psicológica, lo que pretendemos es conocer un poco más acerca del ser interior del hombre. El ser humano es muy complejo, no guarda información sólo a nivel de la mente, sino también a nivel emocional, sean estas buenas o malas experiencias. Es de suma importancia saber que nosotros no almacenamos información solo a nivel del cerebro, sino que en ello está implícito todo nuestro sistema nervioso. Hay cosas que nosotros guardamos emocionalmente, por ejemplo, las experiencias que nos sucedieron cuando estábamos en el vientre de nuestra madre. Obviamente, nadie tiene la capacidad de recordar su etapa de vida fetal, sin embargo, la tenemos registrada a manera de emociones. Hasta el día de hoy, hay muchas cosas que nosotros no las guardamos en la memoria propiamente, sino emocionalmente.

Si nosotros pensamos en algunas de las cosas que tienen que afrontar los seres vivos, encontraremos que muchas de ellas fueron desagradables; algunos no fueron deseados por sus progenitores, otros fueron abandonados, otros fueron maltratados, etc. pero de manera instintiva el ser humano trata de sobreponerse a ese sufrimiento, de una ú otra forma, desde pequeños todos tratamos de crear un refugio, procuramos no sufrir, siempre buscamos la manera de ser felices; y así es como se forman los programas emocionales.

En este mundo todos buscamos la felicidad, aunque en experiencia la tenemos muy limitada. La razón por la cual buscamos ser felices es porque de manera inherente sabemos que Dios nos hizo para ello. De hecho, una de las cosas que ha de sucedernos antes de entrar a la eternidad es que Dios enjugará toda lágrima de nuestros ojos y ya no habrá más tristeza ni dolor, seremos felices eternamente. En aquel tiempo ya nadie sufrirá por nada, ni siquiera tendremos ambición y ansiedad por las riquezas, estaremos plenos en Dios. Todo lo contrario nos sucede en esta vida, siempre estamos expuestos al dolor, por lo tanto, buscamos la manera de escondernos de nuestra realidad a través de los Programas Emocionales para la Felicidad.

Cuando a alguien lo empiezan a molestar, se burlan de él, y lo hacen sentir vulnerable, esta persona adopta una manera de ser mediante la cuál se pueda sentir protegido de ese daño emocional, de allí que algunos se vuelven enojados, introvertidos, prepotentes, etc. Lo que hacemos inconscientemente ante las circunstancias de la vida es programarnos emocionalmente con tal de ser felices, de allí es que surgen los diferentes caracteres personales. No es que esa coraza de defensa sea la verdadera personalidad de cada ser humano, sino que es el mecanismo que todos utilizamos para evitar el dolor, y así es como todos nos vamos programando emocionalmente a lo largo de nuestra vida; a esto se refiere el apóstol Pablo cuando nos exhorta a que nos despojemos del viejo hombre, a que desechemos todos los programas emocionales en los cuales nos hemos refugiado.

LOS DESEOS ENGAÑOSOS, SINÓNIMOS DE LOS APEGOS EXCESIVOS.

En cuanto a los deseos engañosos, o los apegos excesivos, podemos decir que son aquellas conductas que le dan placer al hombre. Los apegos excesivos son una inclinación, o una reincidencia en ciertas prácticas que satisfacen el ego del hombre los cuáles no se pueden dejar tan fácilmente. Un apego excesivo es lo que nosotros conocemos como un “vicio”, es decir, una práctica de la cuál ya no tenemos manera de escapar.

Podemos decir que los apegos excesivos son el botón de encendido de los programas emocionales. Nadie tendría una marcada programación emocional, a menos que ésta le cause cierto placer en la vida. Reconozcamos que el que es de carácter violento, le gusta ser así; el que es introvertido, de igual manera halla placer sintiéndose retraído en sí mismo. Según estudios que algunas personas hicieron, de un 100% de mujeres que se han divorciado de sus maridos por ser alcohólicos, un 70% de ellas se han vuelto a casar con maridos alcohólicos. ¿A qué se debe este fenómeno? A las programaciones emocionales y a los apegos excesivos al maltrato marital.

Los apegos excesivos generan pasiones irresistibles debido a nuestra naturaleza caída. El hombre es capaz de caer en pasiones insospechadas, somos seres que podemos caer en aberraciones inimaginables. Hay cosas que no se pueden explicar, por ejemplo, pensar qué gusto le encuentran las personas alcohólicas a vivir toda su vida en extrema ebriedad, y de igual manera los drogadictos, o ¿En qué momento un varón pueden llegar a enamorarse de alguien de su mismo sexo?, ¿Cómo es que tanto hombres y mujeres pueden caer en el homosexualismo? Son cosas que no nos caben en la cabeza, pero ciertamente nacieron de una pasión. Por esta razón el apóstol Pablo le dijo a Timoteo: “huye de las pasiones juveniles”, porque el problema está en apegarnos a aquellas cosas que son para nosotros el “clic” de la felicidad.

Los apegos excesivos tienen su raíz en el engaño. El apóstol Pablo dice que nos despojemos del viejo hombre, que se corrompe según los deseos engañosos. Como ya vimos, la finalidad del hombre es buscar la felicidad; en esa búsqueda surgen apegos excesivos, pero al final lo que menos se encuentra es la felicidad, por lo tanto, los apegos excesivos son un engaño. ¿Cuántas señoritas terminan siendo madres solteras por apegos excesivos de su alma? Tal vez sus padres las aconsejan que el “fulano” no les conviene, pero por más que les digan las cosas, ellas se apegan en extremo a esa relación que finalmente las lleva al fracaso. ¿Por qué insisten las señoritas en esas relaciones prohibidas? Porque les causa placer, se sienten felices, creen que al fin estarán realizadas; por eso decíamos anteriormente: Los apegos excesivos son el botón de encendido de los programas emocionales.

¿Se da cuenta lo complejo que es el viejo hombre? Hay creyentes que vienen al Señor y por más que lo intentan, no pueden dejar de ser iracundos, callados, orgullosos, apocados, etc. la razón es que no logran identificar su viejo hombre. Necesitamos ser liberados de la naturaleza caída que heredamos de Adán, los apegos excesivos, más todas las programaciones emocionales que hemos adquirido en la vida.

Apóstol Marvin Véliz

ACERCA DE LA FUNCIÓN QUE TIENEN LOS OBISPOS Y LOS DIACONOS EN LA IGLESIA ORGÁNICA.

Fecha de publicación 28/08/2017

Dice Filipenses 1:1 Pablo y Timoteo, siervos de Cristo Jesús: A todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos, incluyendo a los obispos y diáconos:

¿Cuántos grupos de personas ve usted en este verso? Algunos podrán decir que hay tres grupos: los santos, los obispos y los diáconos. Pero si leemos bien el texto, nos podemos dar cuenta que sólo hay un grupo: “los santos”. El versículo dice: “incluyendo”, esto quiere decir que aún los obispos y los diáconos están incluidos en el grupo de los “santos”. El Apóstol Pablo le habla sólo a un grupo: ¡A los santos de Filipos! Si pensamos nosotros en el principio en el que se basa la constitución de la Iglesia, es decir, en el principio corporativo y orgánico, vemos que una característica de la Iglesia es la inclusividad. Podemos ver que todos los hermanos que pertenecen a la Iglesia son iguales, todos tienen el mismo valor; incluya usted allí a los Apóstoles, Evangelistas, Pastores, Maestros, Profetas, Obispos y Diáconos, todos somos iguales, todos somos los “santos” del Señor. Ahora bien, es necesario saber que aunque todos somos una unidad que conforma la Iglesia, es necesario que en la “Iglesia Local” se reconozcan a ciertos miembros que tienen funciones específicas para manifestar primariamente el gobierno de Dios.

Hermano querido, en la constitución de la Iglesia local, en algún momento dado, según sea la “necesidad”, van a surgir dos funciones que deben ser reconocidas y nombradas intuitivamente bajo el principio de lo orgánico. Estas dos funciones que se dan dentro de cada Iglesia Local son:

1. LOS OBISPOS.
2. LOS DIÁCONOS.

Lo que los Apóstoles hacían en el principio era constituir Iglesias locales y mostrarle a cada localidad que todos somos uno en Cristo Jesús ¡Amén! Tanto el que sabe mucho, como el que sabe poco- el neófito, como el viejo en la Iglesia- el pequeño, como el grande- no hay diferencia, sino que todos somos uno en Cristo Jesús. La naturaleza que debe prevalecer en la Iglesia local es la inclusividad de todos los miembros. Ahora bien, cada Iglesia local, aunque todos sean uno, debe tener presente ser la expresión del gobierno de Dios. Para tal adecuado desarrollo, Dios levanta dentro de ella las “funciones” específicas de los Obispos y los Diáconos. A través de estos hermanos, que son parte de los mismos santos, en algún momento, a causa del crecimiento en la Vida de Iglesia local, es necesario reconocer su función con tales nombramientos.

LOS ANCIANOS EN LA IGLESIA LOCAL

La Iglesia necesita funcionar corporativamente en cuanto al gobierno de Dios. Cuando las Iglesias locales son pequeñas, fácilmente pueden someterse los unos a los otros, pero ¿Cómo deben hacer las Iglesias que crecen bastante en número, o las iglesias donde por “a” o “b” motivo, no todos pueden estar participando activamente en todas las decisiones de la localidad? Llegará el momento en que por circunstancias como éstas, la Iglesia local necesitará estructurar el gobierno teocrático a través de los obispos y los diáconos.

Las razones por las cuales es necesario establecer obispos o ancianos dentro de la Iglesia local son muy variadas y diferentes. Estos nombramientos surgirán según la necesidad de cada localidad. Por ejemplo, las cartas del Apóstol Pablo fueron dirigidas a diferentes Iglesias locales, como decir: La Iglesia de Efeso, La Iglesia de Tesalónica, La Iglesia de Roma, etc. Cada localidad era diferente una de otra, en cada una de ellas las necesidades eran diferentes, es por eso que en algunas Iglesias locales, ni siquiera se mencionan los ancianos, porque tal vez, en ese momento que se escribieron las cartas, no era necesario que algunos hermanos fueran nombrados como tales. Sin embargo, en algunos casos era necesario nombrar ancianos para poder gobernar, velar y pastorear el rebaño del Señor. Esto lo dice claramente el Apóstol Pedro: “Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también participante de la gloria que será revelada: Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey. Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria. (1 Pedro 5:1-5)

Los nombramientos de los ancianos jamás deben verse de manera elitista o ser entendidos como una jerarquía, recordemos que en el Cuerpo de Cristo todos somos iguales, sólo tenemos diferentes funciones, tal y como nos lo enseña nuestro cuerpo natural. Los verdaderos ancianos deben funcionar siempre bajo el principio corporativo y orgánico, por ende, serán inducidos a velar y a cuidar del rebaño, pues, dice la Escritura en Romanos 9:12 “... El mayor servirá al menor...” Esto no se da por jerarquía, si no por la necesidad. Las posiciones otorgadas jerárquicamente siempre conducirán a la Iglesia local a la pérdida de su carácter orgánico y viviente para convertirla en una organización. Una Iglesia que se ha convertido en una organización es aquella que siempre necesita un andamiaje, o una estructura para poder funcionar; este tipo de Iglesias siempre tienen la necesidad de llenar las posiciones inventadas aunque las personas delegadas no sean las idóneas. La Iglesia orgánica, por su lado, se desarrolla libremente en base a las funciones específicas de cada miembro y en determinado momento entra a algún tipo de organización naciente de la necesidad y no de la administración humana.

Si miramos en el Nuevo Testamento, nos damos cuenta que hay una variedad de circunstancias bajo las cuales se establecieron ancianos en las diferentes Iglesias locales. —En algunas de ellas, el Apóstol Pablo estableció ancianos casi un año después de haberlas fundado. Algunos comentaristas dicen que en la Iglesia de Jerusalén se mencionan los “ancianos”, cuando ya habían transcurrido más de diez años de que esta se había fundado. Otras Iglesias a las que les escribe el Apóstol Pablo, ni siquiera se menciona en su contexto que hayan tenido ancianos. No hay un parámetro estandarizado para decir que en todas las Iglesias se establecieron ancianos, ni tampoco hay un parámetro que nos indique que después de cierto tiempo era necesario que se establecieran ancianos, si no que los apóstoles establecían ancianos según las necesidades inherentes de cada Iglesia local y no por llenar una estructura organizacional.

EN CUANTO A LOS DIÁCONOS:

Con respecto a los diáconos, si estudiamos la palabra como tal, según su etimología, un “diakono” es un “servidor”. El Diccionario Vine dice: “Denota en primer lugar “un siervo”, tanto si está efectuando un trabajo servil, como si se trata de un asistente que da servicio de buena voluntad, sin referencia particular al carácter de este servicio”. La palabra probablemente está relacionada con el verbo “diako” que significa: “Apresurarse, en pos, perseguir, quizá utilizado originalmente el sentido de los corredores”. Entonces el diácono es un servidor que está pronto para hacer las cosas, ese es su significado genérico.

La palabra “diácono” se usa para muchas cosas en la Biblia. Por ejemplo, los mismos apóstoles, en determinados momentos se llamaron a sí mismos diáconos. Veamos los siguientes pasajes:

1 Corintios 3:5 “¿Qué, pues, es Pablo, y qué es Apolos? Servidores...” la palabra en el griego que se usa para hablar de ser servidores es “diakonos”.

Juan 12:26 Si alguno me sirve, que me siga; y donde yo estoy, allí también estará mi servidor (diakono); si alguno me sirve, el Padre lo honrará.

Aunque en los versos anteriores se usa la palabra “diakonos” como “servidor”, eso no es tener necesariamente el oficio de diácono. Puede ver otras citas como: Mateo 20:26; Romanos 16:1; Efesios 6:21, en las cuales, se usa esta palabra como algo genérico. No obstante, esta palabra “diakonos”, también implica “aquel” a quien se le ha confiado la tarea de servir a las necesidades de los creyentes. Esto lo vemos en pasajes como Filipenses 1:1; Romanos 16:1; Efesios 6:21; 1 Timoteo 3:8-12.

El Apóstol Pablo denomina con el nombre de “diáconos” a personas que se dedican de manera específica y oficial a servir en alguna área de la Iglesia y por lo tanto, se les reconoce como “diáconos”. Al igual que los ancianos, los diáconos no deben tener un título, si no una función, porque dice en 1 Timoteo 3:8 “De la misma manera, también los diáconos deben ser dignos, de una sola palabra, no dados al mucho vino, ni amantes de ganancias deshonestas...”; la expresión “de la misma manera...” este pasaje nos hace referencia al mismo contexto donde habla acerca de los ancianos, y dice 1 Timoteo 3:1 “Palabra fiel, si alguno anhela obispado, buena obra desea...”, por eso es que el v:8 dice: “de la misma manera”, en otras palabras podemos decir que al igual que el obispado (ancianos), el diaconado es también una función específica realizada por hermanos específicos de la localidad, a los que se les debe reconocer como “diáconos”.

En un sentido genérico, tanto los apóstoles, los profetas, los evangelistas, etc. todos son diáconos (servidores) del Señor, cada uno con su distinto don; pero en un sentido específico, los diáconos (nombrados como tales) son los que administran el servicio de los santos dentro de la localidad. Para entender mejor lo dicho anteriormente, agreguemos este pensamiento: “Todos los que sirven de manera específica en la Iglesia local, deberían de ser nombrados como “diáconos” después de que hayan sido probados y hayan sido encontrados fieles en las labores que se les encomendaron”. Explico esto con un ejemplo: Si hay gente que se dedica constantemente a ver el equipo de sonido que se usa en las reuniones, y son hallados fieles en ello, pues, ellos debieran ser nombrados como “los diáconos del sonido”, ya que están ejerciendo un servicio particular en beneficio del Cuerpo de Cristo.

Hermanos, no convirtamos la Iglesia en una institución, más bien, procuremos que ésta no pierda su carácter de organismo viviente. No hagamos que la Iglesia responda a estructuras, si no a la necesidad que ella presenta en su evolución. Cuando una Iglesia local se gesta de la manera correcta en el Señor, obviamente, ella se va a expresar conforme al gobierno de Dios. Si la “Iglesia”, o lo que la gente llama “iglesia” hoy en día está forjada por las denominaciones, por la religión, por estructuras, por la administración o la visión (ambición) personal de hombres, obviamente, esa “iglesia” va a tener una expresión diferente a la Iglesia que describe el Nuevo Testamento.

Una Iglesia local que ha sido gestada por un apostolado, seguramente terminará expresando el gobierno correcto del Señor. Esto es como en lo natural, si los padres biológicos de un niño son anglosajones, seguramente el niño será rubio, ojos azules, grande y con todas las cualidades de esa raza; jamás de ellos será engendrado un niño moreno, pelo negro y pequeño porque los hijos son el resultado genético de sus padres. Pues, así nos debe suceder a nosotros, en cuanto a que, como Iglesia debemos llegar a ser la expresión de Dios. Reconozco que nosotros aún estamos en esa faceta de ser depurados de lo mal formados que fuimos por los conceptos “evangélicos”, todavía estamos liberándonos de todas aquellas cosas que las denominaciones nos enseñaron y que a la vez nos dañan.

ron, pero confiamos que con el pasar del tiempo podremos ser la expresión de Dios y de Su gobierno, tal como lo vemos en La Escritura.

¡Amén!

Apóstol Marvin Véliz

CÓMO DEBEN ESCOGERSE LOS ANCIANOS EN UNA IGLESIA LOCAL.

Fecha de publicación 04/09/2017

Es interesante ver que hay tres elementos que dan testimonio en el Nuevo Testamento de cómo elegir y cómo se manifiestan los ancianos en la Iglesia local.

1. EL ESPIRITU SANTO:

Dice Hechos 20:28 “Tened cuidado de vosotros y de toda la grey, en medio de la cual el Espíritu Santo os ha hecho obispos para pastorear la iglesia de Dios, la cual El compró con su propia sangre”. ¿Quién debe de elegir a los ancianos en una Iglesia Local? La primera elección debería ser el Espíritu Santo.

2.- EL PUEBLO MISMO DEL SEÑOR:

Este es el otro elemento necesario para que aparezcan los ancianos, porque un anciano surge de entre los mismos santos de la Iglesia Local, por eso dice 1 Timoteo 3:1 “Palabra fiel: Si alguno anhela obispado, buena obra desea”. Note que dice “si alguno...” eso nos da la pauta de que los obispos (o ancianos) deben surgir del pueblo mismo.

3.- LOS APOSTOLES:

Hechos 14:23 “Después que les designaron ancianos en cada iglesia...” ¿Quiénes fueron los encargados de designar ancianos en las Iglesias? Los Apóstoles.

Resumiendo estas tres cosas anteriores, podemos decir que los Obispos (o los ancianos) surgen de las necesidades que tiene una Iglesia Local; y debido a que éstos son escogidos por el Espíritu de Dios, de entre el pueblo y por medio de los Apóstoles, ellos deben funcionar con el fin de beneficiar a cada uno de los elementos por los cuales surgieron.

En cuanto al Espíritu Santo, los ancianos nunca deben de gobernar la Iglesia bajo su criterio personal, si no según el Espíritu Santo lo requiera. Para agradar al Espíritu Santo los ancianos deben de ser guiados por el Espíritu Santo.

Por otro lado, los ancianos surgen del pueblo porque son en realidad una representación del pueblo. Nunca vemos en las Escrituras que en las Iglesias del principio haya existido sólo un “anciano” por cada Iglesia, si no que eran “ancianos” (plural), es decir, era un “presbiterio”, un grupo de hermanos

maduros que guiados por el Espíritu Santo, velarían por el pueblo del Señor. De allí que el título de “pastor”, a la manera de la religión evangélica, no cabe en el tema del Gobierno de la Iglesia, si no son los ancianos los que deben gobernar.

Además, los ancianos son establecidos por los Apóstoles, pues, ellos serán los que aportan a los Apóstoles un criterio real de la situación de la Iglesia.

Entonces, un anciano debe ser funcional para estos tres entes, para el Espíritu Santo, para el pueblo y para los Apóstoles.

Algo básico que se debe entender es que ser un “anciano” no es tener un título, si no es funcionar como tal. Es un grave error el que comete un anciano al volverse elitista cuando ya funge en la Iglesia como tal. Hay muchos hermanos que cuando no eran ancianos barrían la Iglesia, predicaban, instalaban el equipo de sonido, visitaban, oraban por los enfermos, etc. tales servicios, precisamente, los calificaron como “ancianos”, pero ahora que son nombrados “ancianos”, ya no quieren tocar la escoba ni con un sólo dedo. Si su actitud de servicio cambia, con el tiempo van a defraudar a la grey, porque Dios los escogió entre Su pueblo para que mantuviera fresco el sentir del pueblo de Dios.

Un apóstol, generalmente, carece de la virtud específica de un anciano porque un apóstol es un agente externo a la Iglesia local. Yo como Apóstol puedo vislumbrar las cosas que suceden en la Iglesia desde una perspectiva espiritual, sin embargo, me será difícil tener la perspectiva de ver las cosas como las ve un anciano, pues, ellos a diferencia mía, son parte de la Iglesia local. Esto es como ir volando encima de árboles; desde arriba, todo se mira “verde”, sin embargo, al caminar entre los árboles, la apreciación será otra. Desde arriba se ve todo de una manera general, y uno dice ¡Qué bonito está todo!, sin embargo, el que camina entre los árboles mira otros detalles, él puede ver que algunos árboles están podridos y a punto de caerse, así es la manera de ver las cosas entre un apóstol y un anciano, son apreciaciones distintas, pero ambas son necesarias.

Yo exhorto ante todo a los ancianos, a que nunca se atribuyan un título, si no que funcionen como tales. La mejor manera de funcionar como anciano es desaparecer entre el pueblo. Fíjese que el Apóstol Pablo siempre escribió sus cartas dirigidas a las Iglesias locales, nunca hizo una carta para algún anciano (Timoteo y Tito que son dos cartas dirigidas a título personal, no fueron ancianos, si no delegados apostólicos). ¿Por qué esta actitud del Apóstol Pablo? Porque él sabía que los ancianos no eran una élite diferente a la localidad, ellos eran parte de ella. Entonces, los ancianos se deben al pueblo, de allí surgen y allí tienen que funcionar, ya sea gobernando, pastoreando, sirviendo, etc.

La Iglesia se corrompió bajo el sistema católico y protestante al dividir la Iglesia en dos grupos: Los clérigos y los laicos; los pastores y el pueblo. Este elitismo ha ocasionado un daño letal al principio orgánico y corporativo de la Iglesia. El método divino para edificar y gobernar la Iglesia jamás fue hacer dos o más grupos jerárquicos. La intención divina es una unidad de todos los santos, incluyendo a los obispos y a los diáconos.

Dice el Apóstol Pedro: “Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también participante de la gloria que será revelada: Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey. Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria”. (1 Pedro 5:1-5)

Los ancianos solamente cumplen una función en la Iglesia local. Aclaro esto porque nosotros conceptualizamos que un anciano es alguien que está involucrado en todas las actividades de la Iglesia, es decir, es el que sugiere, planifica y ejecuta. Sí es cierto que los ancianos tienen mucho que hacer, sin

embargo, a medida que una Iglesia crece, esa labor se vuelve imposible de realizar, pero a pesar de todo, aunque la Iglesia crezca, pueden seguir haciendo su parte medular: “Ser el corazón del pueblo”. Tal vez es una mala comparación, pero para que lo entienda, es como la función que tienen los diputados en el círculo de Gobierno de un país, a ellos se les llama “los padres de la patria”, porque en realidad, ellos son el corazón del pueblo, es más, son la representación del pueblo. Pues, así, más o menos, es el rol que los ancianos tienen dentro de la Iglesia local, ellos deben ser representativos del pueblo del Señor, deben ser parte del pueblo y nunca deben dejar de tener la identidad de la grey del Señor en su localidad. Es por eso que el Apóstol Pablo podía dirigirse con libertad a la “Iglesia” y no sentir que con eso estaba ofendiendo la autoridad que los ancianos tenían dentro de sus localidades. El Apóstol Pablo nunca concibió a los ancianos como una entidad “élite” diferente al pueblo del Señor, si no como parte de la Iglesia. Así es como deben surgir y fungir los ancianos dentro de una Iglesia Local, y una vez más se los repito: “los ancianos son parte de la Iglesia, surgen por una necesidad funcional y no por una estructura administrativa”.

Apóstol Marvin Véliz

ARREPENTIRNOS ES NO ACOMODARNOS AL MUNDO.

Fecha de publicación 11/09/2017

Según el significado que nos da el Nuevo Testamento, el arrepentimiento va más allá de un simple pesar por lo que hemos cometido, o aquello en lo que nuestra conciencia nos da testimonio que tenemos que reparar en nuestro corazón. En la Biblia vemos el caso de Judas Iscariote, este hombre se arrepintió de haber entregado a Jesús, de manera que fue a devolver las monedas que le habían dado por entregarles al Señor. Podemos decir que a Judas le pesaron sus malos actos y se arrepintió de ello (Mateo 27:3), sin embargo, le faltó hacer algo más. El caso de este hombre nos demuestra que el arrepentimiento no sólo se trata de dolernos y de llorar por el pecado (aunque sí es parte de), pero va más allá de ese sentimiento de vergüenza y dolor.

En nuestros encuentros con el Señor, la mayoría hemos tenido la experiencia de ver lo grande de nuestra perversidad y la inmensa santidad de Dios, allí nos damos cuenta que la manera de pensar de Dios es totalmente diferente y distante a la nuestra, y que, para acercarnos a Él, necesitamos solventar muchas cosas. Nosotros muchas veces nos acercamos a Dios sabiendo que ya no podemos seguir en tal condición pecaminosa, sabemos que estar aislados de Su presencia nos ahoga y nos hace percibir la muerte espiritual, esto en parte es gracias a que el Espíritu Santo nos trae conciencia de pecado. El problema es que a pesar de que no ignoramos el peso del pecado, en el fondo entendemos que llorar y pedir perdón no es suficiente para que Dios vuelva a tratar con nosotros.

Hermanos, si bien es cierto que debemos lamentarnos por nuestra condición de pecado, no menos importante es entender que Dios necesita restaurar nuestra mente, es decir, nuestra manera de pensar. Para Dios es de suma importancia restaurar nuestra mente porque sólo así dejaremos de ser egocéntricos, individualistas, mezquinos y demás cosas de la carne que nos impiden ser instrumentos útiles para el Señor.

A Dios no le es útil una persona que sólo reconozca su pecado y su condición, lo que Él desea del creyente es que experimente una transformación. En muchas ocasiones hemos escuchado a hermanos que testifican acerca de su salvación, cómo eran ellos en su vida pasada sin Cristo y cómo fue que Dios los alcanzó. Con el pasar de los días, los testimonios acerca de la vida pasada deja de impactar, pues, lo más glorioso que le sucede al hombre no es su pasado, sino la transformación cons-

tante que Dios provoca en los que le hemos conocido. Dios no quiere sólo salvarnos de nuestra vana manera de vivir, sino Su propósito es que nos convirtamos en instrumentos útiles para Su Reino.

Es necesario que nosotros como creyentes nos alejemos de la vanidad de nuestra mente, porque a raíz de eso desarrollamos una vana manera de vivir. Un famoso pensador dijo en una ocasión: “Pienso, luego existo...”, frase célebre muy cierta porque lo que nosotros vivimos es el reflejo de nuestra manera de pensar. Necesitamos ser renovados en nuestra mente por medio del Espíritu Santo. Necesitamos ser transformados en nuestra manera de pensar para que entendamos la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta.

Ahora bien, dice Romanos 12:2 “Y no os adaptéis a este mundo, sino transformaos mediante la renovación de vuestra mente, para que verifiquéis cuál es la voluntad de Dios: lo que es bueno, aceptable y perfecto”. Este pasaje nos está diciendo que nuestra mente debe ser configurada para saber cuál es la voluntad de Dios. Al final de nuestra vida seremos juzgados por lo que hicimos o no en base a la voluntad de Dios. Si acertamos haciendo la voluntad de Dios, seremos premiados; si no lo hacemos, seremos castigados. Dios no va a premiar a nadie por dedicarse a hacer lo que siente, para Él no cuenta lo que alguien hace en base a sus sentimientos. El parámetro de medición para todos los hijos de Dios será Su voluntad buena, agradable y perfecta.

Poder hacer la voluntad de Dios necesitamos una mente transformada. Es necesario ser renovados por el Espíritu, es necesario dejar de hacer lo nuestro y aprobar lo mejor en el Señor. La clave para hacer la voluntad de Dios es aprender a pensar como Él piensa, esto requiere de una mente transformada.

La transformación de la mente se da por una operación de parte de Dios, pero ésta no se da, a menos que nosotros mismos la propiciemos. El verso que leíamos dice: “Y no os adaptéis...”, otras versiones lo traducen: “No os conforméis...”, el sentido es “no nos amoldemos, no nos acomodemos al sistema del mundo”. Mi posición en el Señor debe ser no adaptarme al mundo. Para que me entienda mejor esto, pensemos en un ejemplo muy sencillo: si usted en determinado momento tiene mucho sueño y no quiere dormirse, lo mejor es no buscar una posición en la que se sienta cómodo, porque seguro que si se acomoda en algún sillón, o si se apoya en una pared, seguramente se va a dormir. Si el objetivo es no dormirse, lo que debe hacer es “no acomodarse”. Así es la actitud que debemos tener como cristianos, no nos debemos sentir cómodos en el mundo, no debemos llegar al punto de que el mundo nos siente bien. Tengamos temor de sentirnos seducidos por cualquier cosa de este sistema, porque mientras más cómodos nos sintamos, mayor disponibilidad tendremos para estar esclavizados. Satanás ha diseñado su sistema de manera tal, que todos nos sintamos cautivados a todo lo del mundo. Hoy en día la tecnología electrónica ha cautivado a todo mundo, niños, jóvenes y viejos se sienten atraídos por los dispositivos tecnológicos como los celulares o las “tablets”, y la verdad es muy fácil sentirse acomodado y enviado por estas cosas. Aquí cabe la palabra de “no amoldarnos” al mundo. Esperemos el milagro de que Dios cambie nuestra mente, porque seguramente eso será el resultado de una obra divina, pero no nos dispongamos al punto de que nos sintamos acoplados al mundo.

El arrepentimiento es la operación que hace el Espíritu Santo para que renueve nuestra mente y la saque de la manera sucia de pensar conformada al mundo. Arrepentirnos es ser transformados por el Señor en nuestra mente, demostrándole a Dios que no queremos adaptarnos al sistema mundanal. Si Dios ve que nosotros sacudimos nuestros pies del mundo, y que no nos queremos dejar envolver fácilmente por este sistema, seguro que Él hará Su obra perfecta en nuestras vidas, se producirá una “metamorfosis”, una transformación de nuestra mente por la obra del Espíritu Santo. Cuando eso suceda entenderemos la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta; en síntesis, viviremos en la esfera de Su Reino.

¡Dios les bendiga!

Apóstol Marvin Véliz

CÓMO LOGRAMOS LA RENOVACION DE NUESTRA MENTE.

Fecha de publicación 18/09/2017

Uno de los problemas más grandes que tiene el hombre, en el desarrollo de su vida, es a causa de no poder eliminar los recuerdos pasados. Si bien es cierto, que no podemos eliminar los recuerdos, sí podemos renovar nuestra mente. Dice el apóstol Pablo en Efesios 4:22 “que en cuanto a vuestra anterior manera de vivir, os despojéis del viejo hombre, que se corrompe según los deseos engañosos”. En el contexto de la carta a los Efesios, el apóstol Pablo nos dice que el Señor ya crucificó nuestro “viejo hombre”, pero en este verso nos dice que nosotros debemos despojarnos de él. Luego dice en el v:23 “y que seáis renovados en el espíritu de vuestra mente”, este verso es clave, pues, nos muestra que si no somos renovados en nuestra mente, nunca podremos disfrutar la liberación que nos dio el sacrificio de Cristo en la cruz. Es un hecho consumado que Cristo en la cruz solventó nuestro pasado, pero ahora debemos someternos al proceso de que nuestra mente sea renovada por el Espíritu.

Una de las maneras para recibir liberación en nuestra mente, es dejando de vivir en un estado hiperactivo; con esto no me refiero a que debamos bajar nuestras actividades físicas o nuestra capacidad mental, sino a procurar una mente purificada. La mente no purificada tiende todo el tiempo a rehabilitar las malas experiencias que nos han sucedido en la vida. Nuestra mente trabaja más o menos como las computadoras, éstas tienen un disco duro que almacena toda la información, pero tienen también una memoria caché, que es la que almacena datos necesarios para operaciones inmediatas. Nuestra mente funciona más o menos como una computadora, hay una parte de ella que es prácticamente como un “disco duro”, allí se guarda toda la información de lo que vivimos, pero el problema más grande lo experimentamos en nuestra memoria “caché”, o sea, en nuestra conciencia (nuestro presente).

El problema que nosotros tenemos es que, a pesar de que sabemos que nuestra mente necesita ayuda, nunca la dejamos de usar. Lo que deberíamos hacer es como cuando sabemos que nuestro vehículo carga algún desperfecto mecánico, lo normal es llevarlo al taller para que lo revisen. Es imposible reparar un vehículo en movimiento, obligadamente hay que dejarlo de usar y llevarlo al taller. De igual manera sucede con nuestra mente, no puede ser purificada por ella misma, necesita ser auxiliada por un agente externo.

Cuando me refiero a dejar de usar la mente, no estoy hablando de un comportamiento místico a manera de un “trance”, sino a buscar la vía por la cual nuestra mente sea renovada por el espíritu. El Señor Jesús canceló todas las deudas de nuestro “viejo hombre” en la cruz, no debemos pedirle que lo haga una vez más por nosotros, más bien, debemos pararnos en un terreno de fe en el cuál creamos la obra que hizo el Señor a favor nuestro. En la medida que le demos libertad al Espíritu Santo para que se vigorice nuestro espíritu, en esa medida nuestra mente irá siendo restaurada y purificada en su conciencia ordinaria.

En este punto es donde cobra sentido la oración y la vida contemplativa. Cada vez que nos ponemos delante de la Presencia de Dios, sintamos o no sintamos algo, el Espíritu empieza a purificar nuestra

mente. El Espíritu Santo es el agente que renueva nuestra mente. La mente no debe ser un impedimento para seguir al Señor (como le sucede a una gran cantidad de creyentes), más bien, la mente debe llegar a convertirse en un instrumento de Dios. Una mente no restaurada nos daña, nos condena, nos acusa, revive nuestros pecados, trae al presente nuestros traumas de niños, en fin, una mente no restaurada es un problema severo. Muchos creyentes viven frustrados y acusados por el recuerdo de sus pecados, note que ni siquiera los abrumba la maldad en sí, sino el recuerdo de las cosas malas que hicieron. La mente no sólo está llena de razonamientos, sino también de imágenes, de emociones, de traumas, y un sin fin de pensamientos que deben ser evacuados, de lo contrario viviremos en gran aflicción y angustia.

La única manera de restaurar nuestra mente es por medio de la oración contemplativa, pues, así como el enfermo necesita un doctor para sanarse, la mente necesita la influencia del Espíritu Santo para ser liberada, y la oración contemplativa coadyuva a ese fin. Hace algún tiempo compartí acerca de la liberación de la mente, y por falta de luz, dije algunas cosas que estaban erradas. En resumen, en ese tiempo yo compartí que la restauración de la mente venía a medida que pensamos las cosas de Dios. Alguien podrá preguntarme: "Hermano, ¿Qué de malo tiene que yo piense versículos bíblicos?" No es malo memorizar versículos o leer la Biblia, pero tampoco es seguridad de que eso nos traiga el fluir de la Vida del Señor. Una cosa es querer hacer lo bueno, y otra cosa es experimentar el fluir de la Vida divina. Una mente purificada no es aquella que sólo piensa en la Biblia; el reemplazo de pensamientos malos por pensamientos buenos no necesariamente es sinónimo de una mente liberada. Una mente liberada es aquella que percibe la Vida divina guiándolo en todo lo que hace, tanto en las cosas espirituales como las naturales.

La obra de la cruz del Calvario le puso fin a los problemas legales de nuestra carne ante Dios, pero no a la programación emocional de nuestra vida. La acumulación de experiencias de la vida es imposible quitarlas porque esas están almacenadas en la mente. Imagínese el caso de un ladrón que se ha dedicado a robar toda su vida, él ha acumulado en su casa todo tipo de cosas robadas; un día llegó la policía y se lo llevó preso. El malhechor ya no existe, ya fue quitado, pero la casa quedó llena de todas las cosas que él robó durante toda su vida. Lo mismo nos pasa a nosotros, el "viejo hombre" fue quitado por anulado por medio de la cruz, pero el efecto de las experiencias vividas y los recuerdos aún permanecen en nuestra vida a raíz de que están almacenadas en nuestra mente. El problema de una mente no purificada es que por medio de ella, los recuerdos del pasado pueden volver a aparecer en nuestra conciencia. Los recuerdos no son nuestra realidad, porque dicha realidad, sin embargo, el traerlos al presente nos causa serios problemas. Hay creyentes que, sabiendo que son nuevas criaturas, de repente se ponen a llorar por cosas del pasado, ¿Qué les sucede a estos hermanos? Su problema es que no creen en la obra de la cruz, y en lugar de ello, se aferran a sus recuerdos.

El poder de la mente es muy grande y debemos saber cómo controlarlo. Por ejemplo, cuando alguien aprende a manejar vehículo, los primeros días de su experiencia anda atento a cada movimiento que debe hacer para conducir, y cada vez que se baja del vehículo se siente estresado por la atención que tuvo que poner a todo lo que implica conducir. A medida que pasa el tiempo, la mente se acostumbra tanto a la rutina de conducir, que cuando vamos en el vehículo, los que manejamos, hasta podemos entablar una conversación muy específica con alguien más, porque la mente ubica la experiencia de manejar en un segundo plano. Esto nos muestra que hay ciertos niveles de conciencia en nuestra mente, y en ese orden descendente llegamos al "subconsciente" que es un plano donde los pensamientos están latentes. La mente puede manejar en el subconsciente muchas experiencias aunque no las conceptualice, y muchas de ellas, negativas. Todo ese material de experiencias lo vamos acumulando en nuestra mente, pero más que acumularlo, lo que necesitamos es liberarlo, y tal liberación sólo la recibimos en la Presencia de Dios.

El apóstol Pablo dice en Efesios 4:22 “En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, v:23 y renovaos en el espíritu de vuestra mente”, la manera de despojarnos del viejo hombre es renovando nuestra mente. Una vez más, venimos al punto que ya hemos mencionado antes, si la mente es la que necesita ser renovada, debemos buscar el ente que la atiende y la renueve, porque obviamente no será ella misma. Tal vez aprendimos que al venir a Cristo tenemos que aprender versículos, oír mensajes, cantar alabanzas para poder renovarnos en nuestra mente, sin embargo, esa no es la manera de purificarla. La única manera de renovar nuestra mente, y por ende, liberarnos de nuestro “viejo hombre”, es por medio de la oración contemplativa, allí seremos transformados genuina y adecuadamente.

Apóstol Marvin Véliz

¿POR QUÉ PARA MUCHOS EL EVANGELIO YA NO ES EFICAZ?

Fecha de publicación 25/07/2017

La gran mayoría de personas hoy en día conocen algo del Evangelio, ya sea porque ellos perseveraron un tiempo, o porque sus padres los llevaron a la Iglesia durante su niñez; no obstante, es notorio ver como en esta era el Evangelio se ha venido convirtiendo en algo retrógrado, o de un carácter histórico. La pregunta es: ¿Por qué ya no está funcionando para muchos el Evangelio? ¿Será que en realidad no funciona, o nosotros no conocemos el verdadero Evangelio? Creo que lo que está pasando es similar a lo que sucede cuando alguien compra un aparato electrónico y no sabe como usarlo; Hay una gran cantidad de personas que por la ignorancia se atreven a decir que tales dispositivos no funcionan, y siempre creen que lo de antes era lo mejor. En realidad, no es que la tecnología moderna no funcione, sino que muchos no saben como usarla; así es lo que sucede con el Evangelio, la mayoría de personas no saben para qué fue hecho, ni cómo funciona, por lo tanto, no les causa ningún efecto. Hay creyentes que probablemente asisten a una Iglesia, leen la Biblia, y tratan de hacer muchas cosas que parecen ser el “Evangelio”, pero en el fondo lo único que experimentan es una carga difícil de llevar. Tales creyentes ya están al borde de abandonar la Iglesia, precisamente, porque no ubican para qué funciona el Evangelio.

Hoy en día la gran mayoría de jóvenes conocen algo de Dios por influencia. Esto quiere decir que los padres católicos devotos, normalmente ejercen influencia sobre sus hijos para que participen de todas las liturgias católicas. De igual manera si los padres son evangélicos, los hijos serán influenciados a aceptar a Cristo, bautizarse, ir a los “cultos” los días domingos, escuchar el mensaje del predicador, etc. Hay miles de creyentes en esta condición hoy en día. Una vez más, la pregunta es: ¿Les funciona el Evangelio a estas personas?

Si el Evangelio funciona para nosotros, deberíamos ver tales efectos siendo triunfantes en los estudios, en el trabajo, en nuestros sentimientos y en todas las áreas de nuestra vida. Si siendo creyentes tenemos que recurrir a los psicólogos, y a la sabiduría de este mundo para solventar nuestros problemas, entonces, el Evangelio no nos ha funcionado.

Es tiempo de que nos pongamos en una auto crisis de fe, independientemente de cuál sea la influencia que recibimos, pensemos si verdaderamente el Evangelio funciona. No presumamos del templo al que asistimos, o al predicador que escuchamos, más bien presumamos los resultados de Vida que hemos obtenido por causa de estar perseverando en el Evangelio. Ya dejemos a un lado las doctrinas y los ritos que defendemos, más bien calculemos los beneficios que nos ha traído el Evangelio.

Si la mayoría de los creyentes influenciados contestaran con sinceridad, dirían que a pesar de creer en Dios y ser conservadores de las enseñanzas de sus padres, el Evangelio no les ha brindado los resultados deseados en sus vidas. Su realidad es que creen en Jesús, van a la Iglesia, leen la Biblia, etc. pero siguen sintiéndose tristes interiormente. En pocas palabras, a la gran mayoría el Evangelio no les funciona; su experiencia es como la de muchas esposas, viven con sus maridos, no los aman, no los aprecian, pero tampoco los dejan.

Una de las razones principales por las que el Evangelio no funciona hoy en día es debido a la ambición cristiana que se ha enseñado en la mayoría de las Iglesias y los medios de comunicación. Los grandes “ministros del Evangelio” de hoy en día han enseñado un Evangelio mezclado con ambiciones personales, y esto ha hecho que el verdadero Evangelio, el que es según el corazón de Dios, ya no funcione. A muchos el Evangelio no les funciona porque les enseñaron que éste iba a llenar todos sus deseos y necesidades personales, y al pasar los años se frustran de ver que nada les ha sucedido. El Señor Jesús antes de partir dijo: “Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo” (Juan 16:33). Imagínese que contradictorias las palabras del Señor Jesús con las enseñanzas modernas; hoy en día muchos predicadores le ofrecen a la gente que al venir a Cristo sus aflicciones se van a acabar, pero eso no es lo que el Señor dijo, al contrario, el Señor nos advirtió que éstas siempre iban a estar. ¿Qué es lo que está sucediendo, entonces? Que los hombres están ofreciendo algo que el Señor nunca nos ofreció, los hombres enseñan un “Evangelio” distinto al de nuestro Señor Jesucristo.

La Biblia claramente dice: “todo lo que el hombre sembrare, eso también segará”. Esto quiere decir que si alguien es haragán para estudiar, al final del año va a perder su año escolar; esto es la ley de la siembra y la siega. Contrariamente a lo que dice la Biblia, a muchos haraganes les enseñan que confíen en Dios, que un milagro les va a suceder, y que Dios les va a hacer el milagro de aprobar su año escolar aunque nunca se esforzaron. ¡Cuidado! El verdadero Evangelio no funciona así. La ambición cristiana con la que se predica hoy en día es ajena al corazón de Dios.

El Señor Jesús vino en carne a este mundo hace dos mil años, algunos lo vieron, convivieron con Él, lo siguieron todo el tiempo de Su ministerio, pero llegó el día en que Él ascendió al cielo. Dice Hechos 1:10 “Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, he aquí se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo”. Lo que estos varones les dijeron a los discípulos es que recordaran lo que el Señor les había dicho acerca del Reino de Dios antes de partir. Estando juntos, les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, que ellos iban a ser bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días. Jamás el Señor nos prometió que estaría con nosotros físicamente haciendo milagros y prodigios como sucedió esos tres años y medio, Él nos prometió ser una experiencia en nuestro espíritu. El Señor nunca nos ofreció dinero, ni salud, ni cosas parecidas a estas, lo que Él nos ofreció fue venir a vivir a nuestro espíritu.

Debemos tener claridad en cuanto a las cosas que suceden en este mundo para que nuestro corazón no se llene de incredulidad. Mientras estemos en esta vida tenemos que entender que habrán ricos y habrán pobres, pero eso no tiene nada que ver con el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo. El Evangelio no es la clave para dejar de ser pobres, no crea ese mensaje ambicioso de los predicadores. Hay quienes son muy inteligentes y se esfuerzan en la vida para superarse, pero por más que lo intenten nunca se les abren las puertas para progresar económicamente; por el contrario, hay gente que no es inteligente, ni diligente, pero nacieron en familias adineradas, por lo tanto, tienen su futuro asegurado. Por supuesto, Dios prospera económicamente cuando Él quiere, y de igual manera empobrece si Él quiere, pero jamás fue la promesa del Señor sacarnos a todos de la pobreza.

Hoy en día también se le ofrece a las personas que, al venir a Cristo, serán sanadas de todas sus enfermedades; tampoco eso es cierto, jamás nos ofreció el Señor que nunca nos íbamos a a enfermar. No responsabilicemos a Dios de lo que Él nunca dijo, más bien desenmascaremos a los predicadores ambiciosos que ofrecen muchas cosas con tal de ganar adeptos para sus organizaciones. Esta es la razón por la que el Evangelio no funciona hoy en día, porque se ha predicado mal, se ha enseñado lo que no es, y por eso muchos se frustran, pues, no ven cumplidas las cosas que les ofrecieron. Lo que sí prometió el Señor es que todos los que crean en Él, de su interior correrán ríos de agua viva (Esto dijo refiriéndose al Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él).

Hermanos, debemos perseverar en el Evangelio no solo por las obras milagrosas que veamos de parte de Dios, o por las unciones que sintamos, sino debemos mantenernos en fe, aun así no veamos nada. Nosotros en realidad vivimos el Evangelio cuando creemos que el Señor está en nuestro interior, y cuando en experiencia Él es nuestro amigo y compañero, entonces, el Evangelio nos ha funcionado.

En una ocasión el apóstol Pablo dijo: “para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca sobremanera; respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí. Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad...” (2 Corintios 12:7–9). Pablo llegó a entender que no era necesario que le sucediera un milagro en el exterior para creer en Dios, a él le bastaba con que el Señor fuera su vivir y que Él decidiera sobre todo lo demás. Esto es el Evangelio verdadero, dejar que Dios haga en nuestras vidas conforme a Su voluntad. A los únicos que les funciona el Evangelio es a aquellos que no esperan ver resultados exteriores para creer en Dios, sino creen que lo más valioso es tenerlo a Él como su experiencia de Vida en el interior.

Hermanos, no esperen ver que lo más grande que Dios puede hacer en sus vidas sea prosperarlos económicamente, o sanarlos de una enfermedad, sino el milagro más grande que les puede pasar es que ustedes tengan fe en Dios. Qué maravilloso es saber que el Señor Jesús prometió estar con nosotros en todos los momentos de nuestra vida, y si bien es cierto que enfrentaremos aflicciones en el mundo, Él nos dijo que confiáramos en Él porque Él ha vencido al mundo. No tratemos de ver a Cristo afuera, sino en nuestro interior porque en esto consiste el verdadero Evangelio.

Apóstol Marvin Véliz

BUSCAD Y HALLAREIS

Fecha de publicación 02/10/2017

Mateo 7:7 “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. v:8 Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. v:9 ¿Qué hombre hay de vosotros, que si su hijo le pide pan, le dará una piedra? v:10 ¿O si le pide un pescado, le dará una serpiente? v:11 Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan? v:12 Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas”.

En este punto de “BUSCAD Y HALLARÉIS” hay algo muy profundo que debemos visualizar y avanzar en cuanto al ministerio de la intercesión. Lo primero que debemos hacer al orar es pedir, luego debemos esperar que Dios nos de conforme a Su voluntad. Esto es importantísimo saberlo: Dios sólo va a

darnos aquello que es conforme a Su voluntad, es decir, debemos pedirle “buscando” que se haga Su voluntad.

El primer gran consejo es “pidan y yo les voy a dar”, pero luego nos dice: “busquen”. ¿Qué es lo que debemos buscar? Obviamente, buscamos lo que no tenemos. En otras palabras, el Señor nos está diciendo: “no solo pidan, sino busquen”. En realidad lo que nosotros debemos buscar es que se haga la voluntad de Dios, eso es lo que en la realidad nosotros no tenemos de manera normal en la tierra. La oración debe surgir de una necesidad, y al pedirle a Dios, debemos buscar que se haga Su voluntad en aquello que nos tiene cargados. Por ejemplo, si vemos a alguien padeciendo alguna enfermedad, automáticamente decimos: “El hermano está necesitado, hay que orar por él”. Ahora bien, si percibimos que la condición del hermano es un motivo para orar, debemos empezar a pedirle a Dios por él. A medida que oramos debemos “buscar” la manera específica de orar para que Dios haga Su voluntad en el hermano. Mientras empezamos a interceder debemos estar atentos a nuestro interior y buscar las palabras adecuadas que desaten la voluntad de Dios. Hay muchas cosas que no las sabemos, para el caso de este hermano, no sabemos porqué está enfermo, para qué está enfermo, si es el Señor quien quiere tenerlo enfermo, o si el Señor quiere sanarlo, etc. No lo sabemos, debemos buscar en oración que se haga la voluntad de Dios, que se realicen las cosas conforme a esa perfecta visión que solo Dios tiene de las cosas, pero que nadie las sabe. Dice Isaías 55:8 “Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos—declara el Señor. v: 9 Porque como los cielos son más altos que la tierra, así mis caminos son más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos”.

Nosotros siempre vamos a errar en cuanto a orar por las necesidades, pero bendito sea el Señor que nos ha dado Su espíritu para orar como conviene. Ciertamente, cada vez que nos hemos juntado para orar, tal vez hemos honrado al Señor con el principio de “Pedid y se os dará”, pero nos ha llegado el tiempo de seguir intercediendo bajo el principio de “Buscad y Hallaréis”. Sigamos juntos, mantengamos la armonía para orar, pero ahora animémonos a orar buscando que se haga la voluntad de Dios.

Enfoquemos esto desde dos puntos de vista:

a) EN CUANTO A DIOS: El apóstol Juan dijo en una de sus cartas: “Y esta es la confianza que tenemos delante de El, que si pedimos cualquier cosa conforme a su voluntad, El nos oye”. (1 Juan 5:14). Este pasaje nos aclara que debemos pedirle a Dios, pero conforme a Su voluntad. Él nos dará cualquier cosa que pidamos, toda vez y cuando sea el deseo de Su corazón. He ahí la importancia de “buscar en nuestro espíritu” orar según Su voluntad, porque sólo así Él nos oye y nos contesta. Debemos entender que no hacemos mucho sólo pidiendo, sino que debemos pedir conforme a Su corazón. No nos desalentemos si hasta el día de hoy hemos orado y no hemos recibido, más bien, por medio de esta doctrina sepamos que lo que nos hace falta es “buscar”, es profundizar, es inquirir en nuestro espíritu cuál sea la voluntad del Señor. Por su parte el Señor quiere dar, quiere contestar, quiere desatar Su voluntad en la tierra, sólo está esperando que nosotros le pidamos bien. El principio de Dios es “Buscad y hallaréis”; si buscamos, también vamos a encontrar las palabras adecuadas para poder desatar la voluntad de Dios en la tierra.

b) EN CUANTO A NOSOTROS: Aunque debemos iniciar la oración pidiendo, no conocemos con exactitud Su voluntad, por lo tanto, mientras oramos debemos “buscar” cuál es el deseo de Su corazón. Nadie conoce a la perfección la voluntad del Señor, sólo orando podremos tener la capacidad de profundizar y encontrar cuál es Su deseo. Nadie puede decir: “yo voy a buscar primeramente la voluntad del Señor y después voy a orar”; al contrario, encontramos la voluntad del Señor a medida que nos adentramos en el espíritu de la oración.

Hermanos amados, seamos abiertos al orar, avancemos, mantengámonos pendientes y expectantes de cuál es la voluntad de Dios. Recordemos que somos nosotros quienes debemos empezar pidiendo, somos nosotros los que debemos tomar la iniciativa, y a medida que “busquemos”, el Señor nos promete que hallaremos la manera de orar para pedir conforme a Su voluntad.

Resumiendo el principio de “buscad y hallaréis”, podemos decir que en cuanto a nosotros, debemos ocuparnos siempre de buscar la voluntad de Dios; y en cuanto a Dios, Él nos promete que vamos a “hallar” la manera de pedir para que se haga conforme a Su voluntad. Por Su parte, Dios quiere revelarnos Su voluntad, pero la encontraremos sólo si empezamos pidiendo.

Apóstol Marvin Véliz

CONSEJOS PARA PRACTICAR LA ORACION CONTEMPLATIVA

Fecha de publicación 09/10/2017

Vamos a dividir este tema en dos partes:

1.- ALGUNOS CONSEJOS VIVENCIALES:

Estas cosas que diremos en cuanto a la oración contemplativa son totalmente vivenciales, ya que la Biblia jamás nos dice explícitamente cómo debemos orar contemplativamente. La Biblia no nos muestra una metodología en cuanto a la manera de orar, por lo tanto, debemos prestar atención a la experiencia que han tenido algunos hermanos que nos llevan la delantera. Básicamente hay dos cosas básicas que debemos hacer en la oración:

1.1. Dejar de prestarle atención a nuestro momento presente psicológico. Cuando nosotros intencionalmente le dejamos de prestar atención a nuestro estado presente consciente, lo que hacemos es preparar nuestro espíritu para acceder a la esfera de Dios. Nosotros debemos acercarnos a Dios con la intención de soltar nuestro “yo”, es más, debemos despreciar aun lo que pueda provenir de Dios en ese momento, pues, Él mismo nos pone a prueba para que le demostremos qué es lo que más amamos.

1.2. Debemos consentir suavemente la Presencia de Dios. “Consentir” significa permitirle a una persona que haga una cosa, y no oponerse a que lo haga. Al “Consentir” suavemente la Presencia de Dios, lo que hacemos es demostrarle a Él que lo mejor que podemos degustar en esta vida es Su persona. La contemplación implica la participación de nuestra voluntad de una manera suave, es decir, no debemos estar tan activos en nuestra mente como para tratar de contactar a Dios por medio de pensamientos, ni tan pasiva como para dormirnos o caer en un trance. Recordemos que la oración contemplativa se da por la vía del espíritu, de manera que lo que debemos hacer es llegar delante del Señor, y por medio de la fe consentir que Dios haga lo que Él quiera. En ese momento nosotros no debemos esforzarnos por percibirlo, no debemos pedirle nada, ni debemos decirle nada, sencillamente debemos esperar en Él de manera suave.

1.3. Fijar un Tiempo. Lo primero que debemos hacer es tomarnos veinte minutos para realizar esta actividad. En esta cantidad de tiempo tendremos una disposición óptima, tanto física, como psicológica que nos permitirá estar atentos a la hora de realizar esta actividad. La experiencia de muchos hermanos místicos como Thomas Keating, y otros que lo antecedieron también nos acentúa que el tiempo óptimo para orar contemplativamente son veinte minutos; al orar menos tiempo sentiremos

que algo nos faltó, y al orar más de veinte minutos nos sentiremos cargados. Confiemos en el consejo que nos dan estos hermanos, que por más de setenta años practicaron ya la oración contemplativa; la mayoría recomienda de ellos que usemos un cronómetro que nos indique la finalización de los veinte minutos.

1.4. Tratar de hacer la oración en la mañana y en la tarde. que oremos veinte minutos en la mañana y otros veinte minutos en la tarde. Esta disposición de orar dos veces al día tiene muchos beneficios tanto a corto como a largo plazo. Para la mayoría seguramente ha de resultar más fácil orar en la mañana, pero es recomendable orar también en la tarde para obtener mejores beneficios colaterales; uno de ellos es evitar que nuestro viejo hombre recobre el control total sobre nuestro momento presente psicológico. Si nos exponemos delante del Señor en la mañana y en la tarde, le permitiremos a Él que Su influencia divina sea más continua en nuestro espíritu y en todo nuestro ser.

1.5. UTILIZAR UNA PALABRA ESPECIFICA:

Esto es útil y necesario para ubicar nuestra atención, y para volvernos de la distracción a la contemplación. La palabra específica es parecida al famoso ruido “shhh” que nosotros hacemos con nuestros perros para que ellos nos pongan atención. De igual manera funciona la palabra específica, sólo que de una manera suave; al inicio de la oración nos es útil porque nos ubica en cuanto a la intención de estar delante de Dios, pero conforme avanzan los veinte minutos nos sirve en los momentos en que los pensamientos nos han distraído de la centralidad de la oración, de modo que ella nos vuelve a ubicar delante de Dios.

La palabra específica debe ser corta, no debe ser una oración, ni tampoco debemos pronunciarla, basta con ponerla frente a nuestro momento presente psicológico como una señal de que estamos delante de Dios. Algunos ejemplos de dicha palabra pueden ser: “Jesús”, “Padre”, “Dios bueno”, “Señor te amo”, y otras parecidas a éstas. Procuremos que la palabra específica no esté cargada de mucho significado, pues, esto se puede convertir en un distractor más en la oración. Recuerde, la palabra específica sólo debe servirnos como un “shhh”, como un llamado de atención suave, y nada más. Una vez que tengamos decidida la palabra específica, le damos inicio al cronómetro, cerramos nuestros ojos, y en nuestro interior nos ubicamos delante de Dios mediante esa breve palabra. A los pocos segundos de haber cerrado nuestros ojos, empezaremos a ver cómo van surgiendo los pensamientos. Algunos de los pensamientos aparecen como una especie de cadena, eslabón tras eslabón, pensamiento tras pensamiento, y de pronto nos damos cuenta que no tienen fin, no vemos la manera de parar; pero justo allí es donde entra en acción la palabra específica, pues, de manera suave pensamos en ella y sin sentirnos acusados, ni angustiados retornamos a nuestra intención original de estar delante de Dios.

Mientras oremos nos daremos cuenta que aparecerán todo tipo de pensamientos. Tal vez a las hermanas justo en ese momento se les ocurra lo que van a cocinar para el almuerzo, y junto con ello empezarán a pensar en los ingredientes que ya tienen, lo que les hace falta, a qué horas irán a comprar, etc. Obviamente éstos no son malos pensamientos, pero nos distraen de nuestro objetivo, basta con sólo traer a ese momento presente la palabra específica, y nuevamente podremos retornar a la contemplación de una manera suave. No nos preocupemos por la cantidad de veces que nos distraigamos, igual cantidad de veces usemos la palabra específica para retornar a Dios, ésta debe ser nuestra metodología.

2.- CÓMO TRATAR EL ASUNTO DE LOS PENSAMIENTOS MIENTRAS ORAMOS.

Para darle solución al gran problema que todos confrontamos en cuanto a los múltiples pensamientos que aparecen mientras oramos, vamos a tratar de dar tres consejos prácticos:

2.1. NO RESISTIR LOS PENSAMIENTOS:

No debemos resistir los pensamientos que aparecen mientras oramos, no tratemos de ponernos como paladines de guerra en contra de cada pensamiento que aparezca. La oración contemplativa no debe ser una guerra espiritual en contra los pensamientos, no debemos ni siquiera reprenderlos. Lo único que debemos hacer ante los pensamientos es dejarlos ir. La única acción permitida en la oración contemplativa es ceder, entregar, y esperar en Dios. Si nosotros optamos por oponernos a un pensamiento, lo único que hacemos es generar otro pensamiento más, y ahora ya no tenemos problemas con un pensamiento, sino con dos. En la oración contemplativa no debemos tratar de resistir los pensamientos, sólo debemos dejarlos ir y retornar a Dios suavemente por medio de la palabra específica.

2.2. NO RETENER LOS PENSAMIENTOS

En una ocasión dijo Martín Lutero: "Yo no puedo evitar que un pájaro vuele sobre mi cabeza, pero sí puedo evitar que haga nido en ella". Esto quiere decir que no podemos evitar que los pensamientos pululen en nuestra mente, pero sí podemos evitar prestarles atención. Cuando un pensamiento se queda en nuestro momento presente psicológico es porque nosotros se lo permitimos. No debemos preocuparnos qué tantos pensamientos se nos vienen a la mente mientras oramos, lo que nos debe poner alertas es qué tanta atención les prestamos.

2.3. NO REACCIONAR CON NINGUNA EMOCION ANTE LOS PENSAMIENTOS

Los pensamientos que más nos pueden inducir a las emociones mientras oramos son aquellos que tienen que ver con Dios. Por ejemplo, algo emocionante que nos pudiera suceder es si al momento de orar recibimos una luz sobre el libro de Apocalipsis. Si eso sucediera, muy probablemente nos sintiéramos tentados a dejar de despreciar ese momento presente psicológico, por el contrario, creeríamos que lo mejor que podemos hacer en ese momento es dejar de orar y apuntar la "maravillosa" revelación que acabamos de recibir. No debemos reaccionar emocionalmente a los pensamientos sólo porque sean de Dios, ese no es el momento propicio para pensar en la doctrina

Apóstol Marvin Véliz

¿QUÉ PREFIERE DIOS, QUE LE TRAIGAMOS OFRENDAS O QUE ESTEMOS EN PAZ CON NUESTROS HERMANOS?

Fecha de publicación 16/10/2017

Muchos llegan al punto de desconocer tanto a Dios que quieren que Él les aplauda porque asisten a las reuniones de Iglesia. Hay muchos creyentes que no aman al Cuerpo de Cristo, no aman a los hermanos, no se meten con nadie, sin embargo, creen que asistir a las reuniones es una gran hazaña por la cual Dios debe estarles altamente agradecido.

¿En qué cosas Dios nos pone a prueba a nosotros Sus hijos? El gran examen de parte de Dios para todo aquel que es Su Hijo, es la misma hermandad en Cristo. Yo alabo a los espirituales de las Iglesias que saben atender a los neófitos; bendigo a aquellos que son bendición para los corderitos que vienen entrando, pero también me alegro por los carnales que siempre están preparados para ser un probatorio para todos.

Leamos los siguientes versos:

Mateo 5:22 “Pero yo os digo que todo aquel que esté enojado con su hermano será culpable ante la corte; y cualquiera que diga: “Raca” a su hermano, será culpable delante de la corte suprema; y cualquiera que diga: “Idiota”, será reo del infierno de fuego. v:23 Por tanto, si estás presentando tu ofrenda en el altar, y allí te acuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, v:24 deja tu ofrenda allí delante del altar, y ve, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda”.

¿Cuál es su comportamiento para con sus hermanos? ¿Qué actitud interna tiene usted para con el Cuerpo de Cristo? Recuerde que al ser que le pusieron dentro de usted lo está juzgando, lo está viendo como camina, y está viendo lo antagónico de su ser carnal que no se rinde ante la supremacía del amor que debería fluir en usted. ¿Ya se dio cuenta del gran problema en el que se está metiendo por guardar rencores, por no arreglar asuntos con sus hermanos? Sea grande o pequeño el problema, ¡arréglole! Dése cuenta que en estas cosas no lo está juzgando el hombre, sino que lo está juzgando el Espíritu de Cristo que está dentro de usted. El día que creímos en Cristo nos dieron la Vida divina, la cuál está dentro de nuestro ser deseando fluir en amor para con nuestros hermanos. El Señor quiere a través nuestro abrazar a los hermanos, no se lo impidamos, no retengamos ese fluir de amor. Hay hermanos que dicen: “yo no voy a saludar a ese hermano, porque si le doy un abrazo para saludarlo, va a pensar que me le estoy humillando”. ¿Verdad que así somos? Tal actitud sólo es un impedimento que está deteniendo el fluir de la Vida que pusieron en nosotros para amar. No pongamos diques de orgullo en nuestro corazón para con nuestros hermanos, no le pongamos freno al amor de Dios.

La amargura surge, fluye y es capaz de contaminar a muchos, no piense que tales actitudes se van a quedar así delante del Señor. Hermanos, Dios no puede ser burlado. El Señor dijo: “el que esté enojado con su hermano”, note que no dice: “el que se enoje...”, pues, todos nos podemos enojar en algún momento, el problema es el que se queda enojado con su hermano. Dicho en otras palabras: “El que es incapaz de soltar una cólera contra su hermano, y no busca la manera de estar en paz, Dios lo va a juzgar”. El problema de estar amargados contra algunos hermanos, no es el simple hecho de no tener comunión con ellos, el problema es que quedamos expuestos ante el juicio de Dios. Hay hermanos que hasta se dan el lujo de decir que están amargados contra ciertos hermanos, no se dan cuenta que tales actitudes no solo los exponen al juicio de los demás, sino lo más triste es que se convierten delante de Dios en reos del infierno.

¿Valdrá la pena reprimir la Vida del Señor en nosotros? ¿Acaso la Vida del que nos dieron, no es la de Aquel que en la cruz del Calvario, con una corona de espinas y treinta y nueve latigazos en la espalda, clavado de pies y manos, todavía en su último aliento dijo: “Padre perdónalos porque no saben lo que hacen”?, ¿Acaso ya estaba delirando el Señor cuando dijo estas palabras, o son las palabras sublimes del amor divino? Los que crucificaron al Señor sí sabían lo que estaban haciendo, pero Él los vio con ojos de amor. Tal escena de amor es tan profunda, que ni siquiera podemos explicar esas palabras. Jesús no era mentiroso, no estaba delirando, no estaba loco, sencillamente usó el lenguaje del cielo: “Perdónalos porque no saben lo que hacen”. Yo quizás no hubiera dicho “perdónales”, y mucho menos decir: “no saben lo que hacen”, seguramente le hubiera orado al Señor: ¡Castígalos porque estos bien saben lo que me han hecho!”, ¡Que elevada la Vida gloriosa fluyendo en el Calvario!. Cuán distantes somos de nuestro Señor Jesús, a veces nos amargamos con los hermanos por un machucón de dedo, o porque hablaron mal de nosotros, sin embargo, la Vida Divina quiere obrar de manera diferente, quiere convertirnos en fuente de amor.

El Señor nos advierte de que tengamos cuidado, que no tomemos una actitud equivocada en nuestro proceder contra nuestros hermanos. La Vida divina en nosotros tiene la capacidad de perdonar lo peor de lo peor que pueda hacernos un hermano. Usted seguramente en su carne no puede perdonar nada, pero no le estoy hablando de su capacidad humana, sino de la capacidad que tiene porque le

pusieron dentro de usted a Aquel que es amor. ¿Qué excusa tiene usted para no perdonar? En los versos siguientes el Señor nos dice la medida que Él espera de nosotros:

Mateo 5:23 “Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, v:24 deja tu ofrenda allí delante del altar, y ve, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda”.

Nosotros hemos entendido en este verso que si justo cuando vamos a alabar a Dios en la reunión de Iglesia, o antes de estar en intimidad con Dios, nos acordamos que tenemos una amargura contra alguien, debemos dejar de hacer eso e ir a arreglarnos con el hermano. Si así entendemos estos versos, creo que los hemos entendido mal. Para empezar el verso no dice: “Si estás presentando tu ofrenda en el altar y allí te acuerdas que tu hermano te ofendió...”, lo que dice claramente es: “si te acuerdas que tu hermano tiene algo contra ti”, es decir, todo aquello que nosotros mismos hemos hecho en contra de alguien (independientemente si sentimos, o no, que hemos dañado al hermano). Si el hermano mantiene esa molestia que nosotros le hemos causado en su corazón, a causa de la justicia Dios lo está escuchando allá arriba, por lo tanto, somos nosotros los que debemos tratar de solucionarlo.

Ilustremos el concepto anterior con el siguiente ejemplo: Imagínese que en una ocasión yo fui fuerte y severo con “x” hermano. El Espíritu Santo vendrá a redargüirme de mi arrogancia y mi prepotencia con la que le hablé al hermano; yo reconozco que lo humillé, y digo en mi interior: “ni modo, cometí un error” y luego me voy como que si nada. Si el hermano guarda eso en su corazón, eso estará demandando justicia allá arriba. Cuando yo vaya a orar el Espíritu Santo va a querer que yo esté libre de toda acusación, por lo tanto, me recuerda de lo pesado que le hablé al hermano y que no me he arreglado con él. No es asunto de que yo esté consciente de mi ofensa, sino que Él me recuerda que el hermano está ofendido por mi culpa, entonces, lo que debo hacer es dejar mi ofrenda en el altar. En estos casos es mejor dejar de hacer las cosas espirituales, ya que ante los ojos de Dios es más importante ponerse a cuentas, y arreglar esa situación con el hermano, que estar tratando de ofrecer sacrificios espirituales.

Muchas veces suele ocurrir también que cuando alguien llega a pedir perdón, uno no sabe si hubiera sido mejor que se quedara callado, o que llegara a pedir perdón. Hay hermanos que solicitan el perdón de la siguiente manera: “Aquí vengo a decirte que te perdono, porque estaba amargado con vos, me has ofendido con tantas cosas, y ya no soporto esa tu arrogancia, esa forma de ser tan insoportable que tenes, dañas a medio mundo, te pasas llevando a cualquiera, etc...”, a todo eso, ya está más humillado al que le llegaron a pedir perdón, que el que está pidiendo perdón. El pasaje no nos dice que hagamos sentir mal al que nos ha ofendido, eso es como ir a descargar el camión de la basura contra alguien. Si usted está así de lastimado mejor vaya con Dios y que Él lo libere. Lo que el Señor nos pide es que arreglemos las cosas con quien tengamos el problema. Si yo estoy consciente de que el Espíritu Santo me ha iluminado, y me ha mostrado esta situación, aunque yo no esté consciente de las cosas en las que ofendí, debo acercarme al hermano porque en algún momento dañé la integridad y el corazón de mi hermano. No es bueno que cada vez que el hermano se acerque a Dios, vea un corazón lastimado, un llanto producto de algo que yo hice, eso no nos conviene a ningún hijo de Dios, porque eso nos lo apuntan allá arriba.

El pasaje nos dice que es mejor que dejemos la ofrenda, nos reconciliemos con el hermano, y luego regresemos a presentarnos delante de Dios. No es bueno que reavivemos la comunión con el Señor en ese estado, porque al estar en comunión con Él se nos va a olvidar la situación y vamos a perder conciencia de algo que definitivamente hay que arreglar. El apóstol Pablo también nos dijo: “no debáis nada a nadie, sino solo el amaros los unos a los otros”. Procuremos no ser conocidos en los cielos por tanta queja de parte de nuestros hermanos. No creamos que Dios se da cuenta de que un hermano está lastimado hasta que él se atreve a abrir su boca y expresa su dolor delante de Dios; si el

corazón del hermano está lastimado delante de la presencia del Señor, Él lo detecta, sabe por qué y nos lo apunta como algo en contra nuestra.

Apóstol Marvin Véliz

¿QUIÉNES SON BIENAVENTURADOS?

Fecha de publicación 23/10/2017

Mateo 5:3 “Bienaventurados los pobres en espíritu, pues de ellos es el reino de los cielos. v:4 Bienaventurados los que lloran, pues ellos serán consolados. v:5 Bienaventurados los humildes, pues ellos heredarán la tierra. v:6 Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, pues ellos serán saciados. v:7 Bienaventurados los misericordiosos, pues ellos recibirán misericordia. v:8 Bienaventurados los de limpio corazón, pues ellos verán a Dios. v:9 Bienaventurados los que procuran la paz, pues ellos serán llamados hijos de Dios. v:10 Bienaventurados aquellos que han sido perseguidos por causa de la justicia, pues de ellos es el reino de los cielos. v:11 Bienaventurados seréis cuando os insulten y persigan, y digan todo género de mal contra vosotros falsamente, por causa de mí. v:12 Regocijaos y alegraos, porque vuestra recompensa en los cielos es grande, porque así persiguieron a los profetas que fueron antes que vosotros”.

Para sacar lecciones de las bienaventuranzas, primero veamos cuál es el significado de esta palabra. La palabra bienaventuranza, según el Diccionario General de la Lengua Española quiere decir: “Fortuna y felicidad de una persona”, o sea, tiene que ver con “ser sumamente bendecido, al punto de ser feliz”; Alguien que es bienaventurado es aquel que el Señor bendice de tal manera, que eso le produce felicidad. La bendición del Señor, según lo que nos dice la Biblia, no es lo que nosotros pensamos. De manera normal y “carnal” siempre suponemos que ser bendecidos por Dios tiene que ver con la abundancia de los bienes materiales, o la buena salud física, sin embargo, al leer las palabras de nuestro Señor Jesucristo nos damos cuenta que no se trata de tales cosas. En realidad, somos bendecidos por el Señor mediante la operación que Él hace para que nosotros lleguemos a manifestar Sus virtudes divinas, de manera que tal condición viene a causarnos felicidad.

Podríamos decir también que ser bienaventurados es experimentar la felicidad que viene por haber llenado el deseo del corazón de Dios, o sea, por haber realizado Su voluntad. Por ejemplo, dice Mateo 5:10 “Bienaventurados aquellos que han sido perseguidos por causa de la justicia...”. Ser perseguidos a causa de la justicia es una bendición que el Señor quiere darnos, talvez usted se preguntará: ¿Ser perseguidos es una bendición que viene de Dios? ¡Sí! toda vez y cuando el vituperio venga sobre nosotros a causa de caminar en rectitud con el Señor. El apóstol Pablo dice en Filipenses 1:29 “Porque a vosotros se os ha concedido por amor de Cristo, no sólo creer en El, sino también sufrir por El”. También el libro de Hechos nos narra que los apóstoles, luego de ser azotados, se regocijaban de que hubieran sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre de nuestro Señor Jesucristo. Entonces, sí es una bienaventuranza ser perseguidos por causa de la justicia, seguramente, eso nos dará felicidad. ¡Qué bienaventurada la esposa cuando es vituperada por su marido por causa de su fe! Ser bienaventurados es ser felices, es tener una felicidad que no brota de las cosas que hacemos o tenemos, sino más bien brota del beneplácito que le causamos a nuestro Padre Celestial. Recuerdo los años, cuando en mi rol de padre me tocaba jugar fútbol con mi pequeño hijo, en realidad, yo no me divertía mucho jugando con él, sin embargo, sabía que él lo disfrutaba mucho y eso me daba felicidad. Similar es la felicidad que encontramos en nuestra relación con el Señor, si logramos ser felices agradando a Dios, quiere decir que somos bienaventurados.

Los bienaventurados son aquellos en quienes el Señor opera de tal forma que permiten que las virtudes divinas se reflejen en sus vidas. Sólo ciertos creyentes están dispuestos a este proceso, y éstos son aquellos que siempre anhelan con disposición lo de Dios, aquellos que son de limpio corazón y que procuran el bien para los demás sin importar ser vituperados por ello; tales son los bienaventurados, aquellos que permiten que la Vida divina fluya “en” ellos, y “por” medio de ellos.

Una persona bienaventurada es como alguien que vive del deporte. Un atleta no piensa si quiere o si tiene deseos de entrenar, sencillamente practica porque vive del deporte, y sus logros como atleta le proporcionan grandes éxitos y felicidad. El bienaventurado es más o menos como este ejemplo, pues, el tal, persiste en buscar a Dios, y no porque tenga deseos, sino porque entiende que eso es lo que debe hacer para ser feliz. Aquel que anhela ser como Dios ha deseado que sea, se dispone y vive para hacer la voluntad del Padre, a pesar de que ve que no tiene la capacidad humana para hacerlo, tal persona es bienaventurada. El creyente que tenga tal actitud disfrutará la gracia de Dios y la vida misma del Señor, de manera que terminará dando un fruto. Este fruto del que hablamos consiste en la actitud de anhelar con disposición lo de Dios y con ello permitir que la Vida de Dios fluya en Él y por medio de Él.

Hermanos, las virtudes enumeradas por nuestro Señor Jesús en Mateo 5, todas ellas son virtudes divinas; el hombre no es, ni puede ser así de sí mismo. Por ejemplo, nadie es “pobre en espíritu”, dice Apocalipsis 3:17 “... tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo. V 18 Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas”. Podríamos poner ejemplos como este para darnos cuenta que cada una de las bienaventuranzas no son requisitos humanos que Dios espera de nosotros, sino virtudes divinas que Él quiere evidenciar a través de nosotros.

Mi objetivo primordial es hacerles notar que todo esto se puede obtener por una operación de nuestro Dios, y la disposición que tengamos de dejar que Él haga Su obra en nosotros. El resultado de dicha obra es que seremos felices al ver que en nosotros fluye lo que agrada a Dios. Son los tratos de Dios los que harán posible que este milagro suceda en nuestras vidas. Permitamos que Él quebrante nuestro ser en todo sentido, y que el quebranto nos traiga colirio para sanar nuestros ojos y poder ver nuestra verdadera condición.

Apóstol Marvin Véliz

CÓMO SER AMIGOS DE DIOS

Fecha de publicación 30/10/2017

Dice Juan 15:14 “Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. v:15 Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer”. Acá el Señor Jesús nos dice que Él quiere ser nuestro amigo, es decir, alguien cercano a nosotros. El concepto de tener un “amigo” es alguien que está con nosotros en todo tiempo, es una persona incondicional. Curiosamente, un amigo no es alguien con el que hablamos en todo tiempo, sino con el que podemos estar en suma confianza, con aquel que nos es grata su compañía aunque no hablemos. Ahora bien, el Señor nos propone ser nuestro amigo, sólo que para ello nos pone ciertas condiciones:

1.- Él será nuestro amigo si hacemos lo que Él quiere. Si queremos que el Señor sea nuestro amigo, debemos irnos ganando su confianza por medio de la obediencia. Cada vez que estemos en Su presencia, Él nos va a decir que hagamos ciertas cosas; si las hacemos, vamos a ganarnos Su amistad.

2.- Si queremos tener a Jesús como nuestro amigo, debemos prestarle suma atención. El Señor Jesús dijo: "...os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer". El Señor oye todas las cosas de Su Padre, y tales cosas nos las quiere dar a conocer; este es el otro requisito que debemos cumplir si queremos que el Señor sea nuestro amigo. Nosotros debemos estar atentos a lo que Él nos diga día a día, porque lo que Él nos dice son los deseos del Padre.

El punto en esto es cómo captar la voz de Dios. De manera normal el Señor no nos puede hablar palabras claras e inteligibles a nuestra mente, pues, Él es Espíritu, por lo tanto nos hablará a nuestro espíritu. En otros artículos hemos dicho que la vía más pura para contactar a Dios es la vía del espíritu, lo cual podemos lograr mediante la oración contemplativa, que consiste precisamente en anular nuestro "momento presente psicológico". Mientras oramos contemplativamente nuestra mente debe limitarse a tener una conciencia suave de que estamos en Su Presencia, y nada más. El asunto es que al orar contemplativamente nuestro espíritu se edifica, pero no así nuestra mente, y es en este punto donde tiene importancia lo que llamaremos: "Lectura bíblica anagógica". El término "anagogía", dentro del concepto de la hermenéutica, es la interpretación con un sentido místico de los textos sagrados, por la cual se pasa del sentido literal al sentido espiritual. Se denomina "anagogía" también al sentimiento por el cual se considera que el alma se engrandece contemplando la divinidad y sus obras. Este es el sentido que tiene la "Lectura Bíblica Anagógica", trasladar el sentido natural de la Biblia a un sentido espiritual. Al adentrarnos a esta práctica seremos capaces de dejar pasar la luz de Dios a nuestra mente, podremos obedecer, estar atentos a Dios, y de esa manera nos convertiremos en Sus amigos.

Esta práctica de leer la Biblia anagógicamente cabe ya sea antes, o después de orar contemplativamente. El medio más seguro y objetivo para que el Señor nos diga lo que Él quiere que hagamos, lo hallaremos en la Biblia. Si nosotros leemos La Escritura y la hilvanamos con pensamientos espirituales, entonces, entenderemos lo que el Señor quiere que hagamos.

La única forma de privarnos de nosotros mismos, y prestar suma atención al deseo de Dios es a través de la lectura bíblica anagógica. Por ejemplo, si yo leo anagógicamente el pasaje de Filipenses 1:6 "estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo...". Yo puedo leer este verso y darme cuenta que el importante en este verso es Dios, pues, Él comenzó la buena obra, y por lo tanto, yo le creo que Él la va a terminar. Lo hermoso de leer la Biblia de esta manera es que allí no hay espacio para nuestras ambiciones humanas, pues, todo lo que leemos es en referencia a Cristo, Él es el centro de todo. Si entablamos una amistad con Dios, por medio de la lectura anagógica, nos estaremos privando de que prevalezcan nuestros gustos y deseos, lo único que prevalecerá es Su voluntad.

A nosotros nos cuesta ver que esto sea así porque nos gusta atestar a Dios de nuestros problemas personales. Hemos estado tan acostumbrados a decirle a Dios listas interminables de nuestras "necesidades", que lo que menos hacemos es prestarle atención a Él. Para nosotros el concepto de amistad es alguien que nos oye y nos apoya en todo lo que nosotros queremos, y viceversa. En Dios no es así, la amistad con Él está basada en aprender a escucharlo y en hacer todo lo que Él nos dice. Este concepto de amistad talvez es raro para nosotros, pero si queremos que el Rey del Universo nos considere Sus amigos, entonces, hagamos así.

Si cada mañana tenemos por costumbre unirnos a Dios mediante la oración contemplativa y la lectura bíblica anagógica, podremos tener la esencia de la Vida divina, y además podremos extender esa experiencia a nuestro vivir natural. Con toda libertad podemos apuntar lo que el Señor nos habla durante la lectura anagógica, y en el transcurrir del día podemos recordarlo. Yo le aseguro hermano que usted va a percibir los efectos de la Vida divina en su diario vivir al momento de recordar las palabras del Señor, y de ese modo, Cristo irá siendo Su vivir.

La clave para que Dios sea aprovechable en nuestro vivir natural es el mismo: “Que Él crezca y que yo mengüe”. En palabras del apóstol Pablo este principio es: “Ya no vivo yo, Cristo vive en mí”. Imagine esto de la siguiente manera: Si cada uno de nosotros fuera una casa, podríamos decir que el ente que vive allí es nuestro momento presente psicológico, es decir, la conciencia de nosotros mismos. Cuando el apóstol Pablo dice: “ya no vivo yo...” lo que deberíamos entender es que ya no es mi “yo” el que habita en esa casa, sino que ahora “Cristo” vive en ella. El Señor no quiere llegar a morar a nuestra casa como un huésped, o como un invitado, sino que Él quiere quedarse a vivir en lugar de nuestro “yo”. El resultado de este cambio de “habitante” en dicha casa es que ahora todo será a Su manera, Él va a decidir qué se hace y qué no se hace.

Si nosotros ejercemos fe y practicamos estas cosas, veremos un efecto transformador en nuestras vidas, poco a poco seremos liberados de nuestros programas emocionales, y llegaremos a ser amigos del Señor.

Apóstol Marvin Véliz

EL PODER QUE EJERCE EL SISTEMA DEL MUNDO SOBRE LA HUMANIDAD

Fecha de publicación 06/11/2017

El poder del diablo que hace violencia al Reino de los Cielos es el poder del mundo. Este poder es también usado por Satanás para complementarlo junto con la religión, pero en esta ocasión hablaremos de cómo el sistema mundanal esclaviza al hombre. A través de este poder el diablo también logra apartarnos de la Vida de Dios. Definamos “el mundo” como un sin número de formas de gobierno, necesidades y deseos que Satanás hace que imperen sobre la humanidad.

Parte del sistema del mundo son los gobiernos de las naciones. En el mundo han existido hombres que han sido verdaderos tiranos sobre los pueblos a los que gobiernan y muchos de ellos se han dado a la tarea de perseguir a los creyentes, incluso dándoles muertes dignas de lamentar. Podemos remontarnos a los tiempos de la Iglesia del principio donde los emperadores romanos tiraban a los creyentes a los circos romanos para que murieran como un espectáculo siendo devorados por bestias salvajes. Pero cualquiera que sea el gobierno que exista en un país, éstos han sido elaborados por el mismo diablo y al final causarán una persecución u opresión sobre los verdaderos hijos de Dios. Hoy en día vemos dictaduras, gobiernos comunistas, socialistas, capitalistas, etc. de algo podemos estar seguros: Satanás está en medio de todo esto con el fin de atrapar las almas de los hombres y esclavizarlos para que sean útiles a sus planes malévolos.

El sistema del mundo engaña tan fácilmente al hombre porque le hace creer que es libre, es más, el diablo ha tenido el cuidado de convertir la mayoría de los gobiernos en democráticos para hacerle creer al hombre que goza de sus derechos y libertad, sin embargo, toda la humanidad está esclavizada a Satanás por medio de los diferentes sistemas que gobiernan el mundo. Los únicos que tienen una puerta de escape ante el sistema del mundo son los que han nacido de nuevo y que se encaminan en pos de una patria mejor. El Señor Jesús dijo lo siguiente: Juan 17:14 “... no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. v:15 No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal”. ¡Aleluya! El Señor Jesús dijo que los suyos ya no son del mundo, quiere decir que los hijos de Dios son verdaderamente libres, también dice 1 Pedro 2:9 “Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os

llamó de las tinieblas a su luz admirable”; no sólo se han solventado nuestros pecados, si no que nos han cambiado la esfera de nuestra existencia, ya no estamos más bajo el poder de las tinieblas, estamos en luz.

Ahora bien, el problema del sistema del mundo es muy sutil hasta el día de hoy porque todo el tiempo que pasó desde Adán hasta Cristo, el diablo fue el dueño del mundo, porque aunque Dios no lo dispuso así, el hombre mismo le entregó al diablo el derecho que le correspondía de gobernar sobre todo lo creado. Por esta razón es que cuando el diablo tentó a Jesús, este fue su argumento. Lucas 4:5 Y le llevó el diablo a un alto monte, y le mostró en un momento todos los reinos de la tierra. v:6 Y le dijo el diablo: A ti te daré toda esta potestad, y la gloria de ellos; porque a mí me ha sido entregada, y a quien quiero la doy. El diablo tuvo potestad sobre todos los reinos de la tierra porque Adán se la entregó. Sin embargo, el postrer Adán lo vino a vencer. Cristo lo venció rotundamente y lo despojó de todo lo que originalmente le había sido dado al hombre. Hoy en día el diablo ya no posee nada porque todo le fue entregado a Cristo, sin embargo, continúa como un usurpador que no quiere entregar lo que ya no le pertenece, pero legalmente ya Cristo lo venció y le quitó todos sus derechos. En asuntos prácticos el diablo sigue siendo el dueño del mundo porque lo sigue usurpando desde su posición. Es como el caso de un inquilino, cuando el propietario de la casa en alquiler lo quiere sacar porque no paga, entonces viene el propietario y le presenta al inquilino la orden de desalojo emitida por el juez. Pero aún así el inquilino no se va a ir en ese mismo instante que han dado la carta, tendrán que pasar todavía ciertas cosas para que el inquilino desocupe la casa. Pues eso es lo que hace falta con el diablo, la Iglesia tiene que despojar al diablo de todo. Dice Efesios 1:19 “... Según la operación del poder de su fuerza, v:20 la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, v:21 sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; v:22 y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia”. Es la iglesia la que debe tomar posesión de lo que le pertenece a Cristo. Jurídicamente Cristo ya es Rey de Reyes y Señor de señores, solamente está esperando que la iglesia lo declare Rey aquí en la tierra como en los cielos.

Satanás continúa (desde su posición de usurpador) controlando al mundo, por lo tanto, este sistema se vuelve muy práctico para engañar al pueblo de Dios. Nosotros debemos caminar en el mundo, así como Abraham caminó en la tierra de Canaán. Abraham fue tan sensato en este punto, que cuando quiso enterrar a su esposa lo que hizo fue comprar una cueva en la tierra de Canaán, pues, aunque Dios ya se la había dado, y sabía que le pertenecía por la promesa, entendió que todavía no la había poseído. Nosotros estamos igual, todo lo que hay en este mundo le pertenece a Cristo Jesús, y por ende, a nosotros que somos Su cuerpo. Juntamente con Él somos los verdaderos y legales dueños de este mundo que habitamos. Pero aunque esto es cierto, hoy en día no podemos darnos el lujo de reclamar la tierra, pues seríamos hallados en necedad y locura. Vendrán los tiempos en que los justos poseerán la tierra, pero mientras eso no se da, vivamos en este mundo sabiendo que no somos del mundo. Hagamos de caso que vamos caminando por un terreno minado donde todo está preparado e inventado por Satanás mismo para derrotar a cuanto hijo de Dios le sea posible. Todo lo de esta tierra está dominado por ese poder diabólico. De esa cuenta podemos decir sin lugar a dudas que desde las cosas más sencillas, y las más hermosas que existen en el mundo, hasta las más desagradables y degeneradas, tienen impreso el autógrafo de Satanás.

A menudo pensamos que el mundo son sólo aquellas cosas que ponen en evidencia clara la obra de Satanás como la violencia, el alcohol, las drogas, la prostitución, etc. Pero debemos darnos cuenta que también las cosas como la educación, el intelectualismo, la medicina, etc. está también sellado y controlado por Satanás, esta es la astucia con la que él opera, que sea lo bueno o lo malo que hagamos estemos siempre enrolados en su poder maligno del mundo.

Hay muchos creyentes que vienen de llevar vidas licenciosas en el pecado y al encontrarse con el Señor dicen que ya no quieren vivir otra vez esa vida vacía y miserable que llevaron en los antros de

perdición del mundo, tienen temor de caer en los vicios en los que anteriormente se revolcaron, pero no se dan cuenta que el sistema mundanal se va refinando. Satanás sabe que a los creyentes ya no les agrada un mundo de perversidad, pornografía, homosexualismo, asesinatos, etc. Pero lo tremendo es que no se dan cuenta que vienen a caer presos del diablo cuando este les presenta el mundo de una manera muy distinta a las bajas pasiones en las que antes vivían. Muchas veces “el mundo” viene a ser las necesidades y los deseos que brotan en el mismo hombre. Cualquiera pensaría que el trabajo no tiene nada de malo, cualquiera cree que la educación es tan necesaria y como muchos piensan equivocadamente: “entre más preparado sea alguien, mejor le va a servir al Señor”, algo que es totalmente falso (lo dice 1 Corintios 3:18). Pero así, hay muchas cosas que son tan normales en la vida, que no nos damos cuenta que en su momento son instrumentos del diablo para separarnos de la vida del Señor y lo peor es que gradualmente volvemos a ser esclavos suyos.

Satanás tiene diversidad de operaciones para desviarnos de un encuentro con el Señor, porque sabe que cada vez que nos encontramos con Dios, nosotros vivimos. Entonces, su sistema lo que persigue es alejar a los hombres de esa Vida divina; lo triste es que muchas veces perdemos la Vida por cosas aparentemente “buenas”. El diablo sabe que si una cantina es suficiente para alejar a un hombre de Dios, seguro que (el diablo) le pondrá eso en el camino; pero si eso no es problema para alguien, pues él inventará algo más en su sistema con el fin de alejarlo de la comunión con Dios. Todo lo del mundo está diseñado para que el hombre esté fuera del contacto con Dios.

Terminemos leyendo un pasaje de la Biblia que prácticamente resume lo que hemos compartido. Dice 1 Juan 2:15 “No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. v:16 Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. v:17 Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre”.

Apóstol Marvin Véliz

¿ES CORRECTO CREER QUE LA JUSTICIA POR FE INVALIDA LA LEY?

Fecha de publicación 13/11/2017

Gálatas 3:24 De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe.

Romanos 10:4 porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree.

Romanos 3:20 ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado.

¿Para qué sirve la ley? Para saber la calidad de pecado que usted tiene. Sin la ley de todos modos usted es un mentiroso, pero si la ley no dijera qué es la mentira, usted no podría clasificar su pecado. Si un hombre se siente atraído por otro hombre, la ley lo clasifica como un homosexual; si un hombre desea a la mujer ajena, la ley le da a conocer su adulterio, en fin, la ley etiqueta cada uno de los pecados que los hombres puedan tener. Es por eso que el apóstol Pablo dice en Romanos 3:21 “Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas”; Pablo nos dice claramente que la ley no puede hacer justo a nadie, al contrario, lo condena; pero hay

una justicia aparte de la ley atestiguada por la ley y los profetas. ¿Cuál es esa justicia? Es lo que dice Romanos 3:22 “la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia, Verso: 23 por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, Verso: 24 siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, Verso:25 a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, Verso:26 con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús”. Que nos quede claro que la justicia del Nuevo Pacto es aparte de la ley, en otras palabras, para obtener justicia delante de Dios debemos hacer a un lado la ley. El Señor Jesús nos justifica pero no en la ley, porque en la ley nadie puede ser justificado.

El apóstol Pablo sigue aclarándonos más este asunto, dice en el v:27 “¿Dónde, pues, está la jactancia? Queda excluida”. Es obvio, ¿De qué se puede jactar usted? ¿Acaso no lo justificaron por fe?, ningún ser humano ha sido justificado por bueno, Dios no justifica a nadie por buenas obras, sino porque Él es grande, y Él lo declaró justo a usted a pesar de lo pecador que es, ¿Por cuál ley? ya no por la ley que dice: “haz esto y vivirás”, sino por la ley de la fe, la cual dice: “a todo el que cree sus pecados le son perdonados”. ¡Aleluya!

Romanos 3:28 “Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley. v:29 ¿Es Dios solamente Dios de los judíos? ¿No es también Dios de los gentiles? Ciertamente, también de los gentiles. v:30 Porque Dios es uno, y él justificará por la fe a los de la circuncisión, y por medio de la fe a los de la incircuncisión. v:31 ¿Luego por la fe invalidamos la ley?” Quizás la mayoría de nosotros contestaríamos que sí a esta pregunta del v:31, porque creemos que sólo se trata de quitar una cosa y poner otra; pensamos que Dios hizo como nosotros cuando estábamos jóvenes, especialmente los varones, terminábamos todos sucios de jugar fútbol y no nos bañábamos, sólo nos cambiábamos ropa y listo, ya éramos otros. Nosotros pensamos que este asunto de quitar la ley fue solamente como darle vuelta a un calcetín, pero eso no es así, Dios hizo mucho más para poder dejar a un lado la ley con miras a justificarnos. No deberíamos concluir de manera simplista que por la fe anulamos la ley.

Prestemos atención a lo que dice el apóstol Pablo en el v:31 “En ninguna manera, sino que confirmamos la ley”. ¿A qué se refiere esto? A que la ley tiene tres características: Es Justa, Santa y Buena. Ahora bien, ¿qué manifiesta alguien que vive por el Espíritu? Justicia, Santidad y Bondad, entonces, ¿Acaso la Vida de Cristo no confirma la ley?. Para poder entender mejor esto leamos Romanos 13:9 “Porque: No adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás ¿Quién dice esto? La ley, y cualquier otro mandamiento, en esta sentencia se resume: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. v:10 El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor”. ¿Cómo cumplimos entonces esencialmente la ley? ¡Amando a Dios y a nuestros hermanos! Estas palabras se relacionan con lo que dice Mateo 5:18 “Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido”. ¿En quienes se ha de cumplir la ley? En nosotros, y ¿Cómo la vamos a cumplir? Amando a nuestro prójimo.

Para terminar démosle explicación a un pasaje muy conflictivo en torno a este tema de la ley y la fe. Dice Mateo 5:20 “Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos”.

Este verso si es de los más aflictivos, porque el Señor no dijo: “tal vez no entraréis en el reino de los cielos”, aquí dice claramente que si nuestra justicia no supera la de estas personas ¡seguro que no entraremos en el Reino de los cielos!.

Ahora bien, lo que tenemos que ver es a qué se refería el Señor al mencionar la justicia de los escribas y los fariseos, pues, esa es la tarifa que debemos superar. El Señor Jesús dedicó todo Mateo 23 para hablar de la doctrina de los escribas y los fariseos, en ese capítulo de la Biblia vemos que Él fue muy enérgico y fuerte con ellos. Realmente el Señor se peleó más con los fariseos que con el diablo; cuando miraba endemoniados, echaba fuera los demonios y se acababa, pero los fariseos fueron sus enemigos por excelencia.

¿Por qué el Señor dijo que teníamos que superar la justicia de los escribas y los fariseos?

Porque la justicia que los fariseos buscaban no era por fe, sino por las obras de la ley. Ellos jamás entendieron que la ley les decía: “haz esto para que te des cuenta que no puedes cumplir la ley”, ellos jamás entendieron que la ley estaba puesta como una medida insólita, para que el cuerdo, el normal pudiera darse cuenta que no era posible cumplirla. Es como que yo le dijera a alguien: “Te vas a ir a la eternidad si eres capaz de brincar hasta tocar ese techo que está a diez metros de altura”. Será algo ¡Imposible! Nadie puede saltar esa altura por sus propios medios.

Dios, a través de la ley, le puso una tarifa al pueblo de Israel, Él les dijo: “el que haga todo eso vivirá”, y además, también les advirtió que todo aquel que fallara en algo iba a morir. Cada uno de ellos asumió el reto, todos a una voz dijeron: “Amén, la cumpliremos”, ellos trataron de vivir así y el resultado fue la muerte. Sólo una minoría de los hijos de Israel vivieron humillados sabiendo que cumplir la ley era imposible, por eso todos los años iban con fe a sacrificar animales para que el Señor los perdonara, porque sabían que no podían cumplir las demandas del Antiguo Pacto.

¿Cuál es, entonces, la justicia de los fariseos que debemos superar?

1.- Pretender que podemos cumplir la ley. Si usted todavía sigue creyendo que por sus fuerzas puede seguir cumpliendo la ley, es un fariseo del siglo XXI. Que nos quede claro que nadie será justificado por las obras; El que todavía piensa de esa manera no entrará al Reino de los cielos.

2.- Creer que una vida natural bien disciplinada podría alcanzar la medida de Dios. Muchos creyentes piensan de esta manera hoy en día, los tales dicen: “yo reconozco quien soy, sé que soy un pecador, pero me voy a proponer cambiar... sé que puedo”. Hermanos, si no dejamos estos rudimentos de justicia como la de los fariseos, jamás entraremos en el reino de los cielos.

Hermanos, seamos perspicaces para entender lo que es la justicia por la fe, y el hecho de que no podemos anular la ley por la fe. No debemos creer que porque ya no hay ley, ya no hay adulterio, ya no hay mentiras, ya no hay fornicación, eso no es así. El Señor Jesús dijo: “cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos”. La ley no es para que la anulemos, es solo para que recordemos que no dependemos de ella para efectos de Vida, pero eso no quita que ella nos explica el carácter justo, santo y bueno de Dios.

Apóstol Marvin Véliz

EL AMOR Y LOS DONES: DOS COMPONENTES QUE DEBEN TENER LAS REUNIONES DE IGLESIA

Fecha de publicación 20/11/2017

Dice 1 Corintios 14:1 “Seguid el amor; y procurad los dones espirituales, pero sobre todo que profeticeis”. Con este verso el apóstol Pablo está amalgamando lo que viene diciendo desde 1 Corintios 11:17 donde él exhorta a los hermanos a que tengan cuidado cuando se reúnen para participar de la comunión y la cena del Señor, con lo que dice acerca de los dones (1 Corintios 12), junto con el famoso capítulo del amor (1 Corintios 13), y luego lo amalgama todo diciendo: “Seguid el amor; y procurad los dones espirituales...”. Lo que el apóstol Pablo nos está enfatizando es que las reuniones de Iglesia deben estar abiertas para que se puedan dar el amor y los dones, ya sea que éstas sean más abiertas, o más diversas. Si pensamos en una Iglesia “niña”, conformada por pocos creyentes, y en su mayoría hermanos recién convertidos al Señor, posiblemente los dones sea escasos pero eso nunca esto debe ser excusa para que entre ellos no exista el amor. Lo más grande de todo es el amor, por lo tanto, aunque la Iglesia carezca de dones, y de hombres dotados por el Espíritu con algún ministerio, ésta debe subsistir con el amor. Ahora bien, el apóstol Pablo también dice que deseemos ardientemente los dones espirituales. Lo que él nos quiere decir es que si bien es cierto, lo mejor es el amor, eso no quiere decir que no debemos anhelar los dones del Espíritu.

Yo les pregunto: ¿Hermanos, se prestan sus reuniones para el amor?, ¿Se prestan sus reuniones para el fluir de los dones? Note que sólo este verso de 1 Corintios 14:1 ya nos confronta y nos muestra que las reuniones tienen que ser variadas. Sólo al leer estas palabras nos podemos dar cuenta que al menos deben de haber dos tipos de reuniones, una en la que se pueda manifestar el amor, y otra donde se puedan manifestar los dones, o reuniones donde ambos componentes tengan su lugar.

Las reuniones de las Iglesias locales no deben ser rígidas, ni esquemáticas, sino deben ser variadas, según el Espíritu guíe a los hermanos de la localidad. Por favor, hermanos, no se conviertan en Iglesias con carismas del Espíritu pero frívolas en cuanto al amor, porque eso no refleja a Cristo. Yo les exhorto a que hagan conciencia de cómo están desarrollando sus reuniones, sobre todo las Iglesias donde existe un cuerpo de ancianos. No hagan de las reuniones eventos formalistas, cargados de religiosidad, carentes de los espacios para el amor y el servicio hacia los santos. ¡Qué bueno! si la Iglesia local tiene una plataforma donde los santos se puedan demostrar el amor los unos a los otros. No se apresuren los directores a cortar el fluir de la hermandad y el amor, sino dejen que sea lo que predomine en las reuniones. No menospreciemos los momentos en los que nos sentamos a comer y a compartir con los hermanos, porque eso es de gran valor para Dios. Si predominantemente mantenemos una plataforma donde practiquemos el amarnos los unos a los otros en las reuniones, la Iglesia se desarrollará saludablemente, pues, habrá edificación. Los religiosos entran en conflicto con estas cosas porque siempre piensan en un tiempo de alabanza cargado de musicalidad, luego las prédicas, el aseo del local, etc. Hermanos, la base de las reuniones de Iglesia no deben ser los dones, sino el amor; busquemos los espacios para cultivar el amor entre los hermanos. No me pregunten qué hacer, ni cómo hacer estas cosas; cada Iglesia local debe intuir de parte del Señor lo que debe, y cómo lo debe realizar.

Hermanos, tengan cuidado de que las reuniones no se presten sólo a los testimonios, a las largas listas de coros, etc. sino que las reuniones permitan el estímulo de los dones que Dios le ha dado a cada creyente. Yo exhorto a aquellos que tienen dones a que tomen la delantera, para que los que no tienen los anhelan; los que deben tomar la delantera son los que tienen el don de hablar, específicamente los profetas. Si yo le digo a un hermano que escriba algo, seguramente él va a escribir con la mano que tenga más apta; si es derecho va a escribir con la mano derecha, y si es zurdo, va a escribir con la izquierda. Es ilógico que una persona que es derecha, se auto obligue a escribir con la mano izquierda, o viceversa. Igual es en el Cuerpo de Cristo, no deben de predicar los hermanos que no tienen el don, sino aquellos que sí lo tienen.

Yo encomiendo a cada Iglesia a que abran los espacios para que en sus reuniones florezca el amor y los dones. Si alguien no tiene un don “específico” en la palabra, que dé amor, que sirva a los hermanos y que comparta algunas palabras en la medida que el señor le da algo y en la medida que puede expresarlo, no solo con un mensaje largo y bien trazado se puede profetizar de parte del señor, eso es hacerlo en la medida que Dios le da a cada uno. No nos compliquemos en el tema de los dones, el que tiene el don, seguro fluirá y aportará bendición a la Iglesia en su área; el que no tiene el don bien hará en recibir bendición de otros. Hermanos, nadie debe ser imprudente de participar en las reuniones fuera del don que Dios le ha dado. Cada uno debe participar conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno. La cabeza de la Iglesia es Cristo, si Él quiere que usted participe, pues, hable en la reunión lo que Él quiere que usted diga; pero si Él no lo impulsa a hablar, mejor manténgase en silencio, aportando un ¡Amén! a lo que Él quiso decir a través de alguien más y quédese atento a que Dios le muestra como aportar algo para la edificación de los demás.

¡Dios les bendiga!

Apóstol Marvin Véliz

CÓMO TENER UNA VIDA NATURAL CAPAZ DE PRESERVAR LA EXPERIENCIA CON LA VIDA DIVINA.

Fecha de publicación 27/11/2017

Nadie tiene la capacidad de pasar veinticuatro horas atendiendo las cosas de Dios, ni siquiera los que vivimos del Evangelio; todos tenemos alguna ocupación en la carne, me refiero con ello a trabajo, familia, necesidad de descanso, etc. En lo personal, para mí fue un conflicto tener un día de descanso, pues, ese día casi siempre planeábamos salir a pasear con mi familia de modo que no estudiaba de manera normal la Biblia, y todo el día trataba de andar recordando algún pensamiento para no sentirme tan “desconectado” de Dios. En algún tiempo de mi vida recuerdo que me hice unas tarjetas con versículos bíblicos para andarlos repitiendo y memorizando en mis tiempos libres. Otros en ese afán han caído en el error de hacer de Jesús su amigo imaginario; éstos andan en la calle manejando, y de repente dicen: “Qué tremendo está el tráfico Señor Jesús, ya va a pasar, dame paciencia...” De modo que por tratar de no desconectarnos de la Presencia del Señor, sólo caemos en un misticismo religioso carente de la Vida divina. Nadie puede prescindir de vivir naturalmente, ni siquiera la gente que se dedica a vivir “monásticamente”, aún ellos en mucho tienen que hacer cosas naturales. ¿Cómo podemos hacer entonces para extender la experiencia de la Vida de Dios a nuestra vida natural en la carne? Trataremos de encontrar respuesta a esta interrogante.

Dice 1 Juan 1:1 “Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida”. Este principio es diferente al que vemos en el Evangelio de Juan 1, pues, aquel “principio” se refiere a la inhabitación divina, a lo que existía antes de lo creado. En cambio, el principio del que nos habla la primera carta del apóstol Juan se refiere al momento en que el “Verbo se hizo carne”, es decir, a partir de que Cristo nació en Belén.

Luego dice 1 Juan 1:2 “porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó”. Este contexto también es diferente a lo que dice el Evangelio de Juan, pues, allá el apóstol dijo: “En Él estaba la Vida...”, mientras que en esta carta dice: “La Vida fue manifestada...”.

Esta “Vida manifestada” nos la explica de mejor manera el Evangelio de Juan 1:14 “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de

gracia y de verdad”. Este verso es correlativo con 1 Juan 1:2. En este pasaje el apóstol Juan ya no nos habla de la esencia de la Vida, ni de un asunto puramente espiritual, sino de una Vida divina que se manifiesta, de una Vida a la que podemos acceder por medio de los sentidos naturales. Este verso nos hace referencia a lo que podemos ver, oír y tocar con referencia a la Vida, ya no se trata de un ambiente devocional, sino de una Vida que está con nosotros, que camina con nosotros, y que vive con nosotros.

Cuando el apóstol Juan dice: “el Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros, y vimos Su gloria...” nos está hablando de contemplar la grandeza de Dios en la esfera de lo natural. Esta revelación que nos da el apóstol Juan es gloriosa porque primero nos dice que podemos acceder a la Vida Divina por medio de la contemplación, y luego nos dice que podemos extender la experiencia de la Vida divina a nuestra existencia natural. El apóstol Juan nos relata su experiencia con la Vida manifestada, es decir, con el Verbo hecho carne; él dice que lo veía todos los días, caminaba con él, comía con Él, dormía con Él, trabajaba con Él, toda Su Vida llegó a estar con Él. Para los apóstoles la experiencia con la Vida no fue un asunto de una, o dos veces a la semana, para ellos la Vida fue una experiencia continua.

Yo no entendía la profundidad de las palabras que dijo Juan: “El Verbo se hizo carne”, hasta que el Señor me dijo un día: “Aprovecha la palabra que se hace experiencia (o que se hace palpable)”. Yo le pregunto: ¿Qué factor hizo posible que los discípulos amalgamaran su vida natural con la Vida divina? Dicho factor fue el Verbo hecho carne. Ellos tuvieron la oportunidad de caminar con Jesús, es decir, con el Verbo hecho carne, por lo tanto, la palabra habitó entre ellos. Nosotros ya no tenemos tal oportunidad de ver la Vida manifestada al nivel de lo que vivieron los apóstoles, sin embargo, tenemos la palabra del Señor la cual se puede hacer carne para nosotros.

¿Qué medio tenemos nosotros hoy en día para amalgamar nuestra vida natural con la Vida divina? La palabra de Dios. Para poder ser más objetivos y específicos, usemos un nombre que nos de más claridad y ubicación al respecto. Quiero usar el término: “Lectura Bíblica Anagógica”. A esta práctica el hermano Witness Lee le llamó “el orar-leer”, y los hermanos de antaño le llamaron “la lectio divina”. Este último nombre hace buena referencia a la práctica que quiero enfatizar, pues, el sentido de esto es una lectura donde se escucha la palabra de Dios en las Sagradas Escrituras con mucha atención y devoción. Otro concepto de “la lectio divina” es escuchar la palabra de Dios en Las Escrituras para profundizar nuestra relación con Dios a nivel de reflexión y de oración espontánea.

Yo quiero utilizar el nombre de “Lectura Bíblica Anagógica”, no porque considere inapropiados los términos que otros hermanos usan, sino porque deseo imprimir en estas palabras lo que el Señor me ha revelado al respecto. El término “anagogía”, dentro del concepto de la hermenéutica, es la interpretación con un sentido místico de los textos sagrados, por la cual se pasa del sentido literal al sentido espiritual. Se denomina “anagogía” también al sentimiento por el cual se considera que el alma se engrandece contemplando la divinidad y sus obras. Este es el sentido que tiene la “Lectura Bíblica Anagógica”, trasladar el sentido natural de la Biblia a un sentido espiritual. Al adentrarnos a esta práctica seremos capaces de dejar pasar la luz de Dios a nuestra mente para convertirla en palabras de Vida y nutrición para nosotros.

Todos los hombres de Dios que han profundizado en la comunión con Dios, terminan haciendo hincapié en la oración contemplativa y en la lectura de la Biblia que los conecta con Dios. En estas dos cosas estriba la práctica de la contemplación. Si usted lee libros donde se hablen de estas cosas, se dará cuenta que todos enfocan un tiempo de silencio delante de Dios, y un tiempo de lectura bíblica de manera anagógica. Lo primero nos lleva a la Presencia pura con Dios, y lo segundo nos permite extender esa comunión espiritual a nuestra vida natural.

Cuando hago referencia a la lectura Bíblica Anagógica, no estoy pensando en una simple lectura, ni en el estudio de cierta doctrina, y mucho menos en la práctica de la memorización. La palabra no nos aprovechará para nada como experiencia de Vida si sólo lo hacemos a nivel mental. Ahora bien, si nosotros leemos la Biblia anagógicamente, y por medio de lo que leemos, Dios nos da nuestro maná, tendremos ese beneficio durante todo el día con sólo recordar lo que el Señor nos dio.

En cuanto a esto les doy un consejo: “No traten de guardar esta palabra para el día siguiente”, cada día Dios quiere darnos algo fresco. Por supuesto, podemos anotar la palabra que Dios nos habló y guardarla para luego compartirla con los hermanos a manera de doctrina, pero como experiencia de Vida, el Señor quiere darnos una porción de Su palabra día a día.

La lectura bíblica anagógica nos permite extender la experiencia de la Vida divina a nuestro vivir natural. Pueda que durante el día, en unos minutos de descanso hagamos memoria de lo que el Señor nos habló, y seguramente eso se puede convertir en experiencia, en fortaleza, en ánimo para nuestro ser. Esto es vivir contemplativamente, así trasladamos la esencia pura de la Presencia de Dios, a nuestro vivir natural.

Apóstol Marvin Véliz

EL EVANGELIO DIFERENTE ES AQUEL QUE SE ALEJA DE LA PERSONA DE CRISTO.

Fecha de publicación 04/12/2017

Dice Gálatas 1:6 “Me maravillo de que tan pronto hayáis abandonado al que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente.” Este verso nos deja ver, efectivamente, que nuestro Evangelio puede tornarse en algo diferente. Si bien es cierto, el Evangelio es único e inamovible, nosotros los humanos lo podemos hacer vulnerable, por ende, lo podemos torcer y convertir en algo diferente.

Filipenses 4:9 “Lo que también habéis aprendido y recibido y oído y visto en mí, esto practicad, y el Dios de paz estará con vosotros”.

Dios es incondicional para con nosotros en cuanto a ser nuestro Padre y tratarnos como Sus hijos, pero hay una condicionante para que Dios esté con nosotros. Una versión traduce este último verso de la siguiente manera: “practiquen todas las enseñanzas que les he dado, hagan todo lo que vieron hacer y me oyeron decir, y Dios que nos da Su Paz, estará con ustedes siempre”. En este verso el apóstol Pablo está diciendo que si los creyentes son capaces de poner por obra lo que aprendieron y vieron de él, Dios iba a estar con ellos. Este verso es el antídoto que debieron tomar los Gálatas para no vivir un Evangelio diferente, y no que hubiera otro, sino que algunos lo pervirtieron y lo desvirtuaron. Ahora, la gran pregunta que yo le hago es la siguiente: Si los gálatas tuvieron el conflicto de desviarse del Evangelio, en aquel tiempo, en el cual lo recibían directamente de los apóstoles del Señor, ¿cuál es el Evangelio generacional que tenemos en este tiempo?

No busquemos victimarios en este tiempo, porque todos en alguna manera hemos sido víctimas de la generación en la que nos tocó vivir; sean ministros, líderes o cualquier hermano que sea parte del Cuerpo de Cristo, todos hemos sido víctimas de un Evangelio que se fue torciendo con el pasar del tiempo. Yo les invito a todos a revisar un poco la historia de la Iglesia, y se darán cuenta que ni siquiera nuestros maestros en la fe pudieron comprender el Evangelio del Señor porque aún ellos ya nacieron cuando el Evangelio estaba en oscurantismo.

Todos los que han tratado de edificar la Iglesia en esta generación en la que vivimos, lo han hecho suponiendo que su evangelio está bien, sin embargo, no se han percatado que están mal. Algunos piensan que no tienen conflicto con su evangelio porque han logrado rectificar algunas doctrinas, sin darse cuenta que la esencia del Evangelio no estriba en doctrinas.

Yo no pretendo darle claves de cómo darle avivamiento a la Iglesia muerta, tradicional e institucional en la que crecimos. La Iglesia no necesita ritos o doctrinas diferentes, mejor dejemos esa Iglesia tradicional así como está. El cambio sustancial de la Iglesia no lo marcará el cambio de la doctrina. Muchos de nosotros venimos de un ministerio, que una de sus cualidades principales fue renovar la doctrina que tradicionalmente se había escuchado en Guatemala, sin embargo, eso no cambió nuestro Evangelio, ni tampoco nos dio una experiencia de la Vida divina en el interior. Las doctrinas no son malas, al contrario, debemos aprenderlas y perfeccionarlas; pero el simple hecho de saber más, no nos da una mejor Vida en el Señor. El Evangelio que Cristo pregonó no depende en esencia de la doctrina, sino de la Vida que es Él mismo.

Recuerdo que cuando yo conocí al Señor, empecé mis primeros años perseverando en el movimiento de los presbiterianos, (soy específico al decirlo porque no lo hago por criticar, sino por relatar mi testimonio), al año de haberme convertido sentí el impulso del Señor de salir a predicar a las calles con otro amigo. En una de esas ocasiones, me vieron unos hermanos de Elim, quienes se maravillaron de verme predicando siendo yo muy joven. Nos conocimos, empezamos a platicar, y de manera pronta, me preguntaron si ya había recibido el bautismo del Espíritu Santo. La doctrina de ellos era que sólo los bautizados en el Espíritu Santo podían predicar, y que la evidencia de haber sido bautizados en el Espíritu era hablar en otras lenguas. Yo les contesté que ni siquiera sabía que existía tal bautismo en el Espíritu Santo, así que ellos me invitaron a una reunión en las que se oraba para recibirlo. Al preguntarle a los hermanos presbiterianos sobre el asunto, ellos me dijeron que esa doctrina era una herejía, que eso no era así. Yo inquietado por lo que aquellos hermanos me dijeron, me animé a ir a una de esas reuniones. Al llegar a aquel lugar, vi aquel movimiento pentecostés entre los hermanos y a muchos otros que, definitivamente, no tenían el don de lenguas y estaban orando para recibirlo. Yo me ubiqué entre los hermanos que no tenían el don de lenguas y de reojo miraba a algunos hermanos que decían repetidas veces la palabra “alabanza”, por lo que deduje que había que hacer eso y en algún momento en el que se tragara la lengua iban a fluir las lenguas. Intenté hacer eso pero de repente llegó un hermano de los mayores que estaban allí y me dio un golpe en la cabeza, y me advirtió muy molesto que no volviera a hacer eso porque no venía así el “bautismo en el Espíritu Santo”. Pasó mucho tiempo hasta que un día Dios me concedió hablar genuinamente en otras lenguas, lo cual practico hasta el día de hoy.

Siendo honesto, el don de lenguas no me cambió en lo más mínimo, seguí siendo el mismo, no obtuve ninguna transformación por hablar en otras lenguas. Con el pasar de los años, leyendo la Biblia me di cuenta que el don de lenguas no era el Bautismo en el Espíritu Santo, sino sólo es el más pequeño de todos los dones que Dios le puede dar a alguien. Según el apóstol Pablo, ese don era tan inferior que advirtió a la Iglesia de Corinto que mejor no hablaran nada en la iglesia si no había nadie que las interpretara, porque es un don para edificación del espíritu, teniendo en cuenta que aún la mente (de la misma persona que las habla) puede quedar sin fruto ante tal experiencia. Ahora entiendo que el Bautismo en el Espíritu Santo no es lo que yo entendí en aquel tiempo; doctrinalmente tengo claro que las lenguas no son el Bautismo, ni la evidencia de haber recibido el Espíritu Santo. Yo puedo sostener con la Biblia que el Bautismo en el Espíritu Santo es el acto mismo de ser introducidos en el Cuerpo de Cristo desde el día que conocemos al Señor. Dice 1 Corintios 12:13 “Pues por un mismo Espíritu todos fuimos bautizados en un solo cuerpo, ya judíos o griegos, ya esclavos o libres, y a todos se nos dio a beber del mismo Espíritu”.

Alabo a Dios por el entendimiento que me ha dado en este tiempo con respecto a una doctrina tan trascendental como el bautismo en el Espíritu Santo, pero quiero decirles que ni siquiera la doctrina

más pura es capaz de cambiar el interior de nadie. Hermanos, el que está sucio en su interior no necesita doctrina pura para ser transformado, lo que necesita es el fluir de la Vida.

Hay algo que debemos de entender, el Antiguo Pacto comenzó con un decálogo, con leyes que reflejaban el corazón mismo de Dios, pero tales formalismos sólo sirvieron para que se dieran cuenta de lo sucio que tenían en el interior. Por el contrario, el Nuevo Pacto arrancó con la persona misma del Señor, por eso Él dijo: “Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí. Asimismo tomó también la copa, después de haber cenado, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre...”(1 Corintios 11:24–25). ¡Aleluya! El Nuevo Pacto es Él.

Apóstol Marvin Véliz

DEBEMOS HACER DEL DINERO UN INSTRUMENTO Y NO UN FIN.

Fecha de publicación 11/12/2017

Lucas 16:1 “Dijo también a sus discípulos: Había un hombre rico que tenía un mayordomo, y éste fue acusado ante él como disipador de sus bienes. v:2 Entonces le llamó, y le dijo: ¿Qué es esto que oigo acerca de ti? Da cuenta de tu mayordomía, porque ya no podrás más ser mayordomo. v:3 Entonces el mayordomo dijo para sí: ¿Qué haré? Porque mi amo me quita la mayordomía. Cavar, no puedo; mendigar, me da vergüenza. v:4 Ya sé lo que haré para que cuando se me quite de la mayordomía, me reciban en sus casas. v:5 Y llamando a cada uno de los deudores de su amo, dijo al primero: ¿Cuánto debes a mi amo? v:6 Él dijo: Cien barriles de aceite. Y le dijo: Toma tu cuenta, siéntate pronto, y escribe cincuenta. v:7 Después dijo a otro: Y tú, ¿cuánto debes? Y él dijo: Cien medidas de trigo. Él le dijo: Toma tu cuenta, y escribe ochenta. v:8 Y alabó el amo al mayordomo malo por haber hecho sagazmente; porque los hijos de este siglo son más sagaces en el trato con sus semejantes que los hijos de luz. v:9 Y yo os digo: Ganad amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando éstas faltan, os reciban en las moradas eternas. v:10 El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto. v:11 Pues si en las riquezas injustas no fuisteis fieles, ¿quién os confiará lo verdadero? v:12 Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo que es vuestro? v:13 Ningún siervo puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas”.

La historia anterior es sencilla y no requiere demasiada explicación para entenderla. En síntesis el amo elogió al mayordomo porque aprovechó de las riquezas que administraba para poder granjearse favores con otros cuando ya no estuviera mas en esa administración. El Señor aprovechó esta narración para darnos una grandísima enseñanza en cuanto al dinero, porque dice el v:9 “... Ganad amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando éstas faltan, os reciban en las moradas eternas”. Hablar de riquezas injustas no es sinónimo de riquezas mal habidas. Las riquezas injustas son cualquier tipo de riqueza que surja de este mundo. ¿Por qué injustas? Porque no le pertenecen a Dios propiamente, sino al sistema de Satanás. Lo que usted tiene en su bolsillo es una riqueza injusta porque proviene del sistema del mundo. El Señor en una ocasión tomó una moneda y dijo claramente “... dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios”. (Mateo 22:21). En otras palabras, el dinero no es de Dios pero aunque no sea de Él, podemos hacer mucho a favor nuestro por medio de él. Ganémonos a Dios por medio de las riquezas injustas para que cuando termine todo en esta tierra, tengamos tesoros allá en los cielos.

Ahora bien, dice también Lucas 16:11 “Pues si en las riquezas injustas no fuisteis fieles, ¿quién os confiará lo verdadero? v:12 Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo que es vuestro?”. Estas palabras son serias hermano. El reino venidero será confiado sólo a aquellos que mostraron fidelidad a Dios por medio del dinero, por eso dice “si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo que es vuestro?” Queda claro que el dinero es algo “ajeno”, o sea no es de Dios, pero tampoco es suyo, en realidad es de Satanás, es del sistema del mundo. Día a día y mes a mes todos podemos darnos cuenta que el dinero viene y de igual forma se va nuevamente. Las riquezas son tan ajenas que, aún su casa, la cual usted ha pagado toda su vida con grandes esfuerzos, si un día usted se da cuenta que debajo de su casa hay petróleo, no crea que usted puede decir “ya me hice millonario”, por ley, automáticamente el gobierno lo puede sacar de su casa, y ese día tendrá que decirle adiós a todos sus años de trabajo. De igual forma si llega a haber una guerra, un terremoto, un incendio, etc. usted puede perder su casa en cualquier momento porque eso no es suyo, es algo “ajeno”. En realidad nada de este mundo es nuestro, lo único que sí podemos decir que es nuestro y que es grande y eterno es Dios.

En esta vida nos pasará como sucede con ese juego llamado MONOPOLY, los que lo han jugado se ubicarán bien con este ejemplo. El juego consiste que al inicio del juego el banco les reparte a todos la misma cantidad de dinero, y según lo que cada quien va negociando durante el juego, unos terminan perdiendo su dinero y sólo uno es el que se queda con todo, sin embargo, aún el que ganó todo, al final entrega todo para poder volver a iniciar una nueva partida. Así nos ocurre en esta vida, aún el que más acumule riquezas, un día el Señor le va a decir: “se acabó su tiempo en este mundo, entregue todo y despídase de Satanás y su sistema ” ¿Qué le quedó? Nada, a menos que usted haya aprendido a invertir adecuadamente en el cielo.

Las riquezas de este mundo ahora están y dentro de un tiempo pueda que ya no estén, así que mientras estén, aprovechemos cuanto podamos para ganarnos el corazón de Dios por medio de ellas. Hermano, cada centavo que usted tiene es injusto y no porque lo haya obtenido por medios ilícitos, si no porque es del sistema de Satanás; la única forma de purificarnos de eso es usándolo para ganarnos el corazón de Dios. Dios ve todo lo que hacemos y le aseguro que no pasará desapercibido si gastamos el dinero en lo que concierne a Su Reino. Como dice Hebreos 6:10 “Porque Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre, habiendo servido a los santos y sirviéndoles aún”. ¿Cree usted que Dios se va a olvidar de lo que hacemos por Él? Dios no es injusto para olvidarse de nuestro servicio a Él. Él se acordará de todo aquello que hagamos para Él.

Yo le invito a que salga aprobado con las riquezas injustas, ¿Cómo logramos esto? Dando, repartiendo, y ofrendando... yo le animo a que sea dadivoso. Le puedo decir algo con todo mi corazón, por mi experiencia me he dado cuenta que cuando aprendemos a dar, el Señor nos da más. ¿Sabe por qué? No porque Dios nos esté pagando, sino porque quiere que sigamos administrándole lo de Él conforme a Su voluntad.

Déjeme explicarle esto con dos ejemplos: A Dios le place darle mi dólares al hermano “fulano”, pero lo que él hace con el dinero es guardarlo íntegro en el banco como su real tesoro; Por otro lado, a Dios también le place darle al hermano “Mengano” mil dólares, sólo que él da sus diezmos, ofrenda, pero también se da cuenta que hay un hermano con necesidad y le da algo de dinero, y así, aporta para otras cosas más de la Iglesia, y aparte de eso, él puede disfrutar la bendición de Dios. Le pregunto: ¿Qué le tuvo más cuenta a Dios, haberle dado mil dólares al hermano “fulano”, o haberle dado igual cantidad de dinero al hermano mengano? La respuesta es obvia, a Dios le será de mayor beneficio darle dinero al hermano “mengano”, porque él usó ese dinero para el avance del Reino de Dios, se ocupó de los pobres, dio sus diezmos y sus ofrendas, en fin, se interesó en primer lugar por lo de Dios, mientras que el hermano “fulano” acaparó todo para sí mismo. Si usted quiere que el Señor lo

prosperare, una buena técnica es que empiece a dar para el Señor y los intereses de Su Reino. Con este principio nos aseguramos de hacer del dinero un medio y no un fin.

Apóstol Marvin Véliz

CRISTO NUESTRO MEDICO Y NUESTRA MEDICINA

Fecha de publicación 18/12/2017

Tal vez muchos se han acostumbrado a vivir en un vaivén espiritual, a veces tan llenos de Dios, y al poco tiempo en profundas crisis espirituales; esto se puede convertir en un círculo vicioso, y no es lo que Dios quiere que nos suceda.

Hay muchas cosas que el Señor hace cuando nosotros decidimos crecer y desarrollarnos espiritualmente, pero veamos dos de ellas que son muy importantes:

1.- EL SEÑOR SE CONVIERTE EN UN TERAPEUTA QUE NOS BRINDA LIBERACIÓN Y SANIDAD EN EL INTERIOR.

2.- EL SEÑOR ES EL AGENTE ACTIVO POR EL CUAL PODEMOS VIVIR LA VIDA EN DIOS.

Cuando nosotros decidimos ir en pos del Señor, Él quiere convertirse para nosotros en nuestro terapeuta divino y en nuestra medicina. Obviamente, los resultados de esta decisión no se ven de la noche a la mañana, el método divino no es “instantáneo”. Los que creen que una vigilia, un ayuno, una oración, una predicación, o cualquier otra práctica espiritual los va a liberar de un día para otro están muy equivocados, Dios no obra así. El que experimenta cambios instantáneos, muy probablemente está tomando una ruta ajena de Dios, pues, dice la Biblia que hay caminos que al hombre le parecen derechos pero su fin es muerte. Por ejemplo, un camino peligroso a seguir es la “religión”, ésta nos hace creer que podemos cambiar de manera rápida y por medio de nuestras propias fuerzas; si tomamos esta ruta encontraremos la muerte espiritual. Cuán importante es que aceptemos al Señor como nuestro médico por excelencia, Él sabrá cómo curarnos genuinamente. Si queremos ser libres y sanos espiritualmente debemos aceptar que el único que puede hacerlo es el Señor.

Debemos creer que el Señor es el médico divino, pero que Él también es nuestra medicina. Si buscamos otras modalidades para cambiar, aparte de la persona misma de Jesús, vamos en el camino equivocado. Hay muchos creyentes que piensan que han cambiado sus vidas a causa de que no son tan malos, creen que son lo mejor de la familia y por eso están perseverando en el Evangelio. Dice 1 Corintios 1:26 “Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; v:27 sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; v:28 y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, v:29 a fin de que nadie se jacte en su presencia. v:30 Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús”. El apóstol Pablo claramente nos dice que no éramos los menos peores, sino los peores, y por lo tanto, no podemos hacer nada por nosotros mismos. Aunque parezca raro, Dios nos permite vivir el fracaso para que nos demos cuenta de lo que somos. Dios no necesita averiguar qué tan malos somos, Él ya sabe que somos malos, los que no lo sabemos, o tratamos de ignorarlo somos nosotros; es por eso que Él nos permite vivir circunstancias en las que podamos ver nuestra bajeza, para que acudamos a Él como nuestro médico y nuestra medicina.

El Señor nos propone un camino por el cual podemos vivir alejados de nuestra vida carnal, siendo conformados a Su imagen y semejanza, manifestando así, Su Vida Divina. Nosotros debemos aceptar este camino de nuestra propia voluntad. Casi siempre Dios nos mete en diferentes circunstancias, las cuales Él usa para que nosotros escojamos según Su voluntad, no obstante, Él siempre nos permitirá usar nuestro libre albedrío.

La actitud que nosotros debemos tomar ante el proceso de transformación que Dios quiere hacer en nuestras vidas es de quietud. Si nosotros queremos ser sanados espiritualmente, no debemos volvernos activistas, sino quietos. Tampoco es una quietud de dormirnos, o volvernos desentendidos de lo que el Señor quiere hacer, sino estar atentos a lo que Él quiere hacer, y habiéndolo entendido, poner en ello toda nuestra voluntad.

Si nosotros nos agitamos espiritualmente, con el fin de ser transformados, eso será lo que menos nos va a suceder. Tal vez muchos ya tienen bastantes años de haber conocido al Señor, pero lo único que han logrado con sus propios intentos de cambiar, es volverse “enanos” espirituales. Cuánto cansancio y desgaste han traído las promesas que le hemos hecho al Señor, y una y otra vez, lo único que hemos logrado es frustración. Dios no nos manda a que nosotros hagamos algo para crecer, lo único que Él demanda es que depongamos nuestra voluntad. El “no hacer nada” que Dios espera de nosotros es “no hacer nada por nosotros mismos, pero sí implica que nosotros le cedamos nuestra voluntad para que haga como Él quiera”.

Un terapeuta es una persona cuyo oficio consiste en dar cuidado a alguien de manera constante hasta que se restablece totalmente; podemos decir, entonces, que Dios es nuestro terapeuta, es nuestro cuidador, es quien nos va guiar a nuestra sanidad y liberación.

Cuando nosotros aceptamos al Señor, generalmente traemos muchos problemas encima, pero a los pocos días nos damos cuenta que ser salvos no arregló todos nuestros problemas. Muchos predicadores amenazan a los nuevos creyentes con el verso de 2 Corintios 5:17 “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”. Lo que ellos quieren hacerles creer a los nuevos creyentes, es que todos los problemas de los vicios y las ataduras de su vida sin Cristo deben desaparecer si de verdad han aceptado al Señor. Una propuesta de ese tipo frustra a cualquier persona, porque al siguiente día vuelve a ver sus mismos problemas de todo el tiempo. Ante tal situación muchos creyentes empiezan a caer en el error de la hipocresía, empiezan a usar máscaras de victoria, de santidad, de poder, de gozo y sobre todo en las reuniones de Iglesia, pero en el interior saben que no poseen nada de eso. Este es el tiempo de frustración de muchos creyentes, pues, se ven a sí mismos y se dan cuenta que aceptar a Cristo no los cambió en mucho. El pasaje anterior no nos está diciendo que debemos ser diferentes de la noche a la mañana, lo que nos está diciendo es que ahora tenemos una nueva criatura en nuestro interior.

Creemos a la metodología divina, tomémonos de Su mano, cedámosle nuestra voluntad y dejemos que Él opere en nosotros. Dios no vendrá a irrumpir nuestra voluntad, Él espera que nosotros se la cedamos. Dice una parte de la Escritura: “Dame, hijo mío, tu corazón...”, quiere decir que Dios no toma nuestra vida por la fuerza, sino espera que nosotros se la demos. Dios nos envía circunstancias para quebrarnos, para hacernos ver que no tenemos otro camino, pero Él no hará más allá de lo que nosotros no cedamos voluntariamente. Que alguien pierda su trabajo, que se enferme, que tenga problemas familiares, y otras situaciones parecidas, son sólo la solicitud divina para que el hombre ceda su “vivir” ante Dios. No confundamos el quebranto que Dios trae para que el hombre se rinda ante Él, con el quebranto que viene a causa de que Dios ya está operando en el hombre.

Al venir a Cristo no debemos preocuparnos por un cambio instantáneo, más bien, lo que debemos hacer es rendirle nuestra voluntad al Señor para que gradualmente vayamos siendo conformados a

Su imagen y semejanza. Si persistimos en estar delante del Señor, y le cedemos a Él nuestra vida y nuestro vivir, cual médico Él podrá operar en nuestro interior, y nos sanará.

Leer la Biblia jamás nos va a cambiar, y no es menospreciarla pero el mismo apóstol Pablo dijo: "...la letra mata, mas el espíritu vivifica" (2 Corintios 3:6). La doctrina no nos va a cambiar, tampoco los dones, ni la unción, sólo el Señor, Él es el terapeuta y la medicina divina, sólo Él nos puede cambiar. Podemos usar la escritura para encontrar al señor y sus virtudes de transformación, pero jamás la escritura por si misma nos cambiará.

Apóstol Marvin Véliz

EL AMOR A DIOS DEBE IR ACOMPAÑADO DE OBEDIENCIA.

Fecha de publicación 25/12/2017

El Cantar de los Cantares empieza con una mujer que está profundamente enamorada, pero en el transcurso del libro le enseñan cómo debe ser y qué debe hacer para hacerse atractiva para su Amado.

Examinémonos a nosotros mismos, ¿Tenemos una inclinación por el Señor de servirle, adorarle, y pensar en Él durante el día? Si es así, entonces sí estamos enamorados de nuestro Cristo. Ahora bien, los que lo amamos en esta dimensión tenemos aún sólo un Cantar, porque el Cantar de los Cantares (que es el libro de la Biblia que nos muestra el perfecto amor entre Cristo y la Iglesia) es otra dimensión, que es lo que por gracia un día viviremos.

La relación que se da entre el creyente y el Señor es como la relación que vemos entre el Amado y la Sulamita; quiere decir que para nosotros como creyentes es indispensable conocer el corazón del Señor, y es muy importante que dediquemos tiempo a conocerlo para poder ser de Su agrado.

La Sulamita entendió que el amor no puede estar desligado de la obediencia y la responsabilidad. Servir al Señor es algo bueno, pero nunca desligado de la obediencia; Él quiere sacrificios, pero primero es la obediencia. Si alguien no obedece a sus autoridades inmediatas, es imposible que agrade a Dios.

Dice Cantares 1:6 "No os fijéis en que soy morena, porque el sol me ha quemado. Los hijos de mi madre se enojaron conmigo; me pusieron a guardar las viñas, y mi propia viña no guardé". Aquí vemos a esta mujer cuidando otras viñas pero la de ella la descuidó, ella no fue responsable con su viña.

Luego dice Cantares 1:7 "Dime, amado de mi alma: ¿Dónde apacientas tu rebaño? ¿Dónde lo haces descansar al mediodía?" Aquí tiene otro problema, ella quiere ir detrás de su amado, pero Él le responde en el v:8 "Si tú no lo sabes, ¡Oh la más hermosa de las mujeres!, sal tras las huellas del rebaño, y apacienta tus cabritas junto a las cabañas de los pastores". Esta mujer tenía que aprender no sólo a ser responsable, sino a ser obediente y a estar sometida a la autoridad. Ella preguntó: "¿dónde estás Amado?" Y Él le respondió: "si quieres estar conmigo ve tras el rebaño, ponte a pastorear a la par de tus compañeros, aprende a someterte, haz lo que te digo, ponte bajo mi autoridad". El Señor

se verá atraído por aquellos que han aprendido a ser obedientes y a someterse. Dios no quiere amantes, si no esposas que se hagan atractivas para Él. El verdadero amor no está desligado de la obediencia, al contrario uno aprende a someterse por amor.

Cualquier avance que tengamos en la vida espiritual tiene que estar basado en la obediencia, no podemos caminar como queramos, saltándonos los límites, haciendo lo que nos da la gana, desobedeciendo a las autoridades que el Señor nos ha dejado o fingiendo que somos obedientes. Dios conoce el corazón y ve hasta lo más profundo de nosotros. Si pensamos que el Señor nos va a recibir fuera del marco de la obediencia, estamos equivocados. El Señor es justo y mantiene en primer lugar Su gobierno, por ello también respalda a las personas que son autoridades para nosotros y obviamente ve atractivos a los que obedecen y se someten.

Dice Cantares 1:9 “A mi yegua, entre los carros de Faraón, yo te comparo, amada mía”. Después el amado le dice a la Sulamita que la compara como a yegua de Faraón, en otras palabras le dice: “eres algo especial, pero todavía tienes mucho ímpetu”, los caballos debido a su naturaleza no pierden el ímpetu, su propia genética los hace actuar de forma precipitada, por eso Él le dice a aquella mujer: “eres muy especial, pero no eres muy fácil de controlar, es decir, te cuesta someterte”. Aplicándolo a nosotros, es nuestra realidad, somos muy especiales para el Señor, pero qué difícil se nos hace el sometimiento. El que ama al Señor y quiere llevar su amor al nivel del Cantar de los Cantares, será entrenado para ser atractivo al Señor, se convertirá en una persona que domina su propio ser y que sabe esperar, detenerse y confiar en la voz de autoridad. Un ejemplo de esto es Jacob, antes de ser quebrado hacía de todo, andaba de un lugar a otro, siempre actuaba de manera precipitada, pero el Señor lo trató y después se volvió un hombre aquietado y pasivo, que sabía esperar en Dios.

Somos por naturaleza yeguas de los carros de Faraón, gente que acciona y reacciona con un carácter efervescente, ni siquiera conocemos el freno. Jacob era así, pero no fue usado por Dios hasta que su carácter fue quebrantado. Nuestra naturaleza humana debe ser extirpada, porque de allí es que procede el carácter indómito que llevamos.

Debemos ser entrenados en la obediencia, pero ese entrenamiento tiene lugar cuando por obediencia hacemos lo que no nos gusta hacer; cuando nos amoldamos a esto, entonces empezaremos a ser atractivos al Señor. Otro ejemplo de esto es la vida de David, lo que le atrajo tanto al Señor de él fue la obediencia que tenía para con su padre natural, hacía todo lo que lo mandaban a hacer aunque no fuera parte de su responsabilidad, después fue probado aún más con el Rey Saúl cuando éste lo perseguía para matarlo, pero David nunca extendió su mano en contra del ungido de Jehová.

Aprendamos de estos hombres de la Biblia, que se hicieron atractivos para Dios debido a su obediencia. Fue a causa de su sometimiento que ellos llegaron a ser conforme al corazón de Dios, ellos vivieron el Cantar de los Cantares, lograron conquistar el corazón de Su Amado. El Señor derrame de su gracia sobre nosotros para poder obedecer, ser responsables y así poder conquistar el corazón de Dios.

Apóstol Marvin Véliz